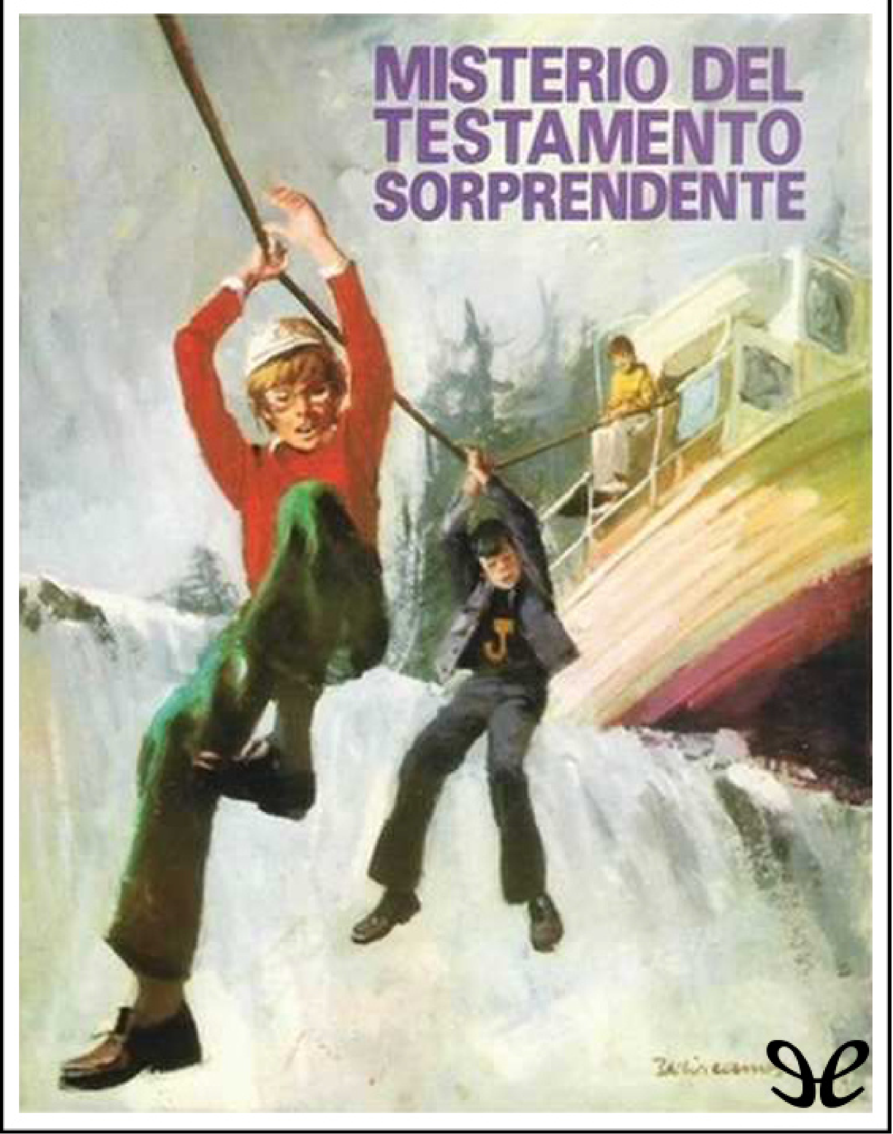
ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de *Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores* se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



William Arden

Misterio del testamento sorprendente

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 22

ePub r1.3

Titivillus 01.10.16

Título original: *The mystery of the dead riddle man’s*
William Arden, 1974
Traducción: Miguel Giménez Sales
Ilustraciones: R. Escolano

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Nota del traductor

Debido a las dificultades que ofrece la traducción exacta de la serie de adivinanzas en que se basa este relato de los Tres Investigadores, he creído preferible, sin apartarme en absoluto del espíritu del original, introducir ciertos cambios en dichas adivinanzas, con el exclusivo fin de que los lectores puedan seguir el hilo de la narración sin tener que recurrir a una serie de observaciones y notas marginales, monótonas y aburridas.

El Traductor.

Presentación por Alfred Hitchcock

¡Atención!

Yo, Alfred Hitchcock, niego toda relación con las misteriosas adivinanzas de un tal Marcus (*Dingo*) Towne. Apenas conocía al granuja, y por tanto no tenía derecho a inmiscuirme en su trapacería más allá de la tumba.

Sin embargo, a pesar de mi enfado por todo el asunto, debo admitir que sin mí, el sutil misterio jamás se habría solucionado. Fui yo quien metió en el extraño caso al equipo de detectives por afición, los Tres investigadores, aunque sólo fue para librarme de toda una maraña de trucos y trampas.

Admito que no comprendí al momento las implicaciones mortales del «loco» documento del viejo Dingo, y como castigo me veo obligado una vez más a presentar al lector a los Tres Investigadores, junto con su caso; naturalmente, son tres: el listo Jupiter Jones, el atlético Pete Crenshaw, y el estudioso Bob Andrews. Los tres muchachos residen cerca de Hollywood, en el suburbio de Rocky Beach, California, donde Dingo Towne lanzó su reto a quienes trataran de solucionar su serie de adivinanzas.

Desde el primer atisbo que tuvo Jupiter respecto a la clave que se ocultaba en el mensaje del muerto, nuestros héroes se vieron acosados por avariciosos malvados, peligros temibles, y amenazas desconocidas. Y al final comprendieron que la solución de una adivinanza no es siempre la verdadera respuesta.

Bien, ya basta. Los lectores también averiguaréis muy pronto que todo no es lo que parece, cuando un hombre tortuoso lanza un mensaje antes de morir. Y ahora, deseo animaros, queridos lectores, a que seáis más listos que Jupiter Jones y descubráis la verdad completa antes que él y sus amigos.

Quién sabe, tal vez vosotros veáis lo que Jupiter no vio, si tenéis el tesón de dilucidar las adivinanzas del muerto.

ALFRED HITCHCOCK

.

CAPÍTULO 1

El desafío de Dingo Towne

Faltaba una hora para la cena de un miércoles de primavera, en Rocky Beach, California. Bob Andrews, encargado de los archivos y la indagación de los Tres Investigadores, se hallaba en su habitación compilando el último caso del terceto, un asunto de poca monta relativo al hallazgo del anillo de diamantes que había perdido la señora Hester. Desde fuera llegaba hasta él el ruido de los niños que jugaban en la vecindad, bajo el sol del atardecer. De pronto, resonó el golpe de la portezuela de un coche; el padre de Bob había regresado del trabajo.

Unos instantes después, el señor Andrews entró en el cuarto de Bob, sonriendo. Llevaba en la mano una hoja de papel.

—¿Os gustaría a ti y a tus amigos descubrir una fortuna? —preguntó—. Y además… ¡quedárosla!

—Oh, papá —replicó el chico rubio—, te refieres a una fortuna perdida, que si encontramos podemos quedárnosla, ¿verdad?

—No está perdida —explicó el señor Andrews—. ¡Está escondida!

—Bueno, no puede tratarse de una gran fortuna si alguien se ha desprendido de ella. A menos que esté loco, claro.

—Ignoro de qué clase de fortuna se trata, pero opino que loco es la palabra más apropiada —rió el señor Andrews, frotándose la barbilla—. Sin embargo, tengo entendido que vuestro amigo el señor Hitchcock está mezclado en el asunto, de modo que tal vez no haya tal locura. Mira, Bob, lee esto.

El señor Andrews exhibió una larga tira de papel. Era una galerada del periódico en donde trabajaba el padre de Bob.

—Mañana saldrá la noticia en la prensa —explicó el buen hombre—, y pensé que era preferible que vosotros supieseis algo por anticipado.

Bob cogió la galerada y leyó:

INDIVIDUO MUY ACAUDALADO Y EXCÉNTRICO LANZA UN RETO: ENCUENTRA MI FORTUNA… Y ES TUYA

UN TESTAMENTO «IDIOTA» ES LA PRUEBA DE LA EXISTENCIA DE UNA ENFERMEDAD MENTAL, DECLARA EL ABOGADO DE LA FAMILIA

El difunto, hombre retraído y misterioso, Marcus Dingo Towne, que falleció el domingo pasado en Rocky Beach, ha dejado al parecer toda su fortuna a la persona que la localice.

La inesperada noticia se propaló ayer, cuando el íntimo amigo del señor Towne, John Jack Dillon entregó para su comprobación un testamento sorpresa. El señor Towne, un misterioso excéntrico que vivió en Rocky Beach durante veinte años, siempre llevaba ropas usadas y vivía en una especie de choza destartalada, aunque se supone que era millonario.

El señor Roger Callow, representante del señor Towne en el bufete de abogados de Sink y Walters, de Rocky Beach, declaró que el testamento secreto demuestra que el señor Towne no gozaba de sus plenas facultades mentales. «Sabemos que existe un testamento legítimo donde son declarados herederos universales su nuera y su nieto», declaró el señor Callow.

El testamento sorpresa, redactado a mano, lleva las firmas testimoniales del señor Fondillo y otra amiga del difunto, la señora Sadie Jingle.

El periódico publicaba a continuación todo el testamento, que Bob leyó con gran excitación.

—¡Diantre! —exclamó—. ¿Puedo enseñarles esto a Jupe y Pete, papá? ¡Tengo tiempo antes de cenar!

El señor Andrews se echó a reír y asintió. Bob corrió al teléfono para llamar a sus amigos, y luego fue en busca de la «bici». Pedaleó rápidamente hacia el «Patio Salvaje» de los Jones, una fabulosa chatarrería que poseían los tíos de Jupiter Jones. Como no quería tropezarse con tía Mathilda, una mujer formidable que siempre deseaba hacer que los chicos trabajasen para ella, Bob pasó por delante de la entrada principal de la chatarrería, y paró en la esquina más alejada. Allí se hallaba la entrada verde, una de las entradas privadas de los Tres Investigadores al Patio. Bob apartó dos tablas pintadas de verde, y entró directamente hacia el taller exterior de Jupe.

Al no hallar nadie allí, Bob dejó la bicicleta y empujó una rejilla de hierro que parecía apoyarse casualmente contra el banco de trabajo de Jupe. Detrás había la boca de una tubería de hierro galvanizado muy ancha. Era el túnel número dos, que, por debajo de montones de chatarra, conducía al cuartel general secreto de los Tres Investigadores. El cuartel general era un remolque viejo que tío Titus Jones le había regalado a Jupiter cuando vio que no podía venderlo. Excepto por las herramientas del taller de Jupiter, el cuartel general tenía todo lo que los Tres Investigadores necesitaban para su labor: un escritorio, teléfono, magnetófono, cuarto oscuro, laboratorio en miniatura, y diversos objetos del equipo detectivesco, reconstruidos de entre la chatarra. Fuera, los chicos habían amontonado tantos desperdicios en torno al remolque, que nadie podía adivinar su existencia y casi todo el mundo se había olvidado de él.

Bob se arrastró por el túnel dos, que terminaba bajo el cuartel general, y penetró en el remolque por una trampilla. Jupiter y Pete le aguardaban.

—¿Qué pasa con ese testamento, Bob? —inquirió Jupiter Jones.

El gordinflón primer investigador parecía un mochuelo de cara redonda, especialmente cuando reflexionaba… que era casi siempre. Él era el «cerebro» del trío, y le gustaba demostrarlo.

—Conque un testamento —sonrió Pete Crenshaw—. ¿Qué hay de la fortuna?

El segundo investigador era más alto y más fuerte que sus amigos: corpulento, atlético, y de aspecto más feliz que los demás. Se inclinó hacia delante ávidamente cuando Bob le entregó a

Jupiter la galerada. El gordinflón leyó en voz alta:

Yo, Marcus Towne, sano de mente, más que la mayoría de los componentes de la humanidad, especialmente más que mis parientes y amigos, habiendo amontonado mi fortuna mediante el trabajo y el cerebro, no veo ningún motivo para dejar cuanto poseo a personas idiotas, avarientas y estúpidas, que sólo me han querido por mi dinero.

Por tanto, en este mi último testamento y voluntad, dejo a mi nuera, a mi nieto, a mis sobrinos, la suma de un dólar a cada uno. El resto de cuanto poseo, sin reservas, será para la persona que encuentre mi tesoro.

Y para ayudar a su inteligencia, si la posee, dejo la siguiente serie de adivinanzas. El que las solucione hallará el dinero.

Donde vive el perro salvaje,
la botella y el tapón
marcan el camino al bilabón.

Sobre las manzanas y las peras, a su abrigo
la dama de la estola corre desde un amigo.

A la décima bola mortal, tú y yo veremos
nuestra jeta al frente y nos reiremos.

La víctima de un hombre es una res colgada;
sigue, pues, la nariz bien afilada.

Donde el hombre compra la rata y la raposa,
sal si puedes de esta cosa.

En la vieja ligera de la bordelar reina,
sé listo y natural y el premio será real.

¿Quién pensaría que el viejo tuviera tanto dinero? ¡Arroja los dados y la apuesta es tuya!

Los albaceas serán: John Fondillo, que me aprecia; Sink y Walters, que aprecian mi dinero; Alfred Hitchcock, que gusta de los misterios.

Jupiter, que había trabajado como actor infantil en la televisión, terminó con dramatismo y les sonrió a sus amigos.

—¡Caramba! —exclamó Pete al fin—. ¡Las adivinanzas de un muerto! ¿Es un testamento auténtico, Jupe? ¿O sólo una broma estúpida?

—Oh, supongo que es auténtico —asintió Jupiter—. Si solucionas las adivinanzas, supongo que encontrarás la fortuna del señor Towne. Aunque no sé si el testamento será legal, y si le permitirán, a la persona que solucione el enigma, quedarse con el dinero. Pero aunque el testamento sea legal, supongo que los familiares acudirán a los tribunales y declararán que el difunto estaba chiflado, pidiendo la invalidación del testamento. Sin embargo —Los ojos le chispearon—, me gustaría saber qué escondió y dónde.

Lo que Jupiter jamás había podido resistir era un desafío a su inteligencia, y menos aún ninguna clase de enigma.

—Tal vez el señor Hitchcock sabrá si el testamento es válido —apuntó Bob.

—Excelente idea —asintió Jupiter.

Acto seguido levantó el teléfono y marcó el número del señor Hitchcock. El famoso director de cine todavía estaba en su despacho. Jupiter le explicó el motivo de su llamada.

—¡Rayos y truenos! —gruñó el director cinematográfico, con tono tan fuerte que Jupiter sólo tuvo que apartar un poco el receptor de su oído para que los demás también pudieran seguir el curso de la conversación—. ¿Todo el mundo puede utilizarme a su discreción? ¡El viejo bandido no tenía derecho a meterme en esto! ¡Si apenas conocía a ese bribón!

—De acuerdo, señor —le interrumpió Jupiter—, pero ¿es legal el testamento? Si nosotros descubrimos dónde escondió la fortuna…

—¡Fue consejero mío en una película! —rezongó el señor Hitchcock—. ¿Legal? ¡Sí, maldita sea, completamente legal…! ¡Y absolutamente loco! Seguro que resistirá cualquier intento de invalidación. Si queréis, podéis malgastar vuestro tiempo, Jupiter Jones, ¡pero no malgastéis el mío!

¡Pom!

Jupiter parpadeó cuando el gran director colgó.

—Bien… —manifestó Pete—, buena idea.

—¡Sólo un tipo majareta! —opinó Bob—. Al final, la familia se quedará con el dinero.

—Pero ¿no lo entendéis? —exclamó Jupe excitadamente—. Aunque el tribunal afirme que el tesoro pertenece a la familia, nadie sabe dónde está el tesoro. ¡Hay que solucionar las adivinanzas!

El timbre del teléfono les hizo saltar a todos. Jupiter contestó.

—¡Maldición! —gruñó la voz del señor Hitchcock—. Al fin y al cabo, tal vez tengáis un nuevo caso, granujas. Acaban de comunicarme que la familia está preocupada. Seguro que recurrirán contra el testamento, pero ello costará tiempo, y esto inquieta a los familiares. Y yo les he sugerido que alquilen vuestros servicios.

—¿Inquietos, señor? —repitió Jupe—. ¿Inquietos respecto a qué?

—¡Ya basta! —tronó Hitchcock—. Los Towne os llamarán o no. ¡Pero yo no quiero tomar ya parte en esta necedad!

De nuevo colgó el director de cine, pero ahora los muchachos sonrieron. ¡Un nuevo caso! Convinieron en reunirse al día siguiente, antes de la hora de clase, en el cuartel general.

¡Jupiter pasaría la tarde junto al teléfono, dentro del remolque, aguardando la llamada de los Towne!

CAPÍTULO 2

Donde vive el perro

A la mañana siguiente, muy temprano, Pete se tomó apresuradamente el desayuno y montó en la «bici» en dirección al «Patio Salvaje». Jupiter no había llamado para informar si los Towne habían llamado o no. Cuando el segundo investigador se aproximaba a la puerta verde número uno, divisó a Bob agazapado junto a la valla.

—¿Te llamó Jupe? —le preguntó Pete.

—No —susurró Bob—, y alguien está tratando de colarse al remolque.

Pete se agachó al lado de su amigo y atisbo por la abertura secreta de la valla. Pasada la zona del taller, vio que alguien se movía por entre los montones de chatarra que ocultaban el remolque. Ninguno de los dos amigos podía ver con claridad al intruso, debido a las alargadas sombras matutinas, pero fuese quien fuese se dedicaba a apartar los desperdicios para mirar al interior del montón.

—¿Está dentro Jupe? —quiso saber Pete—. Será mejor que le avisemos…

—¡Mira!

Bob señalaba hacia el túnel dos, que se abría debajo del banco de trabajo de Jupe. Éste, con su cara redonda y pálida, se asomaba por detrás de la tapadera de rejilla.

—Ha oído a ese tipo —murmuró Bob.

Jupe oyó el susurro, se llevó un dedo a los labios, e hizo rodar sus ojos hacia arriba. Luego indicó hacia el patio.

—Quiere que demos la vuelta —dijo Bob en voz baja—. ¡De este modo lograremos que ese individuo entre en el taller, y allí le cogeremos!

Los dos chicos corrieron quedamente hacia el fondo del patio,

donde había otra abertura en la valla. Una vez en el interior, pasaron por entre los montones de chatarra y se detuvieron muy cerca del cuartel general, agazapándose detrás de una pila de lavadoras viejas, por entre las cuales asomaron la cabeza. La sombría figura seguía allí, tratando de pasar por entre los desperdicios que rodeaban al remolque. Pete dio un salto.

—¡No se mueva! —ordenó perentoriamente.

La figura dio media vuelta, tropezó con un hierro y cayó. Volvió a incorporarse… ¡Era un niño!

—¡Atrápale! —chilló Bob.

Los investigadores se lanzaron a la carga. Dando un alarido asustado, el niño echó a correr… precisamente hacia el taller. Miró hacia atrás, para medir la distancia que le separaba de Pete y Bob, y no se dio cuenta de Jupiter, que acababa de salir del túnel dos. Jupiter dio unos pasos y lo cogió. El niño empezó a forcejear salvajemente.

—¡Suéltame! ¡Suéltame!

No tendría más de ocho años, muy flaco y nervioso, con el pelo negro alborotado, y unos ojos oscuros y muy grandes. Llevaba unos tejanos, un suéter negro y zapatillas del mismo color.

—¿Por qué nos espías? —exigió Jupiter.

El niño dejó de luchar. Pete y Bob se aproximaron corriendo. El niños les miró a todos con los ojos muy abiertos.

—¡Oh, vosotros sois los Tres Investigadores! Oh, me habéis asustado, cogiéndome de esta manera…

—¿Qué buscabas entre la chatarra? —preguntó Jupiter.

—Sé que tenéis una oficina escondida en este patio —explicó el niño, sonriendo con orgullo—. Sé todo lo que hacéis y lo que sois. Yo vivo en Rocky Beach y también soy detective —Luego, bajó la vista y empezó a mover un pie con inquietud—. Bueno, quiero ser detective y ahora hago prácticas.

—¿Nos estabas buscando? —intervino Bob.

El niño asintió con avidez.

—Quiero contratar vuestros servicios. Bueno, mamá es la que lo necesita, y por eso yo…

Una voz femenina gritó coléricamente desde el otro lado del patio.

—¡Bill Towne, vuelve rápidamente a casa! ¡Que no tenga que

repetírtelo otra vez, jovencito!

Por entre los montones de chatarra del patio apareció una joven luciendo un vestido azul. Tenía una larga cabellera negra, ojos pardos llameantes, y una expresión preocupada. Corrió de pronto hacia los Tres Investigadores y el niño. Un joven de atezado rostro andaba tras ella. Su cabello castaño era bastante largo, pero llevaba un traje convencional de color azul… y tenía el ceño fruncido.

—¿Towne? —repitió Jupiter levantando la mirada—. ¿Los señores Towne?

—Sí, yo soy Nelly Towne —dijo la joven—. Mi esposo falleció. Éste es el señor Roger Callow, mi prometido y abogado de la familia. Bien, Billy tiene que volver a casa. Ni siquiera se ha desayunado.

Pete estaba desalentado.

—¿No han venido ustedes a contratar nuestros servicios?

—¡Claro que sí! —proclamó Billy—. ¡Para que descubráis la fortuna de abuelito!

—Vamos, Billy —rió Roger Callow—. No deseamos contratar a nadie, aunque el señor Hitchcock nos recomendase a esos chicos. El testamento es sólo una broma, amiguitos —explicó—. Y ante el tribunal lo invalidaremos. La fortuna de Dingo irá a parar a manos de Billy, según las leyes de California… a menos, claro está, que encontremos el verdadero testamento en el que lega su dinero a Nelly y a Billy.

—¿Encontrar? —repitió Jupiter, muy interesado—. ¿No estaba el testamento viejo en su oficina, señor?

—Pues sí —admitió Roger Callow—. Pero se ha extraviado. Probablemente estará en la vieja cabaña del abuelo Dingo, oculto en cualquier parte.

—¡Pero no hemos podido encontrarlo! —exclamó Billy—. ¡Ni sabemos dónde está el tesoro! ¡Y usted dijo que cualquiera podía encontrarlo antes y robárnoslo todo!

—Sí, Roger —añadió la señora Towne—. Podrían robarlo fácilmente y nosotros no entrar jamás en posesión de la fortuna.

—¿Por qué —inquirió Jupiter— podrían robarlo fácilmente?

La señora Towne y Roger Callow se consultaron con la mirada, y el segundo suspiró.

—El viejo Dingo era un tipo extraño —murmuró—. Tenía un

linda casita y dejó que Nelly y Billy vivieran en ella, en tanto él lo hacía en un antigua casona medio derruida, que está dentro de la misma propiedad. Vestía miserablemente y no gastaba nada, si bien todo el mundo sabía que poseía una verdadera fortuna. No invirtió su dinero en acciones ni nada semejante, y guardaba su tesoro en los bancos y en billetes. O al menos, eso creía la gente. Cuando falleció el domingo pasado, registramos la antigua casa… ¡y no encontramos nada! Ni siquiera un talonario de cheques. Y ayer nos enteramos de que había gastado su dinero en joyas. Un millón de dólares en zafiros, rubíes y esmeraldas.

—Claro, las joyas ocupan muy poco sitio —asintió Jupiter—, y tienen mucho valor. Son fáciles de esconder… ¡y también de robar!

Roger Callow asintió tristemente a estas palabras, agregando:

—Si no encontramos pronto las joyas nunca serán nuestras. Especialmente, si los Percival las encuentran antes. ¡A ellos no les importa que la fortuna pertenezca a Nelly y Billy!

—¿Quiénes son los Percival? —inquirió Bob.

—Los sobrinos, sobrino y sobrina, del viejo Dingo, que habitan en Londres. Son los hijos de su hermana, que falleció hace varios años. Dingo no les quería y no los había visto en muchos años. Pero llegaron a Rocky Beach dos días después de morir el viejo. Y desean apoderarse de la herencia.

—¿Por qué —reflexionó Jupiter— redactó el señor Dingo un testamento tan raro?

—¡Porque era viejo y chiflado! —gritó Roger Callow.

—Porque —le corrigió tristemente la señora Towne— no quería a sus parientes, incluyéndonos a Billy y a mí. Supongo que quiso gastarnos una broma cruel.

—¡Una broma! —repitió Pete asombrado.

—Dejar un testamento en forma de adivinanza es un buena broma —asintió Jupe—, pero estoy seguro de que las adivinanzas conducen a las joyas. ¿No lo creen así?

—No sé —Dudó el abogado—, pero no tenemos nada más a qué asirnos. Sabemos que las joyas no están en la casona de Dingo, y además era muy propio de él esconder el tesoro.

—Entonces, ¿por qué no nos permiten que lo encontremos nosotros? —se ofreció Jupiter—. Somos detectives con cierta experiencia y…

—Lo siento, chicos —le interrumpió la señora Towne—. Tal vez una auténtica agencia de detectives sería mejor.

—¡Ellos son detectives auténticos, mamita! —gritó Billy—. ¡Enseña la tarjeta, Jupiter!

El rollizo primer investigador sacó del bolsillo una tarjeta que entregó a la señora Towne y que decía:

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

? ? ?

Primer Investigador	Jupiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

—Hum… muy bonito, muchachos, pero…

—Jupe, enseña la carta del jefe Reynolds —le apremió Pete.

Jupiter exhibió un papel, donde ponía:

Certifico que el poseedor de la presente es un comisario voluntario que colabora con la fuerza de policía de Rocky Beach. Se agradecerá cualquier ayuda que se le preste.

Firmado: SAMUEL REYNOLDS,
Jefe de Policía.

—Perdonad, muchachos —sonrió la señora Towne—. Ya veo que sois detectives.

—Y tal vez los que necesitamos —añadió Roger Callow—. Por lo que dice Billy, vosotros habéis solucionado casos muy extraños y difíciles. No me extrañaría que pudierais solucionar las adivinanzas antes que cualquier adulto. Admito que a mí me tienen mareado. ¿Qué dices, Nelly? ¿Contratamos los servicios de los Tres Investigadores?

—De acuerdo —repuso la señora Towne.

—¡Hurra! —gritó Billy—. Y yo os ayudaré, ¿verdad? ¿Verdad que sí, mamaíta?

—¡Ni hablar! Sólo tienes siete años, Billy Towne. Eres demasiado pequeño para buscar nada por la ciudad o la comarca.

—Oh, mamá —se quejó el niño—, si ya tengo casi ocho años.

—Bien, chicos, ya podéis poneros en acción —dijo Roger Callow —. La velocidad es vital… tanto como el secreto.

—¡Viva! —gritó Pete—. Pero… —añadió tras una pausa—, tenemos que ir al colegio.

—No creo que el secreto sea completo —agregó Bob—. Quiero decir que el testamento del viejo señor Dingo saldrá hoy publicado en el diario.

—¡Oh, no! —gimió el abogado—. ¡De este modo, vamos a tener a todos los buscadores de tesoros ocultos en nuestra propiedad!

—La rapidez es relativa —sugirió Jupiter Jones. Cuando hablaba, Jupe parecía mayor y muy prudente para sus cortos años, y fue su tono autoritario el que calmó al abogado—. Las adivinanzas requieren una profunda meditación. Nadie las solucionará con prisas. Yo he estudiado ya el testamento, y estoy seguro de que las adivinanzas deben resolverse paso a paso. Volveré a estudiarlas mañana, en la escuela, y nos reuniremos por la tarde en el lugar indicado por la primera adivinanza.

—¿Dónde está ese sitio, jovencito? —inquirió Roger Callow, un poco amoscado.

—Pues, naturalmente, donde vive el perro —exclamó Jupiter victoriosamente—. Vean ustedes.

Sacó del bolsillo una copia del testamento y leyó:

Donde vive el perro salvaje,
la botella y el tapón
marcan el camino al bilabón.

Jupiter sonrió.

—Un dingo —explicó luego— es un perro salvaje australiano, según dice la enciclopedia. Y un bilabón es un arroyo o balsa, en Australia. Por tanto, nos reuniremos en la vieja casona del difunto Dingo, y buscaremos una botella con un tapón que señale hacia una extensión de agua.

CAPÍTULO 3

¡Nuevos… y viejos enemigos!

Tan pronto concluyeron aquel día las clases, los muchachos se dirigieron a la casona de Dingo Towne. Se hallaba dentro de los límites de la ciudad de Rocky Beach, junto al Jardín Botánico, y al parque del condado. Mientras iban montados en sus bicicletas, subiendo una cuesta, ya bastante cerca de la casa del viejo, Jupiter dijo:

—Recordad que tenemos que ser muy discretos, amigos. En un caso tan sensible como éste, no debemos atraer la atención de nadie hacia nosotros.

—¿La… atención, Jupe? —tartamudeó Pete—. ¡Mirad!

Acababan de llegar a lo alto de la cuesta. Debajo y a su izquierda, se extendía la propiedad de Dingo, rodeada por una cerca, y repleta de desperdicios, tablas viejas, y montañas de botellas. A un lado había una casita blanca, muy limpia. Y en el centro se alzaba la vieja casona medio derruida, con las paredes casi combadas. ¡Pero los muchachos no miraban la casa!

En la propiedad se agitaba una verdadera muchedumbre. Había gente por todas partes, que invadían el terreno como la marabunta. Desde niños a ancianos, todos corrían alocadamente, pisando las matas, excavando agujeros, apartando las botellas y los desperdicios… Era un verdadero alboroto el que llenaba aquella tarde primaveral, con riñas a cada instante y gritos lanzados de unos a otros, casi sin descanso.

—¡Es mío!… ¡Yo lo encontré!… ¡Esa botella me pertenece!

Los tres amigos divisaron al jefe Reynolds y a sus hombres que intentaban controlar la situación. Entonces descendieron hacia el bullicio, en dirección a la casita, donde la señora Towne, Billy y Roger Callow contemplaban lo que estaba ocurriendo con verdadero desaliento.



—¡Destrozarán todas las pistas! —gimió Billy.

—Hay botellas rotas por todas partes —observó Jupiter, tranquilamente—. ¿Por qué hay tantas?

—Porque Dingo coleccionaba botellas —explicó enfadado el abogado—. ¡A centenares! ¡A millares! ¡Y ahora será imposible encontrar la buena!

El jefe Reynolds se acercó secándose el sudor de la frente. Detrás le seguía un hombre gordo y una mujer muy flaca. Hablaban ambos con acento inglés.

—¡Ordene que se larguen todos, inspector! —exigió la mujer flaca.

—¡Son unos ladrones! —añadió el gordinflón—. ¡Arréstelos a todos!

El jefe Reynolds sacudió la cabeza cansinamente.

—Su tío les dio permiso para venir aquí, señor Percival. Y necesitaríamos todo el ejército para dispersarlos. Lo único que podemos hacer es proteger las casas.

—Nuestro tío estaba loco —arguyó la mujer—. Nosotros somos los dueños.

—Oh, no, tú no, Winifred Percival —replicó la señora Towne.

La aludida, o sea Winifred Percival, enrojeció.

—Y tú ni siquiera llevas su misma sangre, Nelly Towne. ¡Esto ha sido un plan para estafarnos! Ya sabía que debía venir desde Inglaterra más pronto y cuidar a nuestro querido Marcus.

—¡A ti —exclamó el señor Percival dirigiéndose a Nelly Towne —, ni siquiera te admitió en su casa, y te obligó a vivir en esta casita!

—¡Cecil, a ti no te habría hablado el viejo Dingo en diez años! —masculló Roger Callow—. Y tampoco te habría dejado vivir en su casa. En fin, los tribunales decidirán quiénes son los dueños de todo esto. Pero la casita pertenece a la señora Towne. Marcus, o sea Dingo, se la cedió hace varios años, y sois vosotros los que estáis ahora en propiedad ajena «sin permiso».

—¡Entonces, ella ha robado la casita! —Se sulfuró Percival.

—¡Igual que ahora trata de apoderarse de toda la fortuna! —agregó Winifred Percival muy enojada—. ¡Ella y tú, abogado Callow! Pero nosotros sabemos que existe un testamento válido que nos nombra herederos.

—El testamento válido nombra sólo a Billy y Nelly —replicó Roger Callow.

—Eso dices tú —se mofó Cecil Percival—, pero ese testamento se perdió muy oportunamente, ¿eh? Probablemente, tú falsificaste ese otro tan idiota, con las adivinanzas, pero nosotros lo haremos invalidar.

—Y entonces —sonrió el abogado— Billy será el único heredero, porque es el único descendiente directo.

—¡Nosotros también somos parientes! —gritó la señora Percival —. ¡Y tenemos derecho a una parte!

—¡Según las leyes de California, no! —explicó Roger Callow—. No podéis reclamar ninguna parte de la fortuna no siendo descendientes directos.

Los Percival contemplaron al niño, el cual les devolvió la mirada con una mueca.

—Ya hablaremos de esto —concluyó Cecil, perversamente.

—Por favor, ahora salid de mi casa —pidió la señora Towne, palideciendo.

Los Percival se pusieron rojos como tomates.

—¡Conseguiremos la fortuna! ¿Te enteras? —exclamó Winifred —. ¡Sabemos que es nuestra!

Los dos se alejaron prestamente. El jefe Reynolds se encogió de hombros y también se marchó a separar a dos personas que se estaban peleando entre la multitud.

—¡Uf…! —suspiró Pete—. Esos Percival son mala gente.

—Seguro —asintió Roger Callow—. Unos tipos muy desagradables, que se creyeron demasiado nobles para juntarse con el viejo Dingo… ¡y ahora han cambiado súbitamente de idea! Pero no obtendrán nada. Bien, tal vez será mejor que empecemos a buscar la botella y el tapón. Vosotros, chicos…

—Será mejor que entremos en la casita, señor —le interrumpió Jupiter.

Sin esperar respuesta, el orondo detective de los Tres Investigadores penetró en la vivienda. Los demás le siguieron. Jupiter lanzó una ojeada a la aseada estancia, con las ventanas abiertas, que dejaban entrar la fragante brisa.

—¿Han registrado ustedes las dos casas en busca de una botella que pudiera ser una pista para cierta extensión de agua? —inquirió

luego.

—Seguro —afirmó Billy—, pero no hemos encontrado ninguna.

—Claro —asintió Jupiter—, porque no creo que haya ninguna.

Al momento sacó una copia de las adivinanzas.

—Dingo deseó que empezásemos aquí, en su propiedad, aunque no lo expresó con claridad. Aquí sólo dice «donde vive el perro salvaje». Esto es casi poesía… unas palabras que no dicen nada con claridad, sólo lo describen, sólo lo insinúan… ¡Como un código secreto!

—O sea —reflexionó Billy lentamente—, que «la botella y el tapón» no son una botella ni un tapón de veras, sino algo que se le parece.

—¡Exacto! —aprobó Jupe—. Algo que parece una botella, y que indica un sitio con agua.

—¡Pues aquí hay agua! —proclamó Billy—. ¡El embalse de los patos, junto a la entrada del Jardín Botánico!

—Además —adujo Bob—, la siguiente pista es «sobre las manzanas y las peras». ¿No hay algún huerto cerca del embalse?

Roger Callow estaba muy excitado.

—¡Creo que habéis acertado!

—Bien… —tartamudeó Jupiter.

De pronto, una carcajada resonó en la estancia. Una carcajada burlona que estalló al otro lado de la ventana.

—¡Gracias por vuestra ayuda, tontorrones! —gritó una voz.

Pete saltó hacia la ventana, al oír un ruido de pies que corrían.

—¡Skinny Norris! —exclamó.

Un jovencito alto y estevado corría ya a toda prisa hacia el Jardín Botánico. Era E. Skinny Norris en persona, un muchacho muy malo, muy mimado, que constantemente se entrometía en el camino de los Tres Investigadores. Aunque no era mucho mayor que ellos, poseía ya licencia de conducir porque sus padres vivían la mitad del año en otro Estado donde la licencia se concedía mucho antes que en California. Poseía asimismo un flamante coche deportivo de color rojo. Y no podía soportar que otros fuesen más listos que él, por cuyo motivo odiaba a los investigadores, especialmente a Jupiter.

—Lo ha oído todo… —se lamentó Pete—. Debimos imaginarnos que Skinny…

—No importa —le interrumpió Jupe—. No irá muy lejos. La pista del «bilabón» tal vez signifique el embalse, pero la «de manzanas y peras» no se refiere a los árboles. Sería demasiado fácil. No, ha de tener otro significado, amigos. Sugerid otra cosa.

Jupiter les fue mirando a todos, uno por uno, pero nadie habló. El muchacho frunció el ceño.

—Tal vez si supiésemos algo más del viejo Dingo —murmuró—, sabríamos cómo interpretar sus adivinanzas.

—Bueno —empezó Roger Callow—, nació en Australia hacia 1895. Su padre era un convicto… ya que en aquella época Inglaterra enviaba los condenados a Australia. Dingo fue un chico rebelde, que se convirtió en bosquimano, o sea bandido, y más tarde hizo una fortuna en ópalos, aunque siempre huyendo de la justicia. Se marchó a Canadá, ganó más dinero, se casó ya mayor y tuvo un hijo. Vino aquí hace veinte años y vivió como un ermitaño. Cuando su hijo falleció hace cinco años en un accidente de automóvil, Nelly quedose sin hogar, y Dingo la trajo a su lado junto con Billy. Pero esto no le hizo mucha gracia. El viejo Dingo sospechaba de todo el mundo y no permitía que nadie entrara en su casa. Lo odiaba casi todo, excepto Australia, y tal vez a los cockneys[1] como su padre. Era un tipo muy raro, muchachos.

—Dingo empleó la palabra australiana «bilabón» en su adivinanza —reflexionó Bob—, y su apodo es la palabra australiana que designa a los perros salvajes. ¿No podría la expresión «manzanas y peras» ser también australiana o canadiense?

—Que yo sepa, no, Bob —dijo Callow. Y al ver que la señora Towne también sacudía negativamente la cabeza, suspiró y añadió —: Tal vez será mejor, chicos, que os vayáis a casa y meditéis un poco más. Ya es tarde.

Billy estaba desanimado: sus héroes le habían fallado. Y los investigadores tampoco eran felices.

Cuando iban ya montados en sus bicicletas, vieron que la muchedumbre también se iba retirando, en franca derrota. Los muchachos fueron rodando en silencio hasta llegar casi al «Patio Salvaje». Entonces fue cuando habló Pete:

—Jupe, ¿qué son los cockneys? El señor Callow dijo que Dingo lo era, y que le gustaban. ¿Algunos ingleses nobles?

—Al contrario —repuso Jupiter—, son del extremo oriental de

Londres. Supuestamente, es «cockney» todo el que ha nacido dentro de los límites de las campanas de la iglesia de Saint Mary-le-Bow. Los cockneys hablan con un acento muy especial, comiéndose las *h* aspiradas y cambiando la *a* en *e* y cosas por el estilo. Como los franceses del Midi, los italianos de Nápoles, o los andaluces de España. Y los australianos hacen lo mismo.

—¿De veras? —inquinó Bob—. Entonces, tal vez la forma en que hablan los australianos tenga algo que ver con las adivinanzas. Quizás en Australia las pistas suenen de manera distinta. Quizá suenen como…

Jupiter se incorporó en la bicicleta, de modo tan súbito que el vehículo estuvo a punto de estrellarse contra la valla del «Patio Salvaje».

—¡Cockneys! —exclamó—. Tal vez…

Fue entonces cuando Pete divisó un coche familiar estacionado al otro lado de la calle, cerca de la casa de los Jones.

—¡Jupe, otra vez Skinny!

El coche rojo parecía vacío, pero mirando bien lograron distinguir una cabeza en su interior. Skinny Norris poseía el don de la paciencia. ¡Y les estaba siguiendo!

—De prisa —murmuró Jupiter, sacando del bolsillo el papel de las adivinanzas. Fingiremos que hemos descubierto algo y que os envío a investigar. Pedalead de prisa y alejadle de aquí. Tengo un presentimiento y no quiero que Skinny se entere.

Skinny mordió el anzuelo ávidamente. Bob y Pete oyeron cómo su coche se ponía en marcha en tanto ellos iban pedaleando calle abajo, hasta doblar la esquina. Skinny aguardó sólo el tiempo de ver cómo Jupiter llegaba a la puerta de su casa, y arrancó detrás de los otros dos investigadores.

Pete y Bob se limitaron a hacer correr a Skinny por mil calles y callejuelas, fingiendo que tenían mucha prisa, y como si ignorasen que eran seguidos. ¡Y después, tranquilamente, se marcharon a sus casas!

Cuando Bob entró en el patio de su casa, Skinny pareció sorprendido. Luego continuó siguiendo a Pete, sólo para ver que también éste entraba en su hogar. Pete volvió la cabeza y soltó una carcajada burlona al observar la ira retratada en el rostro de Skinny. Éste comprendió que acababan de burlarse de él y arrancó de nuevo

en medio de una nube de polvo.

Después de cenar, Bob llamó a Jupiter.

—Cenó temprano y con prisas —le informó tía Mathilda—, y se marchó. No, Bob, no ha dicho adónde.

A la hora de acostarse, Jupiter todavía no había llamado ni a Bob ni a Pete.

¿Dónde estaba Jupiter?

CAPÍTULO 4

Jupiter descubre la clave

A la mañana siguiente, Pete aguardó a haberse desayunado. Pero al ver que Jupiter no le llamaba, el segundo investigador telefoneó a Bob.

—Tampoco me ha llamado a mí —explicó Bob.

Entonces decidieron pasar por el «Patio Salvaje» antes de ir al colegio. El cuartel general estaba vacío, de modo que se dirigieron a la casa de los Jones.

Tío Titus estaba fuera, cargando una camioneta.

—No, lo siento, chicos, esta mañana Jupiter ha salido muy temprano. Dijo algo de un recado muy importante. ¡Apenas se tomó el desayuno!

—Bien, le encontraremos en la primera clase —decidió Bob.

—Si asiste al colegio —replicó tristemente Pete. Los muchachos fueron al colegio y entraron en clase. ¡Jupiter no estaba! Se miraron mutuamente con nerviosismo, hasta que el profesor pidió orden. De pronto, Jupiter entró jadeando y sonriendo a sus amigos. Bob y Pete no tuvieron ocasión de hablar con él hasta después del almuerzo, y aun entonces sólo un instante, ya que Jupiter tenía que asistir a una asamblea del Club de Ciencias, del que era presidente.

—¡Ya lo tengo! —murmuró apresuradamente. ¡Reunión en nuestro cuartel general después de las clases!

Bob y Pete terminaron en el colegio un poco más tarde que Jupiter, por ser viernes. Y llenos de curiosidad montaron en las «bicis» hacia el «Patio Salvaje». Gatearon por el túnel dos hasta el remolque. Jupiter ya estaba allí.

—¡Jerga rimada! —anunció.

Se sentó detrás de la mesa de escritorio, rodeado por cuartillas de papel llenas de escritura.

—¿Cómo? —Se asombró Pete—. ¿Qué jerga?

—Rimada —terminó Jupiter—. Lo que vosotros dijisteis anoche me dio la pista. Pete me preguntó por los «cockneys», y Bob dijo que tal vez el acento de las adivinanzas, la manera como suenan, era lo importante. Y esto me hizo pensar en la jerga rimada. No estaba seguro, todavía, por lo que realicé una comprobación… ¡y vi que había acertado!

—Pero ¿qué es una jerga rimada, Jupe? —insistió Bob.

—Una jerga muy especial en que una palabra, o la última de una breve frase, rima con otra palabra que es la que realmente tiene significado. El significado verdadero de la palabra rimada no importa, y sólo tiene que sonar como la palabra en cuestión. Por ejemplo, a la «nieve» se la puede llamar «breve» y «leve», porque son palabras que riman con «nieve» y son cortas como ella, suenan como «nieve».

—Ya —asintió pensativamente Pete—, si yo hablo, por ejemplo, de baloncesto, puedo decir «tira al cesto».

—No es eso, porque nunca has de emplear la misma palabra; o sea que no puedes decir «cesto», si te refieres al «baloncesto»; aunque podrías decir «juego a esto», o «viene Ernesto».

—¡Ya lo entiendo! —proclamó Bob—. ¿Pero qué tiene que ver la jerga rimada con los cockneys y el viejo Dingo? Ah, claro… ¡su padre era «cockney»!

—Y australiano. Y los «cockneys» inventaron su jerga y la llevaron a Australia. Y todavía la usan para engañar a la gente.

—Como las adivinanzas de Dingo —concluyó Pete.

Jupiter asintió y continuó explicando:

—Fui a nuestra biblioteca, y a la de Los Ángeles, y estuve examinando todos los libros que hablan de la jerga rimada —exhibió una copia de las adivinanzas—. En primer lugar: «manzanas y peras»… ¡son «escaleras»!

—¿Escaleras? —Sorprendiose Pete—. Caramba, nunca lo hubiese sospechado.

—Ni nadie —sonrió Jupiter—. Bien, «la rata y la raposa» significa en cockney una ¡«esposa»! Y «la vieja ligera», llamada también «tía ligera», se refiere a una litera. ¿Lo entendéis?

Jupiter estaba sonriendo ampliamente.

—Entonces… ¿todo está solucionado? —inquirió Pete.

—Oh, no —replicó Jupiter, sacudiendo la cabeza—. No es tan

sencillo. El viejo Dingo era un tunante. Sólo algunas pistas están en jerga rimada. Las demás tendremos que solucionarlas cuando lleguemos adonde las rimas nos envíen.

—Pero ¿tenemos al menos todas las rimas? —preguntó Bob.

—No —repuso Jupiter con inquietud—. No logré encontrarlas todas, y los que emplean la jerga rimada a veces inventan otras nuevas.

—Y en tal caso, ¿cómo sabe la gente lo que significan las nuevas rimas? —se admiró Bob.

—Porque el que emplea la jerga habla en sentido general, Bob —explicó Jupiter—. De este modo, sabremos lo que Dingo quiso decir con las pistas que nos conducirán a ciertos sitios y por lo que hallemos en ellos. Por ejemplo, «manzanas y peras» quiere decir «escaleras». Cuando encontremos unas escaleras, hallaremos cerca de las mismas algo que rimará con la siguiente pista de la adivinanza… o sea con «la dama de la estola».

—¡Entonces —se excitó Bob—, empecemos al momento! Ya sabemos que «donde vive el perro salvaje» se refiere a la casa de Dingo. Luego viene «la botella y el tapón». ¿Qué significa?

—Diantre, no sabemos el significado de esta rima —gruñó Pete.

—No —A Jupiter le chispeaban los ojos—, al contrario, esta rima está en todos los libros. Y la he guardado para el final. Es muy sencilla. Todos los convictos la conocían…

—¿Convictos? —Bob abrió muchos los ojos—. ¡Tapón! ¡«Polizón»!

—Precisamente —asintió Jupiter—, pero no un polizón, sino que los convictos, entre sí, llaman polizón a un «polizonte».

—¡Un policía! —exclamaron al unísono los otros dos investigadores.

—Exacto —sonrió Jupiter—. Por tanto, hemos de buscar un policía cerca de la casa de Dingo.

—¿Pues a qué esperamos? —Se impacientó Pete—. ¡Vámonos!

Jupiter recogió sus notas y les ordenó a sus amigos que se llevasen los «*walkie-talkie*» (o aparatos intercomunicadores a distancia), por si acaso tenían que empezar las pesquisas inmediatamente después de visitar a los Towne. Cuando Pete estaba levantando la trampilla de salida, sonó de repente el teléfono. Fue Jupiter quien contestó.

—Aquí los Tres Investigadores… Lo siento, íbamos a salir en este instante.

Una voz ahogada habló por el auricular.

—Pues sería mejor que no salierais. Esto es un aviso. No os metáis en los asuntos ajenos. ¡Podéis salir muy lastimados!

Hubo un «clic» y silencio.

Bob tragó saliva.

—Era una mujer, Jupe, ¿verdad?

—No estoy seguro —replicó Jupe—. La voz estaba disimulada. Aunque creo que era una mujer… con acento inglés.

—¡Winifred Percival! —exclamó Bob.

—¡Pero nosotros no hemos hablado nunca con ella! —destacó Pete—. ¿Cómo nos conoce? ¿Y cómo ha conseguido el número de teléfono? Los Towne no pueden habérselo dado.

—Si no fue la señorita Percival —reflexionó Jupiter—, ¿quién fue? ¿Alguien a quien no conocemos? ¿Tal vez alguien de Australia?

—Quizá la señora Towne podrá decírnoslo —apuntó Bob.

Los otros dos asintieron a estas palabras con cierta angustia.

Mientras iban montados en las bicicletas atravesando el «Patio Salvaje», vieron a una figura por entre las portaladas de la valla. Un individuo estaba de pie a la sombra de varios árboles de la calle, frente al patio… un hombre enorme, con una corbata color rojo chillón, que estaba sonriendo. ¡Y de repente desapareció! Pareció esfumarse sin haberse movido. Los muchachos se miraron entre sí.

—¿Había… había realmente alguien allí? —tartamudeó Pete.

—¿Creéis que nos estaba vigilando? —añadió Bob.

—Tal vez sí —concedió Jupiter—, tal vez no. Pudo tratarse de alguien que estaba sencillamente dando un paseo.

—Entonces, ¿dónde se ha metido? —insistió Bob.

—Probablemente calle abajo —respondió Jupiter con firmeza—. El sol brilla tanto que le hemos perdido entre las sombras —Miró calle arriba y abajo—. Bien, vámonos, que aquí no solucionaremos nada. Tenemos que solucionar las adivinanzas y encontrar una fortuna.

—Seguro —asintió el medroso Pete—, pero me sentiría mejor si hubiera por aquí media docena de botellas y tapones.

¡Todos se echaron a reír… nerviosamente!

CAPÍTULO 5

La botella y el tapón

Cuando los muchachos se dirigían a la casita de la señora Towne, iban sonriendo. La propiedad de Dingo resultaba aún más embarullada que el día anterior… por diversas razones. Los policías estaban por todas partes sin nada que hacer. Los escasos cazadores de tesoros pegaban coléricos puntapiés a las botellas, gruñendo por haber sido engañados, aunque no sabían cómo.

En la casita, la señora Towne le ordenó a Billy que sacara unas coca-colas para los chicos, y Roger Callow sonrió.

—Tal vez os extrañe, amigos —exclamó el abogado—, pero todos estamos perplejos. ¡La gente está enfadada! Cualquiera diría que le hemos robado.

—Oh, Jupiter ya no está perplejo —saltó Pete.

—¡Ya lo dije! —gritó Billy viniendo de la despensa—. ¡Sabía que lo solucionaría todo!

—¿Ya sabéis dónde están las joyas? —inquirió Callow.

—No —denegó Jupiter—, pero creo haber hallado la clave de las adivinanzas… o al menos, parte de la clave. Señora Towne, ¿conocía el viejo Dingo a algún policía de manera íntima?

—No, Dios mío —exclamó la mujer—. ¡Odiaba a todos los policías!

—¿Un policía? —repitió el abogado—. ¿Cómo concuerda un policía con la botella, el bilabón y las peras?

Los muchachos se tomaron las coca-colas en tanto Jupiter explicaba lo de la jerga rimada.

—Nunca había oído tal cosa —confesó Roger Callow—. ¿Y tú, Nelly?

—No, pero no soy australiana ni inglesa —alegó la señora Towne—. Tal vez lo sepan Winifred y Cecil. Ellos sí son ingleses.

—Lo dudo —decidió Jupiter—. No se asociarían con los

«cockneys».

—El señor Fondillo y el abuelito hablaban a veces de una forma muy graciosa —informó Billy—. ¡Seguro que Jupiter lo ha solucionado!

—Yo también lo creo —declaró Jupiter. A continuación sacó su copia del testamento—. Analicemos las adivinanzas. Primero:

Donde vive el perro salvaje,
la botella y el tapón
marcan el camino al bilabón.

—Donde vive el perro salvaje no es jerga, sino simplemente donde vivía el viejo Dingo, su propiedad. Los libros dicen que «la botella y el tapón» indican un policía. Un «bilabón» es un arroyo o un embalse en australiano. De modo que la primera adivinanza nos ordena venir aquí hallar un policía que conozca cierto arroyo o embalse.

—¡Nelly! —exclamó el abogado—, ¡tú tienes que conocer a algún policía, amigo del abuelo!

—Oh, no, Roger —casi gimió la joven—. Dingo odiaba a los policías…

—Pues tiene que haber uno, pero sigamos —propuso Jupiter.

Sobre las manzanas y las peras, a su abrigo,
la dama de la estola corre desde un amigo.

—Bien —continuó el primer investigador—, «manzanas y peras son escaleras». Pero aún ignoramos qué significa «la dama de la estola». Y «corre desde un amigo» no parece una rima; debe ser otra clase de pista.

—O sea que la adivinanza —resumió Bob— nos dice, que cerca de un arroyo o embalse mencionado en la primera adivinanza, hallaremos unas escaleras, y encima, por sí mismo, algo que rima con «la dama de la estola», la cual da la pista de un amigo.

—Pero no es fácil —masculló Pete.

—Hay que seguir las pistas una a una —declaró Jupiter—. Tal vez no se trate de un amigo, pero el «correr desde un amigo» puede conducirnos a la siguiente adivinanza:

A la décima bola mortal, tú y yo nos veremos
nuestra jeta al frente y nos reiremos.

Jupiter frunció el ceño.

—Cada una es más difícil que la anterior —confesó—. Todavía no he podido averiguar qué es «la bola mortal». Además, «tú y yo veremos nuestra jeta al frente», no puede ser una rima. Luego, la cuarta adivinanza todavía no me aclara nada:

La víctima de un hombre es una res colgada,
sigue, pues, la nariz bien afilada.

—Si existe alguna rima para esto, no la encuentro.

—Lo de la jeta resulta imposible para mí —dijo la señora Towne. Luego, agregó—: A no ser que sea la rima de una seta… Un bosque donde crezcan setas…

—Podría ser —concedió Jupiter.

—Pero Dingo dijo «nuestra jeta», y no «la jeta o una jeta» —objetó Bob—. Y en la cuarta adivinanza, ¿por qué dijo «la nariz» en lugar de «nuestra nariz»?

—No lo sé, archivos —admitió Jupiter—. Pero sé que existe un motivo. Bien, pasemos a la quinta adivinanza:

Donde el hombre compra la rata y la raposa,
sal si puedes en esta cosa.

—«Rata y raposa» es la jerga rimada de «esposa», pero Dingo puso «compra una esposa». ¿Podría esto ser australiano, señora Towne? ¿Compraban los colonos australianos las esposas a Inglaterra en aquellos tiempos?

—En cierto modo, sí, Jupiter —asintió la joven—. Muchos barcos cargados con mujeres fueron enviados a Australia, para que los colonos eligieran esposa.

—Bien —asintió Jupiter—, esto concuerda en cierto modo, y «sal si puedes» tal vez signifique rehuir el matrimonio. Aunque no tiene mucho sentido. Bueno, la sexta adivinanza dice:

En la vieja ligera de la bordelar reina
sé listo y natural y el premio será real.

—«La vieja ligera» es una «litera» —procedió a explicar Jupiter —, y «bordelar» parece un verdadero enigma. De todos modos, esta última adivinanza parece indicar que encontraremos las joyas en la litera, o sea la cama, de una reina.

—Quizá bordelar es el nombre de un reino… —sugirió el pequeño Billy.

—Sí, como el reino de Jauja, ¿verdad? —rió Pete.

—Bueno, los cuentos a veces proceden de leyendas y las leyendas de la realidad —replicó mohíno el niño.

—¿Qué reina? —preguntó el abogado—. ¿Qué cama? Tal vez en un museo…

—Es posible —asintió Jupiter—, pero por ahora no tenemos aún que preocuparnos por la última adivinanza. Estoy convencido de que no podemos hallar la solución a una pista sin antes haber resuelto las anteriores.

—O sea que primero tenemos que encontrar «la botella y el tapón» —se animó Bob—, cuya persona conoce la existencia de un arroyo o un embalse… un «bilabón».

—Tal vez al viejo Dingo —sugirió Pete— le gustase nadar en algún sitio especial, una piscina, o pescar, o…

—¡Pescar! —le interrumpió Billy—. ¡Mamita, abuelito iba pescar en el parque del condado cerca de la casita del comisario López!

—¿Comisario del *sheriff* del condado? —exclamó Bob—: ¡Un policía! ¡Un policía del condado!

—Claro —afirmó Roger Callow—. ¡Junto a la estación del parque!

De pronto, Pete susurró:

—¡Jupe! ¡En la calle!

Todos miraron en la dirección indicada y vieron a un individuo apoyado en un coche azul, bajo unos árboles. ¡Un verdadero gigante!

—Otro buscador de botellas —supuso Roger Callow.

—Tal vez —asintió Jupiter con inquietud.

Acto seguido contó lo del hombre que habían visto delante del «Patio Salvaje».

Roger Callow fue hacia la puerta.

—¡Será mejor investigar un poco!

Los muchachos vieron cómo el abogado iba directamente hacia la calle. El gigante, de pronto, penetró en el coche y arrancó. El abogado regresó.

—Un mirón, estoy seguro —sonrió—. Han venido aquí por docenas.

Los Investigadores fueron en busca de sus bicicletas. Billy les siguió.

—¡Yo también quiero ir con vosotros!

—¡Oh, no, Billy Towne! —le riñó la madre.

—No podemos solucionar un caso —gruñó Pete— y vigilar al mismo tiempo a un niño.

—¿Quién es un niño? —se indignó Billy—. ¡Trágate ahora mismo estas palabras!

—Billy, entorpecerías nuestra labor —decidió Jupiter.

El pequeño penetró en la casita, chillando.

—¡Ya os demostraré quién soy yo!

Antes de subir a la bicicleta, Jupiter se tocó el bolsillo para asegurarse de que llevaba su «*walkie-talkie*».

—Bueno, creo que ahora empezamos a pisar terreno firme —exclamó—: ¡Adelante, compañeros!

Ya en la calle torcieron a la izquierda, alejándose de la población, camino de la entrada del parque. Al lado derecho había una zona arbolada a la que seguía un centro comercial de cierta importancia. A la izquierda se extendía el Jardín Botánico, una zona cuidadosamente vigilada, con plantas y árboles muy raros y de gran valor. Detrás del jardín se elevaba el parque del condado en una serie de lomas, por la falda de las montañas costeras. Desde la calle donde se hallaba la propiedad del viejo Dingo, una carretera serpenteaba por entre el jardín y el parque hasta la zona residencial que se alzaba cerca de la costa.

Los investigadores se internaron por el camino del parque, pedaleando con afán. A sus espaldas oyeron el motor de un auto que aceleraba. Pete miró hacia atrás y soltó un grito. ¡El coche estaba casi encima de ellos! ¡Y no parecía deseoso de dar un rodeo para evitarles!

—¡A la cuneta! —chilló Pete, encaminando su bicicleta a una

zanja lateral.

Como un bólido pasó un coche deportivo de color rojo, rozando la bicicleta de Bob, haciéndole volcar. El muchacho saltó ágilmente del vehículo y fue a aterrizar a la zanja. Pete miró hacia el coche que desaparecía a lo lejos, divisó una cara que reía burlonamente, y volvió a gritar:

—¡Era Skinny Morris! ¡Quería atropellarnos por haberle engañado anoche!

—Skinny jamás aprenderá modales —murmuró Jupiter, ayudando a Bob a salir de la zanja, y comprobando que no tenía nada roto—. Skinny siempre llega demasiado lejos, lo cual le torna peligroso. Tendremos que estar atentos a sus manejos.

Los muchachos continuaron por la carretera hasta encontrar la comisaría. No había nadie. Pasearon por el Jardín Botánico, y miraron por todas partes. De pronto, Bob señaló al frente.

—¡Mirad hacia aquellos árboles! ¡Y el embalse!

¡Un huracán parecía haber destrozado el jardín! Los manzanos y los perales que crecían en torno al embalse estaban descortezados, tronchados. Había gran cantidad de ramaje en el suelo y dentro del embalse. Usualmente, había varias docenas de patos y gansos en el agua, pero en aquel momento no había una sola ave a la vista.

Evitando los agujeros y hoyos excavados en el suelo, los muchachos dieron varias vueltas por el sector destruido.

—Por lo visto, han venido por aquí otros buscadores de tesoros —concluyó Pete.

Se inclinó a coger una rama.

—¡Eh, vosotros tres! —gritó una colérica voz—. ¡No os mováis!

Los tres dieron media vuelta. Detrás de ellos, un individuo con uniforme de *sheriff*, rostro cetrino y mirada iracunda, les contemplaba con furia.

—¡Quedáis arrestados!

CAPÍTULO 6

Una jugarreta peligrosa

Jupiter no se inmutó.

—¿Es usted el comisario López? —preguntó.

—Sí —gruñó el aludido—. ¡Diablo! ¡Ya estoy más que harto de bribones que destruyen todo esto en busca de las adivinanzas del muerto! ¡Quedáis arrestados!

—Pero, nosotros no… —protestó Bob.

—Si se fija, comisario López —dijo Jupiter con suavidad—, la rama que sostiene mi amigo tiene las hojas marchitas, lo cual indica que fue rota hace mucho, probablemente. Nosotros acabamos de llegar y no hemos roto ni devastado nada.

—Bueno —rezongó suspicazmente López—, si no habéis venido en busca del tesoro de Dingo, ¿por qué estáis en el parque?

—Hemos venido en busca de… —empezó Jupiter.

—¡Ah! —exclamó el comisario—. ¡De modo que yo estaba en lo cierto!

—Pero —continuó con firmeza Jupe—, el embalse y los árboles nada tienen que ver con el tesoro. Y la gente que ha destrozado todo esto está equivocada. Nosotros no formamos parte de esa multitud. La señora Towne nos ha contratado para que, en su nombre, encontremos la fortuna del viejo Dingo.

—¿Contratado? —La mirada del comisario seguía siendo suspicaz.

—¡Somos detectives! —proclamó Pete.

Jupiter exhibió la carta del jefe Reynolds.

—El jefe nos respalda. Puede usted llamarle, o también, a la señora Towne.

El comisario López leyó la carta y se encogió de hombros.

—Sí, es la firma del jefe. De forma que vosotros sois los Tres Investigadores, ¿eh? —Se rascó la cabeza—. Entonces, ¿creéis que

el viejo Dingo escondió algo? ¿No se trata de una broma?

—Estamos seguros de que escondió una fortuna —afirmó Jupiter—, y necesitamos su ayuda.

—¿Mi ayuda? —se admiró el comisario—. ¡Caramba! ¿En qué puedo ayudaros?

—¡Diciéndonos dónde está el bilabón! —declaró Pete.

El comisario López miró a los chicos fijamente.

—¿El bilabón? ¿Qué es un bilabón?

—Un arroyo o un embalse, una extensión de agua —explicó Jupiter—. Usted y el viejo Dingo solían pescar en el parque, ¿verdad?

—Seguro, en el antiguo pantano. Donde abrieron el canal Inés para obtener agua, antes de que la sacásemos del otro lado de las montañas. Ni el canal ni el pantano se utilizan ya para nada, salvo para la pesca, y ni ésta es buena… ya que el pantano es poco profundo, salvo ahora, en primavera. Casi todos los antiguos canales están fuera de uso, obturados con cemento para controlar las inundaciones, pero el canal principal aún tiene corriente de agua. Allí hay una barcaza amarrada desde la que pescábamos.

—¿Podría indicarnos cómo podemos llegar allí? —inquirió Bob.

—Sí, es muy fácil. La senda remonta por ahí… Y el pantano está justamente más abajo de la parada del autobús del parque.

Les explicó cómo podían llegar al pantano y, los chicos le dieron las gracias, tras lo cual volvieron al lugar donde estaban las bicicletas. Pedaleando, esforzadamente fueron siguiendo las serpenteante senda a través del parque, hasta que por fin divisaron la vieja represa, a la derecha. Los muchachos continuaron ascendiendo, contemplando cómo el agua del pantano se vertía en un amplio canal de unos cinco metros de anchura. No tardaron en llegar al nivel del pantano. Un camino de tierra partía hacia el canal Inés, en tanto que la carretera principal del parque rodeaba el antiguo pantano y continuaba monte arriba.

Los muchachos se internaron por el camino y pronto divisaron una enorme barcaza amarrada a la orilla del canal. Allí, antes de llegar a la represa, el canal tenía unos ocho metros de ancho. Estaba lleno por las lluvias primaverales, y el agua corría alocadamente hacia abajo.

—Bien —murmuró Bob, dejando la «bici» junto a la orilla—,

esto pone punto final a la primera adivinanza. ¡«La botella y el tapón» nos han conducido hasta el «bilabón»!

—Y ahora podemos solucionar la segunda adivinanza —añadió Pete—. «Sobre las manzanas y las peras, a su abrigo». Necesitamos unas escaleras… ¡y allí están!

Un tramo empinado de peldaños de madera, casi una escalerilla, llevaba desde la cubierta principal de la barcaza a la cubierta que formaba el techo plano del camarote. Pete abrió la marcha hacia la barcaza, pasando por la tabla que servía de pasarela, y escaleras arriba. La cubierta que hacía de techumbre del camarote, estaba rodeada por una barandilla, o borda, y se hallaba atestada de cajones, tablas y maderos viejos, y latas de cebos oxidados.

—Busquemos ahora algo que rime con «la dama de la estola» —propuso Jupiter—. Algo que rime y que signifique algo en sí mismo.

Los tres chicos empezaron a buscar frenéticamente por la barcaza. Volcaron cajones, escudriñaron en las latas, y levantaron todas las tablas. ¡Pero no hallaron nada! Jupiter incluso aflojó algunas tablas de la cubierta. Pero debajo todo estaba vacío.

—¡Cáspita! —se quejó Pete—. No veo nada que rime con «estola».

—¡Pues tiene que estar aquí! —insistió Jupiter—. Sé que estamos en el buen rastro. López es un policía, conocía a Dingo, y éste es el único pantano. ¡Tiene que ser el «bilabón»!

—Tal vez Dingo se refirió a algo que puede verse desde aquí —insinuó Bob.

Se acercaron a la borda y recorrieron con los ojos todo el paisaje forestal a ambos lados del canal. La montaña se elevaba por el extremo más alejado, y un canal seco, obturado con cemento, desaparecía cuesta arriba. No vieron nada que posiblemente pudiera rimar con «estola». Hasta que…

—Tal vez… —murmuró Jupiter— la chimenea de la barcaza…

Señaló una chimenea casi retorcida que sobresalía de la cubierta superior, hacia la parte de la roda.

—Bueno —dijo Pete lentamente—, no rima con «estola», aunque tiene cierta forma de cola… ¿Qué más, Jupe?

—Que señala hacia arriba —continuó Bob.

—Tienes razón —asintió Jupiter—. Lo que necesitamos es algo que rime con estola, o que se le parezca, y que señale directamente

a algo que sea la próxima pista, o sea «corre desde un amigo». Quizá cometimos un error y ahora estamos en el buen…

¡Todos oyeron el ruido! Era un golpe dado abajo… ¡Como una tabla pesada al chocar contra el suelo!

Los tres muchachos corrieron hacia la barandilla del otro lado, el de tierra. Skinny Norris se hallaba en la orilla, sonriéndoles burlonamente.

—Gracias de nuevo, por haberme dado la buena respuesta —gruñó el travieso muchacho—. Lo he oído todo, y ya sé dónde están las escaleras. ¡Esta vez yo solucionaré el caso! —Se echó a reír—. ¡Y por algún tiempo, vosotros no iréis a ninguna parte! Buen viaje, amiguitos.

—¡Jupe! —gritó sobresaltado Bob—, ¡la barcaza se mueve!

La pasarela estaba en tierra, y habían cortado las amarras, por lo que la barcaza iba adentrándose en el agua. Los muchachos descendieron a la cubierta inferior. ¡Era ya demasiado tarde! La barcaza se hallaba a dos metros de la orilla y seguía derivando hacia el centro del canal.

Pete apretó los puños.

—¡Te juro, Skinny Norris, que…!

—¡Que tengáis una buena singladura, amigos! —les gritó Skinny —. ¡Dentro de un par de horas llegaréis a la otra orilla del pantano!

Y Skinny se alejó por el sendero, pareciendo muy satisfecho consigo mismo.

—¡Espera a que te atrapemos! —le gritó Pete.

—¡Eh, el pantano! —advirtió Bob de repente.

Todos miraron al frente. La barcaza estaba derivando corriente abajo, acelerando rápidamente. El ruido del agua iba en aumento, convirtiéndose en un trueno. ¡Al frente, el canal penetraba en el pantano en medio de un verdadero remolino de encrespadas aguas!

CAPÍTULO 7

Pete en primer plano

¡La barcaza continuaba a la deriva!

—¡A nadar, amigos! —ordenó Jupiter.

—¡No! —objetó Pete—. ¡Quietos los dos!

Jupiter y Bob se inmovilizaron.

—La corriente es demasiado rápida. Y nos arrastraría, con toda seguridad —explicó Pete—. ¡De prisa, arriba!

Jupiter y Bob siguieron a su amigo a la cubierta superior. ¡La represa se aproximaba a gran velocidad!

—De prisa —repitió Pete—, empujemos los cajones y los maderos hacia popa…

Jadeando y bufando, los muchachos empujaron todo lo que había en la cubierta superior hacia dicho lugar. Cuando terminaban esta tarea, oyeron un sonido rechinante, y el avance de la barcaza se detuvo. Jupiter tartamudeó:

—¡Estamos… estamos en la represa!

Al frente, no había más que vacío y una especie de niebla que se elevaba de mucho más abajo, donde el agua caía por entre las rocas. Bob tragó saliva, muy pálido el rostro. Jupiter cerró los ojos y la barcaza se inmovilizó, colgada e inclinada sobre el borde de la represa.

—¿Vamos… vamos a… caer? —Se estremeció Jupiter.

La barcaza retembló, empezó a resbalar… ¡y de pronto quedó quieta! Descansaba sobre el reborde de la represa, con el agua corriendo frenética y alborotadamente por ambos lados.

—Bueno —masculló Pete—, estamos atrapados aquí.

Jupiter volvió a abrir los ojos y trató de avanzar hacia la parte delantera de la barcaza.

—¡No! —le retuvo Pete—. ¡No te muevas!

Jupiter se paró en seco.

—La barcaza está detenida por la popa —explicó Pete—. Con todo lo que hemos colocado ahí y nosotros, hay bastante peso para mantenerla quieta.

Sin atreverse casi a respirar, los tres muchachos miraron a su alrededor. La barcaza se hallaba equilibrada sobre el borde de la represa, a unos tres metros de las dos orillas. ¡Estaban atascados precisamente en el centro del canal!

—¿Qué podemos hacer? —gimió Bob.

Pete consideró calmosamente la situación.

—No podemos nadar ni ir flotando a tierra sobre un cajón. Tampoco podemos saltar. No hay ramajes que sobresalgan de la orilla para poder cogernos a ellos. Y si efectuamos algún movimiento súbito, la barcaza puede caer.

—Entonces —insistió Jupiter con pánico en la voz—, ¿qué podemos hacer, segundo?

—Primero, Jupe, tener calma —declaró Pete—. Abajo he visto unas cuerdas. Creo que conseguiré enlazar aquel enorme tocón que hay en la orilla. Luego, podremos cruzar hasta allí, colgados en la cuerda. Bob, tú eres el que pesa menos. Ve a buscar la cuerda.

El chico asintió y se dirigió a la escalerilla. ¡La barcaza se movió y se inclinó más hacia delante!

—¡Por aquí no! —gritó Pete—. Salta por la barandilla de popa, Bob. Tenemos que conservar todo nuestro peso atrás.

Bob volvió a asentir, saltó por la borda, y descendió ágilmente hacia la cubierta inferior. Al cabo de un momento le entregó a Pete un rollo de cuerda. Pete hizo un lazo a un extremo, se colocó en posición, y arrojó el lazo hacia la orilla. El lazo cayó a un metro del tocón.

Pete recogió la cuerda y volvió a probar. Ahora, el lazo tocó el tocón… ¡pero no lo apresó! La barcaza se balanceó, obligando a los tres amigos a pegarse a la borda para mantener el equilibrio. Jupiter miró hacia el agua… y palideció.

—Pe… Pete… ¡Un gran madero! ¡Si toca la barcaza, caeremos!

Pete contempló serenamente el enorme tronco de árbol que flotaba canal abajo, en dirección a la barcaza. Asintió, recogió la cuerda, y volvió a tirar el lazo. ¡Esta vez se enredó el tocón! Cuidadosamente, Pete tensó la cuerda, y la ató fuertemente a la barandilla de la cubierta superior.

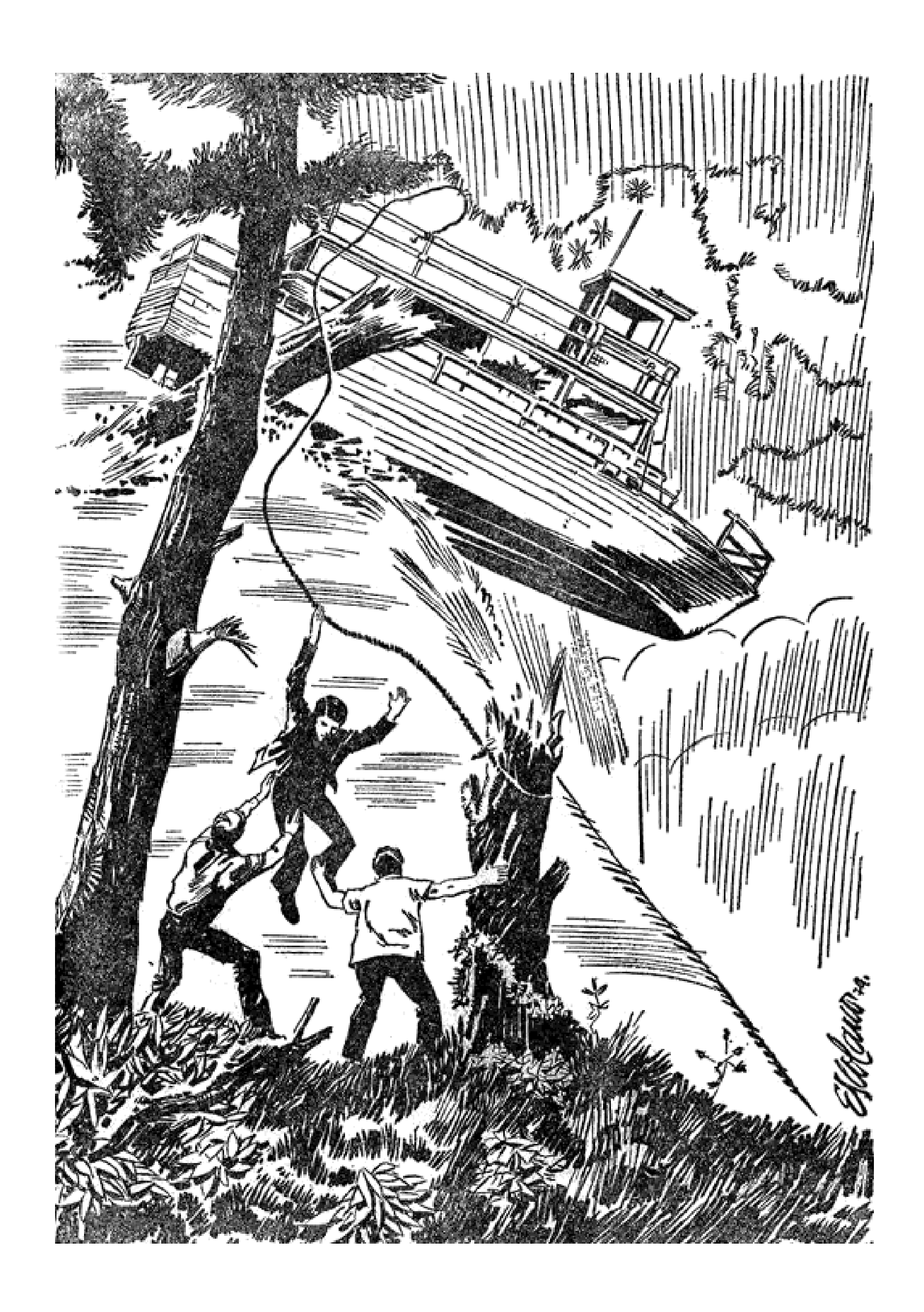
—Bob, tú primero —ordenó.

Desde abajo, Bob asió la cuerda, y ágilmente fue pasando por ella, colgado, moviendo primero una mano, después otra. ¡Unos instantes más tarde estaba en la orilla, sano y salvo! Rápidamente, aseguró más el lazo en el tocón y avisó a sus compañeros.

—¡Ahora tú, Jupiter! —instruyó Pete.

Jupiter vaciló. No era tan fuerte como sus compañeros y estaba demasiado gordo. Estaba seguro de que no conseguiría cruzar, o que la cuerda no resistiría su peso. De pronto vio que el tronco estaba ya muy cerca de la barcaza. Tragó saliva y se colgó de la cuerda, la cual se combó mucho debido al peso, de modo que el chico casi tenía los pies en el agua, y le dolían los hombros por el esfuerzo realizado. Sin embargo, mal que bien, llegó a la orilla poco después.

Sin el peso de Jupe y Bob a popa, la barcaza se inclinó peligrosamente hacia delante. ¡Y el enorme tronco casi había llegado también! Pete no aguardó más. Asió la cuerda y casi se deslizó por ella. ¡En el instante en que sus pies tocaban tierra, el tronco chocó con la barcaza!



Sin el peso de los tres amigos, la barcaza se inclinó más y empezó a descender por la represa, astillándose por entre las rocas que la formaban. En la orilla, los tres muchachos se estremecieron al contemplar aquella obra destructora.

—¡Uf…! —Respiró Bob con fuerza.

—¡Ese Skinny! —exclamó Pete, muy enojado—. ¡Es un tipo peligroso!

—¡Skinny —recordó de pronto Jupiter— se nos ha adelantado! ¡Dijo que sabía dónde están las escaleras! ¡Vamos!

El primer investigador tenía las pupilas muy relucientes. Pasado el peligro, su cerebro volvía a estar totalmente ocupado con el enigma que presentaban las adivinanzas.

—Las escaleras han de estar por aquí —dijo—. Nos separaremos para buscarlas. Nos mantendremos en contacto mediante los «*walkie-talkies*», y si veis cualquier clase de escalera, informad.

Iniciaron la búsqueda a lo largo del canal Inés, cruzando hasta el extremo más lejano, y atravesando un puente que unía las dos orillas del pantano. Subieron, bajaron, se mantuvieron en contacto mediante los intercomunicadores, pero no descubrieron nada.

—Nos hemos equivocado en algo, compañeros —dijo finalmente Jupiter, hablando por el «*walkie-talkie*».

—¡Bromeas! —replicó Pete.

—Jupe, ¿estás seguro de haber solucionado correctamente la primera adivinanza? —preguntó Bob—. ¿Estás totalmente seguro de que un «bilabón» es una extensión de agua?

—Claro… —vaciló Jupiter—. ¡Eh, un momento! Claro que no busqué esa palabra en el diccionario. Y tal vez tenga otro significado especial. ¿Alguno de vosotros se halla cerca de un teléfono?

—Creo recordar que hay una cabina cerca de la comisaría del ayudante López —repuso Pete—. ¿Quieres que vaya hasta allí? Yo estoy muy cerca del sitio donde hemos dejado las «bicis».

—Bien —ordenó Jupe—. Llama a la biblioteca y pídele a la bibliotecaria que te lea la difinición de «bilabón» en el diccionario. ¡De prisa!

Pete cerró su aparato. Luego, estuvo largo tiempo sin comunicar. El sol iba hundiéndose más cada vez en el cielo. Y Jupiter empezó a pensar que pronto oscurecería del todo. Fue en aquel momento

cuando resonó la estridente voz de Pete por el «*walkie-talkie*».

—¡Jupe, Bob! ¿Estáis ahí?

—Sí, segundo. ¿Qué has averiguado? —quiso saber Jupiter.

—Te voy a leer las definiciones. «Bilabón» significa varias cosas. Primera: el brazo de un río que se aparta del cauce principal, sin ir a ningún otro río; o sea un canal sin salida.

—Esto no sirve —murmuró Bob—, ya que no hemos visto nada por el estilo.

—Un momento. Hay otra definición. Segunda: el lecho de un río que sólo contiene agua en la estación de lluvias; o sea un cauce seco.

—¡Esto es! —exclamó Jupe—. Hay un canal tapado con cemento que sale del pantano… Y sólo lleva agua después de llover. ¡Pete, nos reuniremos allí! ¡Cambio y cierro!

Unos minutos más tarde, Bob y Jupiter llegaron a la embocadura del canal cegado que se hallaba en el extremo más alejado del canal Inés. El canal seco trazaba una curva hacia arriba, muy ampliamente, hasta el extremo del Inés.

—Nada —se admiró Bob—. No hay ninguna escalera por aquí.

—Pues tiene que haber una —insistió Jupiter—. Estoy seguro de que esto es el «bilabón» del viejo Dingo. Vamos.

A la moribunda luz del día desanduvieron el camino. Entonces oyeran la voz de Pete que gritaba desde el otro lado del canal Inés.

—¡Allí, muchachos! —Pete señalaba canal abajo, a su izquierda.

—¿Dónde? —inquirió Bob—. No veo nada.

—Las escaleras deben estar situadas de forma que no pueden verse desde muy arriba y muy cerca ni desde abajo, por la derecha —explicó Jupe—. ¡Vamos!

El robusto muchacho se internó por entre los arbustos y matorrales que cubrían la ladera y empezó a recorrer la falda de la montaña. Bob le siguió. Pocos instantes después divisaron un tramo de escalera de madera entre la maleza. Algunas tablas brillaban al sol poniente, que se filtraba por entre las ramas de los árboles. Los peldaños sólo llegaban hasta media ladera.

—¡Una inundación debió llevarse la parte inferior! —comentó Jupiter—. O quizá se derrumbó. Esos escalones están en muy mal estado.

Pete llegó jadeando por la montaña.

—¡Caramba, ese Dingo era un granuja! ¡Desde el canal no pueden verse las escaleras! Sólo las divisé desde el caminito.

—Es de esperar que la vista de Skinny no sea tan buena como la nuestra —murmuró Jupiter—. ¡Vamos!

Los tres amigos corrieron por los gastados peldaños, que terminaban en un pequeño prado en lo alto de la montaña. Por el extremo opuesto pasaba la carretera principal del parque. A unos cincuenta metros de distancia se veía la parada del autobús… y en el centro del prado había una estatua de bronce.

—¡Jupe! —gritó Bob—. ¡La estatua!

Era la figura de un vaquero del Oeste, de pie sobre un pedestal de granito. El vaquero apuntaba con su pistola.

—¡Una pistola! —proclamó Pete—. ¡«La dama de la estola»!

—¿Adónde apunta la pistola? —preguntó Jupiter.

Pete trepó al pedestal y se inclinó para seguir la dirección del arma. Parpadeó varias veces y meneó la cabeza.

—A ninguna parte, Jupe —declaró tristemente.

Bob trepó a su vez y miró.

—Apunta a los árboles, Jupe.

El primer investigador estudió la base de la pequeña estatua, en el sitio donde se apoyaba en el pedestal de granito.

—Hum… —gruñó—, la estatua no está fija sobre el zócalo. Se sostiene mediante un perno en el centro, de modo que puede moverse durante todos nuestros pequeños terremotos. Está floja… ¡y la han movido!

—¿Movido? —Pete frunció el ceño—. ¿Quieres decir en un temblor de tierra…?

Jupiter negó con la cabeza.

—No, las huellas son recientes y ni siquiera veo polvo… La han movido desde hace muy poco.

—¡Skinny! —gritó Pete.

—¿Quién si no? —repuso Jupiter coléricamente—. Encontró la estatua y la hizo girar sobre el eje, pensando que de esta forma no sabríamos adonde apuntaba.

—Entonces, ¿cómo solucionaremos la siguiente pista? —se desconsoló Bob.

—¡Encontrando a Skinny! —decidió Jupiter.

Cuando daban media vuelta para bajar por la escalinata de

madera, una sombra se movió a la luz crepuscular por entre los árboles… una sombra veloz que corrió hacia la carretera.

—Alguien nos estaba espiando —susurró Bob.

—¡A por él! —apremió Jupiter.

Corrieron por entre los árboles. En la carretera arrancó un coche. Cuando los tres amigos llegaron allí, el auto ya estaba muy lejos.

—¿Reconocisteis el coche? —indagó Jupiter.

—No —dijo Pete—, pero no era indudablemente el de Skinny.

Descendieron por la montaña, cruzaron el canal Inés por un puente, y fueron en busca de las bicicletas.

—Tal vez fuese aquel gigante —apuntó Bob, en tanto iba pedaleando a la luz del crepúsculo.

—La sombra era demasiado pequeña —reflexionó Jupe—. No, hay alguien más interesado en nuestras andanzas.

Pete tendió nerviosamente la vista hacia las sombras de la carretera, recordando el aviso telefónico.

—Bueno, ¿dónde encontraremos a Skinny? —preguntó Bob—. Aunque jamás nos dirá adonde apuntaba la pistola.

—No, no lo dirá —concedió Jupiter—. Pero tal vez desee ufanarse, como hace siempre, y deje escapar una insinuación. Primero, veremos si está en su casa. Ya hemos llegado tarde a la cena, de modo que unos minutos más no importa.

Pero Skinny no estaba en su casa. Su madre dijo que había salido con su padre.

—¿Y ahora qué? —preguntó Bob poco después.

—¡Le seguiremos! —decidió Jupiter—. No creo que esta noche se dedique a la caza del tesoro, y mañana por la mañana temprano espiaremos todos sus movimientos. Nos oyó hablar en la barcaza, de modo que está al tanto de lo de la jerga rimada. ¡Y de esta manera, incluso Skinny puede resolver las adivinanzas!

—¡Carape, Jupe! —Se alteró Pete—, no podemos vigilar a Skinny continuamente, porque no tenemos coche.

—No nos hace falta —anunció Jupe—. Tenemos algo mejor. ¡Tenemos el fantasma a fantasma!

—Cierto —exclamaron los otros dos a coro—, no habíamos pensado en ello: ¡tenemos el fantasma a fantasma!

CAPÍTULO 8

Visitas inesperadas

Varias horas más tarde, Pete Crenshaw soltó el teléfono de su casa y anunció:

—Bien, con ésta han terminado mis llamadas fantasma a fantasma.

—¿Llamadas a los fantasmas? —Se asombró su papá—. ¿Te encuentras bien, hijo, o desvarías?

—No son fantasmas, papá, sino las llamadas fantasma a fantasma. ¿No te acuerdas? Es el invento de Jupiter para encontrar aprisa algo o a alguien. Cada uno llamamos a cinco amigos diferentes, les contamos qué estamos buscando, y les pedimos que pasen el mensaje a otros cinco amigos, los que a su vez llamarán a otros cinco, y así sucesivamente. Según dice Jupiter, las llamadas progresan geométricamente, como las cartas en cadena. A nosotros, de este modo, nos ayudan casi todos los chicos de Rocky Beach. Y da unos resultados estupendos.

—Me lo imagino —asintió el señor Crenshaw, aturdido.

Pete sonrió para sí. Seguro, Skinny Norris estaba acorralado. Los Tres Investigadores habían lanzado un boletín pidiendo información respecto al paradero de Skinny al día siguiente. Y todos los muchachos de la ciudad vigilarían el paso del coche rojo de Skinny Norris, y el que le viera llamaría seguidamente al cuartel general de los Tres Investigadores.

A la mañana siguiente, Pete se levantó temprano, a pesar de ser sábado, y telefoneó a Jupiter antes de desayunarse.

—¿Alguna noticia de los fantasmas? —indagó.

—Dos, segundo —repuso Jupiter—. Uno vio un coche que no era el de Skinny, y otro sí lo vio… pero en el patio de su casa.

—Al menos sabemos que aún no ha salido —suspiró Pete—. Llegaré después del desayuno.

Como tenía mucha prisa, Pete sólo se tragó tres huevos fritos y seis pedazos de tocino, tras lo cual salió de casa, tomándose todavía el último vaso de leche. Pedaleó rápidamente hacia el «Patio Salvaje», y gateó hasta el cuartel general. Jupiter estaba solo.

—Bob ha tenido que ir de compras para su madre —anunció el primer investigador—. Yo he estado ocupado con las adivinanzas. ¿Te has fijado que el viejo Dingo empleó a menudo palabras inesperadas? Me refiero a la adivinanza de que me ocupo ahora, o sea «la dama de la estola corre desde un amigo».

—¿Y bien?

—La frase «corre desde un amigo» es muy rara, considerando que la pistola apuntaba a algo. ¿Por qué no decir «corre hacia un amigo»?

—Pues… no lo sé.

—Después, ¿te acuerdas de lo que dijo Bob? En la adivinanza número tres, el viejo Dingo escribió «nuestra jeta», y en la cuarta adivinanza escribió «la» nariz, y en la quinta puso «comprar» una esposa.

—¿Quieres decir que habría tenido que escribir «tu» nariz y ver «mi» jeta, o «la» jeta? —musitó Pete—. Además, ¿quién «compra» una esposa?

—Estoy convencido —asintió vigorosamente Jupiter— de que estas palabras son muy importantes. Contienen algún truco.

—Si quieres saber mi opinión —suspiró Pete—, todo el testamento es un truco. Dingo no puso las cosas fáciles… oh, no.

A Jupiter le brillaban las pupilas.

—¡Y estoy seguro de que existe una fortuna oculta! Dingo no quiso que la encontrase nadie con excesiva facilidad.

—Pues lo logró, caramba… —volvió a suspirar Pete—. Será mejor que encontremos a Skinny…

—¡Pete! ¡Jupe!

La llamada llegó débilmente al interior del remolque.

—Parece Bob —dijo Pete.

Jupiter se acercó al *todolové*, el tosco pero eficaz periscopio que había instalado con el fin de poder ver por encima de la chatarra amontonada entorno al remolque. El periscopio consistía en un pedazo de tubería con espejitos instalados en ángulos adecuados. El tubo sobresalía por el techo del remolque, en una esquina, Jupiter

fue girando el periscopio hasta situar a Bob.

—Viene por el taller —explicó luego—. ¡Y hay alguien con él. Salgamos. El túnel dos no será seguro… Vamos por la cuarta puerta!

La cuarta puerta era un paño corredizo de la pared posterior del remolque, que daba a un corredor secreto que, a través de altos montones de desperdicios, llevaba al fondo del patio. Pete y Jupe corrieron por el corredor y dieron un rodeo hasta situarse delante del taller. Allí les aguardaba Bob… junto con Winifred Percival.

—¿Qué…? —empezó Pete.

—Ah —exclamó una voz con acento inglés—, ya están todos aquí.

Jupiter y Pete dieron media vuelta. Cecil Percival acababa de aparecer a la puerta del taller. El grueso sobrino del viejo Dingo Towne llevaba un bastón negro y muy pesado… y con él obstruía el paso.

—¿Qué desean ustedes? —inquirió Pete, muy excitado.

—Chis, chis… amiguito —sonrió Cecil, muy agria la mirada—. Esos chicos americanos tienen unos modales tan feos… Simplemente, queremos hablar con vosotros, nada más. ¿No, es así, querida Winny?

—Sí, por el momento —asintió la mujer ominosamente.

—Vamos, no alarmes a los chicos. Sólo queremos que entiendan los hechos tal como son, ¿eh? —añadió Cecil.

—Ustedes ya intentaron alarmarnos, ¿verdad? —Se enojó Jupiter—. Con la llamada anónima de ayer.

—¿Llamada? —repitió Cecil—. Oh, amiguitos, si alguien os ha amenazado, sugiero que se lo preguntéis al señor Callow.

—¡Nosotros no somos sus amiguitos, señor! —Se sulfuró Pete.

—Ah, pero nosotros queremos ser amigos vuestros —replicó Cecil—. Habéis sacado una impresión equivocada de nosotros. Vuestras mentes han sido envenenadas por Nelly Towne y Roger Callow.

—Nuestra madre, la hermana de Marcus Towne, fue asociada suya años atrás. ¡Y él —agregó Winifred Percival, con su flaco rostro encendido de ira—, le robó su parte de dinero! ¡Y ahora, ese dinero nos pertenece!

—Vosotros, muchachos, trabajáis en favor de quienes no lo

merecen —añadió Cecil—. Y a nosotros nos gustaría que trabajaseis para nosotros. Os pagaríamos mucho mejor.

—¡Nosotros no…! —tartamudeó Bob muy enojado.

Jupiter le interrumpió.

—¿Qué nos pagarían, señor? —preguntó:

—Pues… —Calculó Cecil—, pongamos el diez por ciento de toda la fortuna. Un botín real, muchachos.

—Hum… —reflexionó Jupiter—, muy generoso.

Pete y Bob contemplaban a su jefe con gran sorpresa.

—¿Sólo por encontrar las joyas para ustedes? —inquirió Jupiter.

—Encontrarlas, no contárselo a nadie y entregárnoslas.

—No contárselo a nadie —repitió Jupiter—. ¡Para poder quedárselas! Ah, ustedes saben que no pueden reclamar legalmente la fortuna del viejo Dingo. Bien, nosotros ya tenemos unos clientes, que son los herederos legales, y los detectives no pueden trabajar para dos clientes a la vez.

El rostro de Cecil se ensombreció. Winifred lanzó una maldición. El semblante de su acompañante se llenó de ira, y levantó el bastón amenazadoramente.

—¡Entonces, decidnos lo que sabéis! —barbotó Cecil—. Sabemos que estáis sobre el buen rastro, estamos enterados de todo lo relativo a la jerga rimada, y os vimos en el pantano, con aquel otro canalla… ¡Decidnos todo lo que sabéis!

—¡De modo que nos estaban vigilando junto a la estatua! —exclamó Bob.

—¿La estatua? —se extrañó Winifred—. ¿Qué estatua?

—¿No vieron a Skinny… a ese otro muchacho —preguntó Jupiter—, cerca de una estatua en el Jardín Botánico? ¿No vieron lo que hizo?

—No vimos ninguna estatua —replicó Cecil—, pero os vimos a todos en el pantano. Seguimos al otro chico, pero nos esquivó. Y ahora vosotros…

—¿Cómo se enteraron de la jerga rimada? —insistió Jupiter—. Y ante todo, ¿cómo saben que trabajamos para los señores Towne?

—Billy Towne —rió Cecil— es un tontorrón. Estaba tan enfadado con nosotros, que para demostrarnos que estábamos equivocados, lo contó todo, junto con lo que habíais descubierto: que Dingo utilizó la jerga rimada australiana.

—Una jerga terriblemente vulgar —despreció la refinada Winifred.

—¡Ya basta, Winny! —tronó Cecil de pronto—. ¡Ahora seré yo quien pregunte! ¡Contadnos todo lo que sabéis… y de prisa!

—No, señor —replicó Jupiter—, no le contaremos absolutamente nada.

—¡Nada, nada! —replicó Pete.

—Entonces —rió Cecil malvadamente—, trataré de que no se lo contéis a nadie.

El gordo enarboló el pesado bastón y avanzó hacia los muchachos. Sus ojillos relucían peligrosamente.

—¡Os secuestraremos y os mantendremos escondidos por algún tiempo! Al menos hasta que nosotros hayamos solucionado las adivinanzas.

Los muchachos se encogieron y retrocedieron, en tanto que Cecil y Winifred avanzaban amenazadoramente.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó una recia voz.

Tía Mathilda Jones estaba a la puerta del taller, detrás de los Percival. Cecil dio media vuelta, con el bastón en alto.

—¡Atrás, señora!

Tía Mathilda enrojeció. Avanzó hacia Cecil, le cogió el bastón y lo dejó caer sobre su cabeza. Cecil trastabilló y retrocedió tambaleándose. Winifred saltó hacia tía Mathilda.



—¡No se me acerque! —la avisó tía Mathilda. Winifred se detuvo en seco. Tía Mathilda arrojó el bastón fuera del patio—. ¡Y ahora, salgan los dos de aquí ahora mismo!

Hans, uno de los empleados de Titus Jones, apareció no muy lejos, contemplando la escena.

—¡Y no vuelvan! —añadió tía Mathilda.

Cecil miró al forzudo Hans, y le hizo una señal a Winifred. Los dos se marcharon perseguidos por las sonoras carcajadas de los tres muchachos. Tía Mathilda miró a los que tanto reían.

—Bueno —preguntó—, ¿qué ha pasado aquí?

Jupiter le explicó quiénes eran los Percival, y lo que querían. Tía Mathilda soltó un respingo.

—Si queréis mi opinión, todos los cazadores de tesoros están locos. ¿Quién ha oído jamás que debiera solucionarse la adivinanza de un muerto? En fin, supongo que esos dos tipos no volverán a molestaros nunca más.

Cuando la buena mujer se marchó a su despachito de la chatarrería, los muchachos se sonrieron mutuamente. ¡Nadie podía enfrentarse con tía Mathilda y salir bien librado!

De pronto, los muchachos observaron que destellaba una luz roja encima del banco de trabajo de Jupiter: la señal de que estaba llamando el teléfono del remolque. Los tres corrieron por el túnel Dos y Jupiter descolgó el aparato

—Gracias —murmuró tras escuchar un instante y colgando—. ¡Han visto a Skinny en la terminal del autobús!

Los Tres Investigadores corrieron en busca de sus bicicletas.

—¡Nos siguen! —exclamó Jupiter.

CAPÍTULO 9

«Corre desde un amigo»

Se hallaban a una manzana de distancia de la terminal de autobuses de Rocky Beach. Corriendo a la máxima velocidad, no habían vuelto la vista atrás hasta que se vieron obligados a detenerse ante una señal de tráfico.

—¿Dónde? —preguntó Bob, mirando a su alrededor—. Yo no veo a nadie.

—Se ha escondido detrás de un coche aparcado —explicó Jupiter—. Va en bicicleta, y lleva un gorro muy raro y una capa. ¡Sigamos por la calle lateral!

Doblaron a la derecha al cambiar el semáforo, y pedalearon enconadamente por la calle lateral. A media manzana había un callejón, en el que se internaron. Allí se agazaparon entre las sombras de unos enormes cubos de basura, para vigilar y observar.

La extraña figura en bicicleta iba recorriendo la calle en su busca.

La diminuta forma parecía un jorobado inclinado sobre el manillar. Llevaba una capa negra y un gorro extraño con visera delante y detrás.

—Parece la gorra que usaba Sherlock Holmes —susurró Pete.

—Un cazador de ciervos —murmuró a su vez Bob.

—¡Oh, no! —gritó Jupiter incorporándose—. ¡Billy Towne! ¿Qué haces aquí?

Sobresaltado, el niño fue a chocar contra un auto estacionado y cayó, enredado con la bicicleta y la capa. Logró levantarse, dándole un puntapié a la capa, y se irguió en toda su corta estatura.

—¡Os estoy ayudando! ¡Aunque no me queráis con vosotros!

—¡Con esas ropas! —rió Pete.

—¡Son las prendas que visten los detectives! —les desafió Billy.

—¿Cómo nos has encontrado? —quiso saber Jupiter.

—Os he seguido —proclamó Billy con orgullo—. Me levanté muy pronto y fui a vigilar el «Patio Salvaje». ¿Estaban locos los Percival? Y ahora decidme, ¿por qué estáis aquí? ¿Cuál es la próxima pista?

—Esto no importa, Billy —le interrumpió Jupiter—. Bien, vámonos todos.

Corrió en busca de su bicicleta y todos volvieron al cruce de las calles.

—Eh, ¿dónde vamos? —preguntó Billy, mientras pedaleaba esforzadamente para mantenerse a la altura de los otros.

—Te llevamos a casa —replicó Jupiter—. No podemos hacernos responsable de ti y dar solución a un caso al mismo tiempo.

—¡Yo no quiero ir a casa!

Un «Jaguar» dobló la esquina y se detuvo. Del coche surgió Roger Callow.

—De modo que estás aquí, Billy. Tu madre está muy enfadada —Roger les sonrió a los investigadores—. Se imaginó a donde había ido Billy cuando no lo encontró en casa. Fue una suerte que le dijeseis a tía Mathilda adonde ibais, de lo contrario no os habría hallado.

—¡Yo no quiero ir a casa! —sollozó Billy—, ¡estoy ayudándoles!

—Billy —le espetó Jupiter—, los Percival descubrieron que trabajamos para vosotros y también averiguaron lo de la jerga rimada de las adivinanzas. ¿Cómo se enteraron de todo esto? ¡Pues porque tú se lo dijiste! La primera regla de un buen detective, Billy, es no hablar nunca a tontas y a locas. Y tú cometiste un error muy grave.

—Lo siento, Jupiter, oh, lo siento mucho. Pero me hicieron enfadar cuando empezaron a decir cosas muy feas de mi mamá. Oh, no cometeré más errores… ¡Lo prometo!

—Yo también lo siento, Billy —sonrió Jupiter—, pero en lugar de ayudarnos nos causas molestias solamente. Será mejor que te vayas con el señor Callow.

Muy abatido, Billy condujo su bicicleta hacia el flamante coche del abogado.

—¿Progresáis algo, muchachos? —preguntó aquél, en tanto metía la bicicleta en el auto.

—Seguro —se ufanó Pete—. Pronto solucionaremos la segunda

adivinanza.

—¡Formidable! Yo ya me he ocupado ante los tribunales del asunto de los testamentos, por lo que cuanto antes encontremos las joyas, tanto mejor. Gracias a Dios, los buscadores de tesoros han abandonado las indagaciones. No dejéis de comunicarnos vuestros descubrimientos. Adiós.

—Adiós, señor abogado —le despidió Bob.

Roger Callow puso en marcha el coche, y Billy dirigió a los Tres Investigadores una mirada de pura desdicha.

Los tres amigos pedalearon hasta la estación terminal de los autobuses y hallaron al chico que les había telefoneado. Se llamaba Fred Merkle. Estaba a la entrada de la construcción contigua a la terminal, para que Skinny no le pudiera descubrir.

—Vi el coche hace una hora —explicó Fred—. Skinny ha estado subiendo toda la mañana en los autobuses, según me dijo el taquillero. Ha recorrido ya dos rutas diferentes completas, y ahora está a punto de subir al autobús de una tercera línea.

Como para confirmar estas palabras, salió de la terminal un autobús, que pasó por delante de los muchachos. Todos procuraron no ser vistos. Skinny iba sentado en un asiento delantero del vehículo… ¡Con el semblante tan negro como un trueno!

—¡Cáspita! —exclamó Pete—, parece muy enfadado.

—No debe encontrar lo que busca —comentó Fred Merkle—. Hablé con los conductores de los dos autobuses que cogió antes, y los dos dicen que les preguntó si algo del recorrido rimaba con la palabra amigo. Los conductores no le comprendieron en absoluto —sonrió el chico—. Bien, tengo que irme. Ha sido muy divertido.

—Te damos las gracias, Fred —dijo Jupiter—, y si nos dan una recompensa, tendrás tu parte.

Cuando el pequeño ayudante les dejó en la soleada acera, Pete empezó a meditar.

—¿Qué rima con «amigo»? —preguntó el segundo investigador—. ¿Tal vez «higo»? ¿Una higuera en el camino?

—No hay higueras en el camino —negó Jupiter.

—Jupe —intervino Bob—, ¿adónde apuntaría la pistola de la estatua que obligó a Skinny a venir a la terminal de autobuses?

—Eso me parece muy claro, Bob —declaró Jupiter—. «La dama de la estola» debió estar apuntando la parada de los autobuses del

parque del condado. Recuerda que la estatua está muy cerca de la parada. Con la palabra «corre» en la pista, Skinny debió imaginarse que la adivinanza se refería al autobús.

—Pero —objetó Bob—, ¿por qué vino aquí? ¿Por qué no cogió el autobús en el parque?

—¿Y por qué ha cogido Skinny varios autobuses? —añadió Pete.

Jupiter reflexionó unos instantes.

—Pienso, amigos, que sólo existe una respuesta para estas dos preguntas. Vamos dentro a consultar las rutas de los autobuses.

Penetraron en la terminal y consultaron el recorrido de cada línea.

—Eso pensaba —murmuró Jupiter—. Hay tres líneas distintas que pasan por la parada del parque.

—Y Skinny ignoraba a qué línea se refirió Dingo —concluyó Bob.

—¡Y nosotros también lo ignoramos! —gimió Pete.

Jupiter frunció el entrecejo.

—Tiene que ser una línea especial, que ha de conducirnos a la tercera adivinanza. En la segunda tiene que haber una pista…

El corpulento muchacho volvió a exhibir una copia de las adivinanzas.

Sobre las manzanas y las peras, a su abrigo,
la dama de la estola corre desde un amigo.

—¿Rima con amigo alguna parada de esas líneas? —preguntó Pete.

—Sí, la parada de Sausalito, casi rima —explicó Bob—, pero la rima no es exacta. Jupe, ¿encontraste la equivalencia, en esos libros de la jerga rimada, de «corre desde un amigo»?

—No —negó Jupiter—. De modo que «amigo» es una palabra de la jerga de oscuro significado, lo que no es en absoluto ninguna jerga. Yo opino que se trata de un truco del viejo Dingo. Es una pista literal, o sea que el autobús que hemos de coger nos conducirá a uno de sus amigos. A un amigo al que él veía con regularidad. Si supiésemos a quiénes visitaba… Oh, creo que…

Jupiter parpadeó y calló. ¡Winifred Percival estaba en la terminal, delante de los muchachos! La delgada sobrina de Dingo

Towne casi parecía asustada.

—Sí, tienes razón, jovencito —murmuró—, y creo saber de qué amigo se trata. Tal vez así me perdonéis.

—Jupe, esto es una… —saltó Pete.

—¿Una trampa? —Sonrió Winifred—. Oh, claro, tenéis razón por sospechar de mí. Sólo puedo alegar en mi descargo que Cecil me obligó a ayudarle. Oh, es muy violento. Me tiene asustada. Pero yo quiero impedir que siga adelante con su proyecto, por su propio bien.

—¿Impedirle que siga adelante? —repitió Jupiter asombrado.

—Haciendo que otros descubran las adivinanzas y hallen antes el tesoro. Volví al «Patio Salvaje» para disculparme y ofreceros mi ayuda, y vuestra tía fue lo bastante amable para decirme que estabais aquí. No quiero ayudar más a Cecil, por mucho que me amenace.

—Oh… —se inquietó Pete—, ¿acaso le ha pegado, señora?

—Capaz sería de ello —tembló Winifred—. Por esto quiero ayudaros a vencerle. ¿Me dejáis? Ignoro la dirección exacta de ese amigo del viejo Dingo, pero puedo llevaros allí.

Jupiter frunció el ceño.

—¿Quién es el amigo, señorita Percival?

—Bueno… tú eres Jupiter, ¿verdad? Y tú Bob… y tú Pete, ¿eh?

Los tres muchachos aludidos asintieron, un poco desconcertados.

—Bien —sonrió ella—. Tío Dingo solía jugar al ajedrez regularmente con un tal señor Pollinger.

—¿Tomaba el autobús para ir a su casa? —se interesó Pete.

—Sí, aunque no sé cuál.

—¿Dónde vive el señor Pollinger? —inquirió Bob.

—Por la montaña, pasado el parque, no muy lejos de la casa de Dingo —explicó Winifred.

Jupiter asintió. Por aquel sector pasaban unos autobuses.

—El señor Pollinger podría ser el amigo —afirmó—. No cuesta nada probar. ¿Cómo podemos llegar allí?

—Está demasiado lejos para ir en bicicleta —contestó Winifred —. Si queréis hacerme caso, puedo llevaros en mi coche. Naturalmente, si no os fiáis de mí, me haré cargo.

—Pues… —vaciló Jupiter.

—Puedo describiros la casa del señor Pollinger para que podáis

localizarla —se ofreció Winifred—, o ir en autobús con vosotros para demostraros que no intento secuestraros.

La mujer sonrió.

Los muchachos se consultaron con la mirada.

—Con el coche ganaríamos tiempo —murmuró Pete.

—El tiempo es vital —Jupiter estaba ya decidido—. Aceptamos su ofrecimiento.

—¡Bravo! —Aplaudió Winifred—. Tengo el coche en el aparcamiento de la terminal. Podéis dejar allí las bicicletas.

Los chicos se aseguraron de que el coche estaba vacío antes de subir, y no aflojaron su vigilancia, mientras Winifred Percival conducía por delante del Jardín Botánico y el parque, hacia una zona rural de casitas esparcidas entre las colinas. Poco después indicó un camino vecinal.

—Creo que es por allí, chicos —dijo.

Jupiter y Pete se relajaron a medida que el coche iba escalando el estrecho sendero bajo el sol primaveral. El auto se detuvo delante de una casita de aspecto rústico.

—¡Hemos llegado! —exclamó Winifred.

Los muchachos se agruparon para mirar afuera. Era un lugar encantador, y los pájaros cantaban por todas partes.

—¡Señor Pollinger! —gritó Bob, un poco asustado—. ¡Señor Pollinger! ¿Podemos hablar con usted del señor Marcus Towne?

Hubo una pausa, y de pronto surgió del interior una voz cascada:

—¿De quién? ¿Del viejo Dingo? ¡El muy tunante me ganaba todas las partidas! Bien, entrad, entrad…

Los tres amigos penetraron en la casita tumultuosamente. Jupiter iba ya diciendo:

—Señor, el viejo Dingo venía aquí en autobús, ¿verdad? ¿Dijo algo alguna vez referente al autobús y a una «décima bola mortal»?

Un hombre anciano se hallaba de pie al lado de una librería, al otro lado de la estancia, de espaldas a los recién llegados. Dio media vuelta lentamente.

—¡Vaya, hola, mis tontucios amiguitos!

¡No era un anciano ni era el señor Pollinger! Cecil Percival estaba blandiendo ya su pesado bastón y riendo perversamente ante el estupor de los Tres Investigadores.

Detrás de ellos… ¡Winifred Percival bloqueaba la puerta!

CAPÍTULO 10

Un conductor temerario

Winifred Percival miraba desdeñosamente a los Tres Investigadores.

—No pensaríais que íbamos a abandonar nuestras pretensiones a lo que nos pertenece, ¿verdad?

Bob y Pete estaban demasiado estupefactos para responder. Jupiter temblaba de rabia, pero se mordió la lengua, aguardando la continuación.

—Un excelente trabajito, querida Winifred —alabó Cecil, burlándose de los muchachos.

Winifred se echó a reír.

—Son demasiado honrados y valerosos. ¡Cualquiera puede engañarles, los muy tontos!

—Inventar a ese señor Pollinger fue muy astuto, ¿eh? —rió Cecil.

El gordinflón se restregaba las manos de puro gusto.

—¡Ustedes…! —empezó a gritar Pete.

—¡En, calma, calma! —suplicó Cecil—. Ya os dije, mis apreciados idiotas, que no debíais entrometeros en nuestro camino. Y no es que Winifred y yo no apreciemos vuestros esfuerzos… ¡Nada de eso! Pero ahora seremos nosotros los que encontraremos al verdadero amigo, y la rima de la «décima bola mortal», y resolveremos el enigma. Vosotros gozaréis de unas vacaciones en el campo… ¡encerrados en esta casa! —Soltó una risita de conejo—. ¡Aquí estaréis seguros! Esta casita está completamente aislada, de forma que no hace falta que os molestéis gritando para pedir auxilio. La hemos alquilado para un mes… ¡aunque esperamos que no tendréis que estar aquí tanto tiempo!

—¡Ya basta! —chilló Winifred. Vamos a conducirles a su aposento.

Cecil asintió y enarboló el bastón para conducir a su rebaño

humano por delante. Los Percival seguían muy alerta a los Tres Investigadores.

—¡Al escondite! —murmuró Jupiter.

Bob y Pete respondieron inmediatamente a la señal de su jefe. Los tres muchachos echaron a correr en distintas direcciones a la vez… yendo hacia las ventanas y gritando de golpe, cruzando las puertas de las demás habitaciones, y hasta corriendo hacia los dos Percival, para frenar bruscamente y emprender la huida hacia otro sitio. Sus raptores trataban de cogerles, pero era lo mismo que intentar detener a una invasión de insectos. Los muchachos estaban a la vez en todas partes… ¡y de repente desaparecieron! Huyeron respectivamente por la puerta principal, la trasera, y una ventana, dejando a los Percival demasiado aturdidos para que reaccionasen a tiempo.

Pete descendió por un tramo de escalera hacia el camino y corrió hacia la carretera que conducía a la ciudad. Los demás le siguieron. Mientras corrían iban observando el paisaje, buscando una casa o algunos matorrales donde esconderse. Pero todo eran prados, sin árboles siquiera. No les quedó otro remedio que seguir corriendo.

Unos neumáticos chirriaron a sus espaldas. Bob echó una ojeada atrás y se atragantó. ¡El coche de los Percival estaba llegando a la carretera!

—¡Jupe! —gritó—. ¡Nos persiguen!

—¡Campo a traviesa! —ordenó Pete.

Como un solo hombre, los tres cruzaron la carretera, saltaron la zanja de la cuneta, y echaron a correr por el prado. Detrás sonó otro violento chirrido de neumáticos, seguido de un golpe sordo y un estallido. Los muchachos miraron hacia atrás, esperando ver el coche de los Percival siguiéndoles también por el campo. Pero lo que contemplaron fue algo muy diferente.

¡Los Percival se habían estrellado con el auto en la zanja! El parabrisas del coche estaba roto y se había reventado un neumático. Cecil Percival salió tambaleándose de entre los restos del auto, y agitó el bastón hacia un vehículo que se alejaba en aquel momento a toda velocidad.

—¿Qué ha ocurrido? —se admiró Pete, viendo cómo Cecil cojeaba de nuevo cuando iba hacia el coche para ayudar a salir a la

maltrecha Winifred.

Jupe tenía los ojos fijos en el auto que se alejaba, desvaneciéndose rápidamente.

—Por lo visto, ha habido un choque y el otro vehículo huye —comentó lentamente—. Supongo que el coche azul quiso adelantar al de los Percival, obligándoles a virar hacia la cuneta, donde se estrellaron. En realidad, ese coche azul me parece vagamente familiar… ¿No habéis visto quién iba dentro?

—Eran dos personas, creo —repuso Bob—. Y el conductor parecía inmenso… ¡Como un gigante!

—¡Otra vez el gigante! —exclamó Pete.

—Tal vez —asintió Jupiter—. O quizá sólo un conductor temerario que gusta de correr a gran velocidad por las carreteras de montaña.

—Bueno, fuese quien fuese, nos ha hecho un gran favor —comentó Pete.

—¡Un bonito cambio! —rió Bob—. La gente a la que no conocemos no suele ayudarnos mucho.

—¡Eh, mirad! —advirtió Pete.

Winifred y Cecil regresaron cojeando a su casita. Una vez miraron malévolamente a los muchachos, y Cecil blandió enérgicamente el bastón. ¡Los Percival quedaron fuera de toda amenaza!

Los Tres Investigadores se echaron a reír gozosamente y volvieron apresuradamente a la ciudad. De vez en cuando miraban hacia atrás para asegurarse de que los Percival no les seguían. Pero el gordinflón y su flaca acompañante habían desaparecido por completo.

Jupiter iba dando puntapiés a los guijarros de la carretera.

—¿Cómo me he dejado engañar por esa mujer? —musitaba—. Debí recordar las palabras de Roger Callow, que los Percival no habían visto al viejo Dingo en muchos años. No saben nada, por tanto, de su vida aquí.

A Jupe no le gustaba equivocarse… y ya había cometido algunos errores en este caso. Se sentía humillado.

—Bueno, Jupe —trató de consolarle Pete—, esa mujer nos contó una bonita historia. Y la casita estaba en el mismo sitio donde esperábamos encontrar al amigo de Dingo. A mi manera de

entender, los Percival han tenido mucha suerte.

—¡Y ahora se les ha acabado la suerte! —rió Jupiter, animándose—. No sólo les falta el coche, y probablemente tendrán líos con la empresa que se lo alquiló, sino que les costará mucho averiguar quién era el amigo de Dingo.

—¿Por qué?

—Porque las personas que más conocían al viejo Dingo eran la señora Towne, Billy y el abogado… ¡y éstos no les dirán nada a los Percival!

—¡Pero sí nos lo dirán a nosotros! —continuó Bob.

—Exacto —asintió Jupe—. Vamos a visitar a los Towne. ¿Dónde está la parada del autobús?

La carretera que seguía no tardó en desembocar en la principal. Los muchachos avistaron no muy lejos una parada de autobús. Mas antes de que llegara uno, la madre de uno de sus compañeros de clase pasó por allí con su camioneta. Se detuvo y les ofreció a los chicos llevarlos a la ciudad.

Los Tres Investigadores llegaron a la propiedad de Dingo y llamaron al pabellón de los Towne. Nelly estaba sola.

—Creo que Billy está en la parte de atrás, muy triste. Y Roger tuvo que irse a Los Ángeles después de traer a Billy a casa —explicó —. Yo iba a almorzar. ¿Queréis acompañarme y contarme las novedades?

Mientras devoraban sendos bocadillos, Bob contó lo sucedido. Nelly se puso furiosa.

—¡Winifred y Cecil son unos avariciosos! ¡No os fiéis de ellos!

—No tema… ¡Nunca más! —le aseguró Pete, acompañado por sus amigos.

—Por fin, creemos tener la respuesta a la última pista de la segunda adivinanza —dijo Jupiter—. Significa un verdadero trayecto en autobús, para visitar a un amigo auténtico. ¿Quién puede ser ese amigo?

La señora Towne reflexionó largamente.

—Los únicos amigos de Dingo eran Jack Fondillo y Sadie Jingler. Ésta vive cerca, por lo que no hay que coger el autobús para ir a su casa. Por tanto, ha de tratarse de Jack. Dingo tomaba el autobús para ir a verle una o dos veces por semana. Lo cogía en la parada sita justo delante de casa.

—Fondillo es el amigo que firmó como testigo en el testamento —recordó Jupiter—. Tiene que ser él. ¿Dónde vive, señora?

—A un par de kilómetros después del parque del condado —explicó Nelly Towne—. En una especie de cabaña, que está en un camino vecinal. No es posible divisarla desde la carretera principal, pero tiene una especie de letrero en el camino, visible desde al autobús. ¡Ah! —añadió la joven—, es el autobús de la línea ocho.

Los Tres Investigadores le dieron fervientemente las gracias por la información y los excelentes y sabrosos bocadillos, y corrieron hacia la parada del autobús, que estaba al otro lado de la calle.

De pronto, y cuando llegaban a la otra acera, Jupiter se detuvo tan repentinamente que Bob estuvo a punto de tropezar con su enorme mole.

—¿Qué te pasa, Jupiter? —protestó Bob—. Has estado a punto de pisarme.

A Jupiter le relucían los ojos.

—¡Segundo! ¡Archivos! Creo que ya sé qué significa la pista del autobús… ¡y lo que hemos de buscar una vez en él!

CAPÍTULO 11

«La décima bola mortal»

—Oh, dinos de qué se trata, Jupiter —suplicó Pete.

—Escuchad —dijo el Primer Investigador, sacando por enésima vez su copia de las adivinanzas del bolsillo—. Aquí tenemos la tercera adivinanza:

A la décima bola mortal, tú y yo veremos
nuestra jeta al frente y nos reiremos

Jupiter sonrió.

—¿Cuáles son las cosas que, en cantidad, pueden divisarse desde un autobús, y que riman con «bola mortal»? ¡Algo que nombró la señora Towne y que es posible ver desde un autobús!

—Pues… —Meditó Pete—, dijo que no era posible divisar la casa del señor Fondillo. No… no me acuerdo…

—¡Pero dijo que podíamos ver el letrero! —gritó Bob—. ¡Los letreros!

—Exacto, pero no los letreros sino las señales. Una «señal» rima con «bola mortal». El viejo Dingo —explicó Jupe— cogía el mismo autobús, todas las semanas, para visitar a su amigo Fondillo, y la siguiente pista es la «décima bola mortal» que puede verse desde el autobús. Amigos, no necesitamos visitar a Jack Fondillo. Sólo tenemos que contar las señales de la carretera yendo en autobús, desde la casa de Dingo a la de su amigo.

Los muchachos aguardaron la llegada del vehículo con excitación creciente. Finalmente, un autobús de la línea ocho frenó delante de la casa de Dingo. Tan pronto como los muchachos hubieron subido, y el autobús hubo arrancado, empezaron a contar las señales de las calles. El autobús pasó por entre el Jardín

Botánico y el centro comercial, penetró en el jardín y el parque, y continuó por las colinas… por suerte en un sector alejado en la casita de los Percival.

Cuando los muchachos contaron la octava señal, Bob sacudió tristemente la cabeza.

—Algo falla, Jupe —musitó.

La octava señal después de la casa de los Towne era el letrero del camino vecinal, que indicaba la cabaña de Jack Fondillo. Y el autobús empezaba ya a frenar.

—Sí —concedió Jupiter amoscado.

—Pero ¿qué os pasa, chicos? —inquirió Pete—. Todavía no hemos llegado a la décima señal.

—Exactamente, Pete —explicó Bob—. No es natural que el viejo Dingo se refiriera a una señal que esté «después» de la parada más próxima a la casa de su amigo, donde él dejaba el autobús.

—Perdonadme, chicos.

Sobresaltados, los Tres investigadores levantaron la vista. El cobrador estaba ante ellos. Los muchachos habían estado tan absortos en sus problemas, que no habían visto que el cobrador iba por el pasillo pidiendo el importe del trayecto a los pasajeros.

—Son diez centavos más, por favor —pidió el cobrador.

—¿Cómo? —gruñó Pete.

—Estamos cruzando una zona de precio más elevado —explicó el cobrador—. Si queréis seguir adelante, tenéis que pagar diez centavos más.

—¡Cascaras! —exclamó Pete—. ¡Bajaremos aquí mismo los tres!

—¡Un momento, segundo! —ordenó Jupiter, empujando a su compañero de nuevo al asiento—. Por si acaso, será mejor que lleguemos hasta la décima señal. No olvides que el viejo Dingo era un tunante.

Sacó treinta centavos del bolsillo y los entregó al cobrador.

El vehículo reanudó la marcha y por fin apareció la décima señal: un letrero que decía «No pasar», a la salida de la carretera. Jupiter meneó la cabeza, y alargó la mano para tocar el timbre de parada.

—¡No, Jupe! —le gritó Pete.

El Segundo Investigador estaba señalando a un coche nuevo, muy reluciente, aparcado junto a la carretera, cerca de la

intersección con la otra, y Winifred y Cecil estaban delante del cartel. La pareja discutía con violencia, y cuando el autobús siguió su camino, vieron cómo el gordo Cecil pateaba furiosamente el cartel y se alejaba cojeando, frotándose el pie derecho.

—¡Oh, no! —gimió Bob—. ¡Ya vuelven a tomar parte en el juego!

—Tampoco ellos han encontrado la señal exacta —sonrió Pete.

—No —asintió Jupiter—, pero por lo visto han descubierto cuál es la pista de la «décima bola mortal». Y deben haber averiguado que el amigo era Jack Fondillo, debido a que su nombre figura como testigo en el testamento. Bien, iremos hasta la próxima parada, pero tenemos que actuar muy velozmente.

En la parada siguiente, fuera de la vista de los Percival, los muchachos saltaron del autobús. Pete vigiló hasta que el vehículo hubo desaparecido y se encogió de hombros con desaliento.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —preguntó.

—Esto no es problema —repuso Jupiter—. La décima señal se halla pasada la casa de Fondillo y no tiene sentido. Por consiguiente, sólo puede haber una respuesta. El viejo Dingo escribió «corre desde un amigo». No sabíamos por qué había puesto «desde», ¿os acordáis? Pues ya lo sabemos. Se refería a la décima señal yendo a su casa desde la cabaña de Jack Fondillo.

—Claro —asintió Bob—. Al otro lado de la carretera. ¡Hemos de coger el autobús de regreso!

Cuando llegó éste, tuvieron que abonar diez centavos de más, inmediatamente.

—¡Vaya gasto! —se quejó Bob, buscando otra moneda en sus bolsillos—. Debíamos de haber regresado a la terminal en busca de las bicicletas.

—Éste es el precio que se paga por salir de la ciudad en autobús —le sermoneó Jupiter—. Y ahora, atención a los Percival… y a las señales.

Pero cuando el autobús pasó por delante del camino vecinal de Fondillo, los Percival no estaban ya a la vista. Los muchachos empezaron a contar las señales a medida que las iban pasando.

Esta vez la octava señal apareció antes de llegar ellos a su destino. La octava estaba cerca de la parada del parque, y la novena era una indicación para reducir la velocidad en la falda de la

montaña, donde la carretera curvaba hacia la represa del pantano.

—¡Seguro que será un letrero del parque o el Jardín Botánico! —exclamó Pete.

—Sí —concedió Jupiter—. Estoy casi seguro de que toda la búsqueda se centra en torno al parque.

Cuando el autobús se lanzó colina abajo, todos se inclinaron ávidamente, aguardando la aparición de la señal. Por fin estuvo a la vista.

—¡Atiza! —exclamó Pete.

—Oh… —gruñó Bob.

—Yo… yo… —tartamudeó Jupiter—, no lo entiendo.

El décimo letrero, de la décima señal a partir de la cabaña de Jack Fondillo, era un cartel que estaba en la línea fronteriza del condado, donde se leía en grandes caracteres:

¡BIENVENIDOS A ROCKY BEACH!

—Jupe, Dingo no pudo referirse a este letrero —murmuró Bob.

—No, claro —accedió Jupiter—. Amigos, nos hemos equivocado.

De repente, Pete gritó:

—¡No somos los únicos que nos hemos equivocado! ¡Mirad!

A un lado de la carretera había estacionado un coche rojo, muy conocido, y Skinny Norris estaba excavando salvajemente la tierra en torno al cartel. A juzgar por el número de hoyos del suelo, Skinny llevaba cavando largo tiempo. Tenía el semblante colorado con el cansancio, y cuando el autobús volvió a arrancar, vieron cómo el muchacho arrojaba su pala a lo lejos, mirando el cartel con ceño fruncido.

—¡Al menos, sabemos que Skinny no ha encontrado nada! —se consoló Bob.

—Aún no —sonrió tristemente Jupiter—, pero está casi empatado con nosotros. Lo mismo que los Percival. No podemos perder el tiempo.

—¿Qué podemos hacer? —inquirió Bob—. ¿Qué error cometimos?

—No lo sé —manifestó Jupiter—, pero estoy seguro de que nos encontramos ante otro truco del viejo Dingo. Tenemos que volver a

repasar la segunda adivinanza y ver dónde nos equivocamos… Bien, le haremos, cuanto antes, una visita a Jack Fondillo.

Exasperado, tocó el timbre de parada.

Media hora más tarde, los Tres Investigadores remontaban jadeando el camino vecinal que conducía a la cabaña de Jack Fondillo. El camino terminaba en una especie de choza desvencijada, con un patio de tierra, bastante ancho, delante.

—¡Agachaos! —gritó Pete de pronto, cuando estaban cruzando el patio.

Como un enorme pajarraco, un extraño objeto surcó el aire, directamente hacia sus cabezas.

CAPÍTULO 12

El viejo bandolero

El objeto descendió, brillando al sol como una nave espacial en miniatura.

Planeó por encima de ellos y, de pronto, elevó el vuelo, trazó un amplio arco… ¡y se desvaneció dentro de la cabaña!

—¿Qué… qué ha sido? —balbució Pete.

Del interior de la cabaña surgió una ruidosa carcajada, y un anciano de cabello casi blanco apareció, andando en dirección a los muchachos. Llevaba una chaqueta montañesa, pantalones de tela gruesa, y botas de minero. En la mano derecha sostenía un extraño objeto en forma de V.

—Os he asustado un poco, ¿eh, granujas? —rió el viejo, exhibiendo el objeto. ¡Podría matar a un canguro a cincuenta metros!

—¡Un *boomerang*! —exclamó Bob—. ¡Es un *boomerang*!

—Pudo usted herirnos, señor —se quejó Pete.

—¡Diantre! —gruñó el hombrecillo, echando chispas por los ojos —; te aseguro que no, chico. Jack Fondillo sabe tirar bien su *boomerang*. En mi época fui el mejor tirador de Queensland.

—¿Y de veras siempre vuelve a su mano? —inquirió Bob con admiración.

—Cuando se sabe arrojarlo, amiguito —replicó Fondillo.

—Y si falla el objetivo —añadió Jupiter—. En realidad, el propósito del *boomerang* es acertar a algo. Es un palo arrojadizo de construcción especial. Los aborígenes de Australia lo emplean para cazar y guerrear.



—Sí, ese chico está en lo cierto. Es muy listo —asintió Jack Fondillo. Sus pupilas azules se ensombrecieron—. Bien, ¿qué deseáis?

Bob y Pete empezaron a explicar el motivo de su presencia allí.

—Ya sé quiénes sois —les interrumpió el anciano—. Los detectives que ayudan a Nelly Towne y a Roger Callow a encontrar la fortuna de Dingo. ¿Y por qué habéis venido a verme? Yo no sé dónde están las joyas. Y si lo supiera, tampoco os lo diría, gordinflón.

Jupiter, a quien no le gustaba que le llamaran gordo, repuso agriamente:

—Estamos seguros de que usted conoce la respuesta a una de las pistas… aunque tal vez ignore conocerla.

—¿Sabes una cosa? Si el viejo Dingo hubiese querido dejarle la «pasta» a Nelly Towne, se la habría dejado directamente. Pero redactó un nuevo testamento, me pidió que firmase como testigo, luego falleció de repente y…

—¿Sabe si él esperaba morir de repente? —exclamó Bob.

—No he dicho que lo esperase. Pero estaba enfermo del corazón y tomaba toda clase de medicinas. En realidad, vivía de prestado. Claro que él y yo siempre tuvimos nuestras vidas en peligro. De chicos fuimos bandidos los dos, más tarde mineros y prospectores, y no pienso ayudarle a nadie a que quebrante el último testamento de mi amigo.

—Usted piensa que el testamento fue una broma, ¿eh? —preguntó Jupiter.

—A Dingo le gustaban las bromas, y ésta fue buena —rió Jack Fondillo. Luego, enarcó las cejas—. No sé en qué otra cosa podía pensar.

—¡Tal vez usted desee apoderarse de la fortuna! —le acusó Pete con fiereza—. Tiene que conocer la jerga rimada mejor que nadie.

—¡Cuidado con lo que dices, chico! —Se enfadó el anciano—. Un camarada es un camarada, muerto o vivo. Dingo ya se cuidó de mí con dinero contante… y no necesito ninguna de sus joyas. Conozco la jerga, pero no todas las rimas del testamento.

—Pues usted tiene que saber algo importante —insistió Jupiter—. Respecto a sus visitas… Él…

—¡He dicho que no ayudaré a Nelly Towne!

—Señor —suplicó Jupiter—, Dingo hubiera querido que usted prestase su ayuda, ya que una de las pistas obliga a visitarle a usted. Estoy seguro de que Dingo redactó las adivinanzas con toda justicia. Y nosotros nos limitamos a seguir sus instrucciones.

—Bueno… sí, supongo que tienes razón. Ese viejo zorro quería que el juego fuese leal… ¡Pero al final os vencerá! ¡Quedaréis derrotados por él! —rió Fondillo otra vez—. Casi le oigo reír, gozando como nunca. Está bien, preguntad.

—Señor —empezó Jupiter—, las adivinanzas nos han conducido hasta usted, y ya conocemos el significado de las «bolas mortales», que son las señales y letreros de la ruta que sigue el autobús desde aquí, de vuelta la ciudad.

—Sí, esto suena lógico. No sabía que «bola mortal» era le jerga rimada de «señal», pero concuerda. «La rata y la raposa» es una «esposa», y «la vieja ligera» una litera. «Manzanas y peras», y «la botella y el tapón» son rimas muy conocidas. Pero que me aspen si conozco las demás rimas de las adivinanzas —exclamó Fondillo. Sus azules pupilas chispearon alegremente—. Naturalmente, el viejo Dingo estaba muy orgulloso de sus rimas inventadas, y a veces empleaba algunas que había oído cincuenta años atrás en Outback, una región muy remota de Australia, por lo que no es posible adivinar cuáles son las demás rimas.

Jack Fondillo echose a reír.

—Es posible, señor —asintió Jupiter, enojado. No le gustaba que se burlasen de él ni que le llamaran gordo—. Pero estamos seguros de que el viejo Dingo quiso que cogiéramos el autobús que circula entre su casa y la de usted, y sabemos que la décima señal es una pista.

—Entonces, ¿por qué no cogéis el autobús y dejáis de molestarme?

—Lo hemos cogido —explicó Pete—, pero la décima señal no puede ser la pista… ni a la ida ni a la vuelta.

—¿Es cierto esto? —Sonrió Fondillo—. Un bribón muy avispado, ¿eh?

—Sí, lo era —concedió Jupiter—, de modo que tiene que haber algo especial en el trayecto de autobús. Algo que sólo usted conoce, señor Fondillo.

—Conque eso pensáis, ¿eh? ¿Qué puede ser eso tan especial? —

Los ojillos del anciano volvieron a chispear algo enojados.

—Supongo que usted ya lo ha adivinado, ¿eh, señor Fondillo? —indagó Jupiter.

—Eres un chico muy listo —repitió el viejo, asintiendo—. Sí, Dingo hacía el trayecto del autobús de una manera muy especial. De haberle conocido, no os extrañaría.

—¿De qué forma tomaba el autobús, señor? —se atrevió a preguntar Bob.

—Dingo, queridos míos —rió Fondillo—, era un hombre algo roñoso. Y da la casualidad de que mi parada es la última de la zona ciudadana. O sea que para regresar, y no tener que pagar los diez centavos de suplemento desde mi parada, iba andando hasta la siguiente, y allí cogía el autobús, con lo cual, el muy roñica, se ahorraba diez centavos.

Fue Pete el primero que salió de su asombro.

—O sea, que tenemos que contar diez señales, no desde la parada de este camino vecinal, sino desde la siguiente.

—Sí, supongo que a esto se refirió el viejo bribón —suspiró el viejo, sonriendo aviesamente.

Mientras corrían hacia la carretera todavía pudieron oír las carcajadas del anciano.

—Debimos adivinarlo —gruñó Jupiter—. Fue precisamente en esta parada donde el cobrador pasó cobrando los diez centavos de suplemento en el viaje de ida.

—Y también lo cobrará ahora, antes de arrancar el autobús —recordó Pete—. Por tanto, podríamos ir andando hasta la próxima parada, como solía hacer el viejo Dingo.

—¡Buena idea! —aprobó Bob.

Sólo divisaron un letrero antes de llegar a la parada siguiente.

—Lo cual significa que hemos de contar una vez pasado el cartel de bienvenida —dijo Bob.

Llegó el autobús y de nuevo los Tres Investigadores fueron contando las señales en el viaje de vuelta. Pasaron por el parque y vieron que Skinny ya no excavaba en torno al cartel de bienvenida. Cuando el autobús pasó por el Jardín Botánico, los tres muchachos estaban pendientes solamente de las señales. Pero no hubo ninguna más hasta la misma calle donde se hallaba la propiedad del viejo Dingo. ¡Faltaba una sola señal, la última, la décima!

De pronto, el autobús torció hacia la calle de Dingo… y a media manzana apareció un letrero:

HACIA LA IZQUIERDA EN DIRECCIÓN AL SUPERMERCADO VISTA ALEGRE.

—Pero —gimió Pete—, este cartel no vale más que los otros… ¡Un supermercado!

—Estoy seguro de que es la señal —exclamó Jupiter, tocando el timbre de parada.

Todos aguardaron ansiosamente a que el autobús se detuviera.

—Es ahí —continuó Jupiter—, donde encontraremos la próxima pista.

Los muchachos saltaron del autobús y anduvieron por la calle indicada hasta el supermercado. Era un lugar muy amplio, con muchas tiendas, restaurantes y cafeterías, y filas y filas de tenderetes.

Lentamente, los Tres Investigadores miraron a su alrededor y empezaron a desanimarse.

¡Aquello era tan difícil como encontrar una aguja en un pajar! Con tantas tiendas, bares y restaurantes… ¿Habrían vuelto a cometer otra equivocación?

CAPÍTULO 13

¡Peligro al frente!

—Tiene que ser otra señal —murmuró Bob, mientras contemplaban con desaliento el centro comercial.

—De lo contrario —mascculló Pete—, éste es el final de la caza del tesoro.

—Quizá nos hayamos descontado —sugirió Bob esperanzadamente—, o nos hemos saltado una señal minúscula entre la novena y ésta.

—¡Seguro! —exclamó Pete—. ¡Una señal muy pequeña!

—No —les detuvo Jupiter—. Estoy convencido de que el letrero anunciador de este centro comercial es la señal correcta. Hemos averiguado la costumbre de Dingo respecto al autobús, hemos contado minuciosamente las señales, de modo que la próxima pista tiene que estar aquí.

—¿Dónde? —inquirió Bob, mirando a todas las tiendas.

—Hasta ahora hemos seguido correctamente todas las adivinanzas —meditó Jupiter—. Y de las mismas va surgiendo una pauta. Cuando una pista nos envía a un sitio, la pista siguiente nos indica qué debemos de buscar al llegar allí.

El corpulento investigador sacó otra vez la copia de las adivinanzas.

—El «amigo» nos envía a la «bola mortal»… o sea el centro comercial Vista Alegre. De modo que la pista siguiente de la tercera adivinanza tiene que indicarnos qué hemos de buscar aquí.

Y en voz alta leyó la tercera adivinanza:

A la décima bola mortal, tú y yo veremos
nuestra jeta al frente y nos reiremos.

—Supongamos —reflexionó Jupiter—, que «tú y yo veremos» fuese una jerga rimada inventada por Dingo… ¿Qué podría significar, aparte de su expresión auténtica?

Los tres meditaron arduamente.

—¡Tú y yo comeremos! —sugirió Bob.

—¡Beberemos! —añadió Pete.

—Beberemos… comeremos… —Meditó Jupiter—. Es muy posible. Por aquí hay bares y restaurantes… Por ejemplo… —agregó, señalando un establecimiento—. ¡Aquél!

Bob y Pete siguieron la dirección del dedo. Entre una charcutería y una tienda de alfombras, había la tienda especializada en té y café. En la fachada había un letrero de madera, con caracteres en inglés antiguo, y en los escaparates se exhibían pastas y demás golosinas propias de meriendas y desayunos.

—Un pequeño restaurante —comentó Bob.

—Sí —asintió Jupiter—, y cerca de la casa del viejo Dingo. Seguro que aquí venía a tomar el té.

Fueron hacia el local y entraron. El restaurante estaba formado por una serie de pequeños cubículos, de techo bajo, como las verdaderas casas de té de Inglaterra. Cabezas de peces y fieras, disecadas, y fotografías enmarcadas de Rocky Beach decoraban las paredes. Los veladores ostentaban todos los atributos necesarios para el té, con pastas y otras golosinas. Una linda camarera se aproximó a los Tres Investigadores.

—¿Qué deseáis, muchachos?

Jupiter adoptó un tono muy digno.

—¿Solía frecuentar este establecimiento el señor Marcus Towne, señorita?

—Oh, al menos tres o cuatro veces a la semana.

—Naturalmente —continuó Jupiter con prudencia—, debía poseer un vaso particular.

—¿Vaso? —La camarera estaba intrigada—. No tenía vaso.

—Entonces debía usar uno de la casa. Nos gustaría…

—No tenemos vasos. Utilizamos tazas.

Bob llevó a Jupiter a un lado.

—¿Qué te ocurre, Jupe? ¿Y a qué vienen esas preguntas tontas?

—Es que… es que… —balbució el orondo investigador—, creí que «jeta» era realmente una especie de vaso… Aunque puede ser

una taza, claro…

—No seas tonto —sonrió Bob—. Da la casualidad de que yo sé un poco de español, y sé que «jeta» significa «cara» en ese idioma. Se lo he oído decir a los mejicanos de por aquí.

—¡Claro, tienes razón! —exclamó Jupiter, muy animado—. Lo sabía, pero lo había olvidado…

Los dos regresaron junto a la camarera, que estaba hablando con Pete.

—Bueno, no puedo perder más el tiempo…

—Un momento, señorita —dijo Bob—. ¿Podría usted contarnos cuáles eran aquí las costumbres del viejo Dingo? Lo que hacía regularmente…

—¿Lo que hacía? Pues, venía por las tardes, hacia esta hora, y se tomaba dos o tres tazas de Oolong y un panecillo, y se marchaba.

—¿Oolong? —repitió Pete.

—Es un té chino —aclaró la camarera—. El mejor que tenemos. Lo servimos mucho.

—¿Se sentaba el señor Towne a alguna mesita especial? —volvió a interrogar Bob.

—Usualmente, se sentaba en la mesa número seis, si no estaba ya ocupada.

Jupiter se reanimó.

—¡Claro, es esto! ¿Podríamos ver la mesa?

—Pues… sí, en este momento está libre.

Siguieron a la camarera hasta un velador de un rincón. En la pared, encima de la mesa, había un enorme pez espada disecado.

Pete sentóse y su semblante adoptó una expresión apesadumbrada.

—Caramba, sólo veo la pared de enfrente.

Bob también tomó asiento.

—Sólo la pared, Jupe. Sólo una cabeza disecada de un ciervo, un espejo y un par de fotos. No hay «jeta».

—¡Jupe! —gritó Pete—. ¡La cabeza del ciervo tiene una nariz! Es la próxima pista, ¿verdad?

Jupiter leyó la carta adivinanza:

La víctima de un hombre es una res colgada;
sigue, pues, la nariz bien afilada.

—Ciertamente, un venado disecado es una víctima —prosiguió Jupiter—, y la cabeza puede ser la «jeta». Además, el ciervo puede ser la res colgada… Hum, demasiado fácil.

—Además, la nariz del ciervo apunta hacia la mesa —señaló Bob.

Jupiter asintió con tristeza.

—¿Y las fotografías?

Fueron hacia la pared para examinarlas con atención. Una era el retrato de un antiguo hotel de Rocky Beach derribado varios años antes, y la otra era de un desfile en día de feria. Jupiter sacudió la cabeza.

—Tal vez haya algo escondido en torno a la mesa —sugirió Bob.

Lo registraron todo, incluso debajo del velador, pero sin hallar nada. La camarera consultó su reloj.

—Ahora tenemos trabajo, chicos. Y si no pedís nada tendréis que marcharos.

Aplanados, los Tres investigadores salieron del local. Era tarde, casi hora de cenar.

—Yo estoy muerto de hambre —confesó Pete—. Vamos a buscar las «bicis» y regresemos a casa.

—Sí —asintió Jupiter con pesar—, pero antes, veremos a la señora Towne. Tal vez ese establecimiento signifique más para ella que para nosotros.

Recorrieron a pie las manzanas que faltaban hasta la propiedad de Dingo. Nelly Towne estaba sola. Se asomó a la ventana y escuchó la descripción que le hicieron los muchachos de la tienda.

—No sé nada de ese local, amigos —repuso ella.

—Tal vez Oolong signifique algo especial —apuntó Bob.

—¿Qué? —preguntó Nelly Towne distraídamente—. Lo siento, chicos, pero estoy aguardando a Billy. No ha vuelto a casa desde la hora del almuerzo. ¿Oolong? Es un té que le gustaba a Dingo, y… ¡Gracias a Dios que ahora llega Billy… con Roger!

Corrió a la puerta para recibirlos. Billy parecía retador.

—¡Le encontré en el centro comercial! —explicó Callow.

—¡Ha debido seguirnos de nuevo! —exclamó Pete.

—¡Vosotros no sois los amos de las calles! —gritó Billy—. ¡Y yo no os…!

—¡Calla, Billy! —le interrumpió su madre—. Ya sabes que te

prohibí hacer de detective.

—Bueno, ya no importa —zanjó Roger Callow la cuestión—. Contadme lo que sepáis, muchachos. He estado fuera todo el día.

El abogado estuvo paseándose por la estancia mientras los Tres Investigadores le contaban todo lo sucedido desde que se habían despedido de él aquella mañana en la terminal del autobús.

—¿Seguro que no había ninguna otra clase de «jeta» en ese establecimiento?

—Seguro, sólo la del ciervo, y no veo… —repuso Jupiter—. Tal vez Dingo tenía algo parecido a una cara…

Roger Callow cruzó el patio a trompicones, y todos le siguieron al interior de la vieja casona, buscando por las polvorientas habitaciones. Sólo encontraron una máscara de carnaval, medio rota.

—La compró el abuelito para asustarme a mí —rió Billy.

—No, en absoluto, esto no puede ser una pista —se desanimó Jupiter.

—Tienes razón —asintió tristemente el abogado.

Exasperado, arrojó la máscara al suelo y la pisoteó.

—Lo siento, chicos, pero estoy preocupado. ¡Tenemos que encontrar las joyas! Los Percival o ese Skinny pueden ganarnos por la mano.

—Mamita —intervino Billy—, abuelito solía…

—Jovencito, es tu hora del baño. ¡Vamos!

El niño salió corriendo hacia el pabellón.

Roger Callow seguía paseándose por la vieja casona.

—¿Hay alguna rima para «jeta»?

—Nada en aquel local —respondió Jupiter—. Tampoco hay muchas rimas de «jeta»: treta, chaqueta, receta…

—Pues necesitamos pronto la respuesta —dijo el abogado, de mal talante—, o iré a contratar los servicios de una verdadera agencia de detectives.

Decepcionados, los muchachos abandonaron en silencio la casa de Dingo, a fin de coger un autobús que les llevara a la terminal. Cuando el autobús se acercaba, Bob gritó:

—¡Eh, allí está otra vez el coche!

Un coche azul, ya familiar para ellos, se hallaba estacionado al otro lado de la calle… ¡y un gigante se escondía entre las sombras

de los árboles!

—La tercera vez —exclamó Jupiter—. No puede tratarse de una coincidencia. Nos está vigilando o…

—¡Jupe —murmuró Pete—, hay otro individuo!

Una sombra más pequeña se había juntado a la del gigante.

—Tratemos de oír lo que dicen —sugirió Jupiter—. Fingiremos que nos vamos a casa y retrocederemos.

Los muchachos remontaron la cuesta que había detrás de la propiedad de Dingo, llegaron a la cumbre y desaparecieron de la vista de sus perseguidores. Luego cruzaron la calle y se internaron por entre las sombras de los árboles. Lentamente retrocedieron hacia los dos individuos. Cuando comprendieron que estaban muy cerca, levantaron la cabeza.

—¡El gigante vuelve a estar solo! —advirtió Pete.

¡Una rama se quebró a sus espaldas! Los muchachos dieron media vuelta. Un hombre delgado les estaba contemplando ferozmente. Llevaba muy baja el ala del sombrero, y la chaqueta entreabierta dejaba divisar la funda de la pistola. Su voz vibró amenazadora:

—¿Qué estáis haciendo, chiquillos?

¡El gigante apareció por el otro lado! Era un tipo macizo, de metro noventa, con nariz aplastada, orejas en forma de coliflor, y brazos enormes.

—¿Por qué nos espían ustedes? —replicó Pete.

—¿Quién dice que os espiamos? —aulló el gigante.

—Entonces, ¿qué hacen? —exigió Bob.

—Meteos en vuestros asuntos, chicos —gruñó el hombrón—. No os compliquéis la vida. Y ahora… ¡largaos de aquí!

Tragando saliva, los tres amigos corrieron calle abajo a la máxima velocidad de sus piernas. Cuando volvieron la vista atrás, vieron que se aproximaba un autobús y corrieron para alcanzarlo en la próxima parda. Y hasta que el autobús los hubo llevado muy adentro de la ciudad no se sintieron a salvo.

—¿Quiénes pueden ser esos tipos? —inquirió finalmente Bob.

—No lo sé, pero el más bajito tenía una pistola —respondió Jupiter—. ¡O detectives… o ladrones! ¡Unos ladrones que van detrás de las joyas! Tal vez alguien los ha contratado.

—¿Los Percival? —sugirió Bob.

—Es muy posible —asintió Jupiter—. Amigos, tenemos que descubrir urgentemente qué significa «tú y yo veremos nuestra jeta al frente».

—Con esos canallas a nuestro alrededor —gruñó Pete—, lo único que yo veo es un peligro inminente.

CAPÍTULO 14

Pete encuentra la «jeta al frente»

Pete tomó un bocado de su quinta pasta. Era la hora del desayuno en casa de los señores Crenshaw. El papá y la mamá de Pete estaban absortos en sendos periódicos. Pete meditaba en el último problema de los Tres Investigadores… la «jeta» que no asomaba por ninguna parte.

La investigación estaba parada. Los muchachos habían estado en casa toda la noche, y las llamadas telefónicas cruzadas aquella mañana antes de ir a la iglesia no habían dado nuevas ideas.

—Papá, ¿qué puede ser una «jeta»… aparte de una jeta?

—¿Cómo? —El señor Crenshaw bajó el diario—. Pues… una jeta es una jeta —definió el buen hombre, que sabía muy poco español, y aún menos de jerga. Volvió a levantar el periódico—. A menos que sea la mitad de la palabra italiana *jetiatore*…

—¿Y qué significa?

—Tener mala sombra, hijo mío.

—Sí, como nosotros —gruñó Pete.

Hubo una pausa.

—¿No será… —insistió el padre de pronto— un «jeta» y no una jeta?

—¿Cuál es la diferencia?

—Pues… un jeta es una mala persona, un bribón, un mala sombra… mientras que una jeta es solamente una cara.

—¿Un jeta? —reflexionó Pete—. Oh, no…

—Bueno —continuó el señor Crenshaw, deseando ayudar a su hijo—, una jeta, por ejemplo, puede ser una cara que ha salido mal en una fotografía… una cara que está deformada en un espejo…

—¿En un espejo? —le interrumpió Pete de repente—. ¡Claro, esto es! ¡Gracias, papá!

—¿Qué? —preguntó el padre.

Pero Pete estaba ya llamando al cuartel general. No hubo respuesta. Entonces marcó el número de la casa de Jupiter, y fue éste quien acudió al teléfono.

—¡Hoy es mi día! —proclamó Pete—. ¡Ya lo tengo! ¡Llama a Bob!

Colgó y fue en busca de la bicicleta. Unos minutos más tarde gateaba hacia el remolque. Jupiter ya estaba allí, mas no así Bob.

—Ahora viene —replicó Jupe—. ¿Qué es lo que tienes, segundo?

—La respuesta a «nuestra jeta al frente y nos reiremos» —soltó Pete. Sonrió y tomó asiento—. ¡Precisamente, ahora la estoy viendo!

Jupiter parpadeó y preguntó:

—¿Dónde?

Antes de que Pete pudiera contestar, sonó el teléfono. Jupiter atendió la llamada. Era la señora Towne.

—Billy ha vuelto a desaparecer, Jupiter —gimió la agitada madre—. No sé qué dijo esta mañana respecto a que ya sabía qué era la «jeta» y se marchó a esa cafetería o lo que sea. Pero hace ya mucho que se fue y estoy preocupada. Unos individuos de aspecto poco tranquilizador han rondado por aquí, y creo que antes vi el coche de los Percival.

—¿Es un gigante uno de esos tipos raros? —preguntó Jupiter.

—¡Sí, el mismo de antes! He llamado a Roger, pero no estaba en casa.

—Iremos ahora mismo a ese local —prometió Jupiter—. ¿Dijo Billy que ya conocía el significado de «jeta»? ¿Le explicó cuál era el significado?

—No —negó Nelly Towne—. Por favor, Jupiter, no te demores.

Jupiter la tranquilizó como pudo y colgó. En aquel momento Bob apareció en el remolque. Jupiter les manifestó lo que acababa de telefonearle la señora Towne, y añadió:

—¡Si le ha sucedido algo a Billy, los Percival serán los herederos legales de la fortuna de Dingo!

—Pero ¿cuál es la solución de Pete a la adivinanza? —quiso saber Bob.

—La estoy mirando ahora —sonrió el interesado.

—¿Dónde? —indagó Bob, mirando a su alrededor, lo mismo que Jupiter.

—¡Delante de vosotros dos!

Jupiter frunció el ceño.

—¡No es hora de bromas, segundo!

—Yo sólo veo —enumeró Bob—, el escritorio, la pared, el viejo espejo de Jupe, el busto de Shakespeare, el…

—¡Oh! —El semblante de Jupiter adoptó un tono escarlata. No le gustaba hacer suposiciones—. «Nuestra jeta al frente». ¡Otro truco de Dingo!

—¿Dónde? —inquirió Bob, molesto—. ¿De qué estáis hablando?

—¡Del espejo, Bob! —explicó Jupiter—. En el espejo… puedes contemplar tu verdadera jeta. Y en la pared, enfrente de la mesa número seis, hay un espejo. ¡Veremos nuestra jeta al frente, significa que hay que mirar por el espejo!

—De modo que ahora mismo tenemos que ir a mirar por aquel espejo —ordenó Pete.

Volvieron a gatear para salir del remolque, montaron en las bicicletas, y se dirigieron a toda velocidad al local favorito de Dingo. Estaba abierto, pero como aún no había sonado mediodía, había pocos parroquianos. Billy no estaba tampoco. Se les acercó la misma camarera.

—Sí, hace una hora aproximadamente ha venido un niño —asintió la joven—. Se sentó en la mesa seis y se marchó.

—¿Hubo alguien más, señorita?

—Un hombre gordo y una mujer delgada vinieron antes que el niño. Preguntaron por el señor Towne, y yo les hablé de la mesa seis. Se sentaron, pero no parecieron contentos… al revés que el niño…

—Gracias, señorita —agradeció Jupiter, volviéndose hacia sus compañeros.

—Los Percival… —murmuró Bob—. ¿Crees que se han apoderado de Billy?

—O tal vez le han seguido —sugirió Jupiter.

—¿Cómo les encontraremos ahora? —Meditó Pete contrariado.

—Billy habrá descubierto lo que significa la adivinanza número tres, Pete, y si se marchó contento, seguro que es porque habrá resuelto ya la siguiente pista —dijo Jupiter—. Y para encontrarle tendremos que averiguarla también nosotros.

Jupiter tomó asiento a la mesa seis y miró hacia el espejo

colgado en la pared fronteriza. Bob y Pete también miraron hacia allí.

—Bueno —enumeró Jupiter—, me veo a mí mismo, a la mesa, al pez espada disecado encima de esta mesa, una antigua minuta enmarcada en la pared, otras dos fotografías y… y nada más.

—Lee la siguiente adivinanza, Jupe —pidió Bob.

Jupiter obedeció.

La víctima de un hombre es una res colgada;
sigue, pues, la nariz bien afilada.

—Dingo —calculó Bob— no podía referirse a ninguna cara en particular dentro del espejo, porque no sabía quién lo miraría.

—Las fotos son del puerto —observó Pete—, o sea que ahí no hay ninguna víctima, ni ninguna res colgada. Y no veo más narices que las nuestras.

—¿Y la minuta antigua?

—No —negó Jupiter lentamente, pellizcándose el labio inferior, como hacía siempre que reflexionaba a toda presión—. Creo que entiendo la pista, pero aún no estoy seguro. Vamos.

El primer investigador se acercó a la camarera y preguntó si tenían cabina telefónica.

—Aquí no —fue la respuesta—. Probad en la gasolinera, al otro lado de la calle.

La estación de gasolina estaba cerrada, pero fuera había una cabina.

Jupiter marcó el número de Jack Fondillo.

—¿Otra vez vosotros? —se burló la voz cascada.

—Señor, ayer usted nos dijo que no conocía todas las rimas de la jerga empleada por Dingo en sus adivinanzas. Pero ¿reconocería una rima si yo le dijese que se trata de una rima doble?

—¿Doble, joven canalla? ¿A qué te refieres?

—Creo que el viejo Dingo utilizó una expresión completamente opuesta a la debida, pero que rima con ella. Así pues, donde pone «res colgada»… ¿no podría ser «pez espada»? No es una rima perfecta, ni mucho menos, pero… es doble.

—Ah, conque también lo has adivinado, ¿eh, jovencito —rió el antiguo bandolero—. Claro, pez rima con res, y espada con colgada.

—¿También? ¿Le ha llamado alguien más, señor?

—Aún no hace una hora, ese niño, Billy Towne —respondió Fondillo—. Dingo era un viejo zorro, ¿eh?, Sí, chico, la res colgada es el pez espada… con lo que la rima es casi doble.

Jupiter lo dio las gracias al anciano, colgó, y se encaminó de nuevo con paso rápido a la cafetería. Pete y Bob le siguieron corriendo.

—Pero… —preguntó Pete intrigado—, ¿qué tiene que ver aquí el pez espada?

—¡Se refiere al pez espada de la pared, que se ve por el espejo! —aclaró Jupiter.

—¡Y, claro está, la espada es la nariz bien afilada! —concluyó Bob.

Ya en el establecimiento, la camarera pareció un poco enojada cuando los tres amigos corrieron hacia el pez espada, que estaba encima de la mesa seis. Bob miró a lo largo de la espada.

—¡Señala directamente a una fotografía!

Se aproximaron a la foto enmarcada en la pared, situada entre un rincón y un escaparate.

—Caramba —exclamó Pete, asombrado—, es una vista del ayuntamiento de Rocky Beach. Es una foto antigua, pero el ayuntamiento está igual.

—De modo que «sigue, pues, la nariz bien afilada», significa ir adonde apunta la espada del pez —razonó Jupiter—: ¡al ayuntamiento!

—Donde —comprendió Bob—, los hombres pueden «comprar las ratas y las raposas». ¡El departamento donde venden las licencias de casamiento! ¡Por esto Dingo escribió «comprar»!

Regresaron a la gasolinera y Jupiter empezó a marcar el número telefónico de la señora Towne. De pronto, Pete le avisó:

—¡Escucha, Jupe! ¡Escucha, Bob!

Jupiter dejó de marcar. Todos lo oyeron: era un rumor extraño, algo distante, como de algo que raspase fuerte sobre un metal.

—¿Qué es? —preguntó el propio Pete.

—¡Suena dentro de la gasolinera! —gritó Bob.

Contemplaron en silencio la cerrada y desierta estación de gasolina. Y entonces oyeron una voz ahogada, muy distante:

—¡Socorro! ¡Socorro!

CAPÍTULO 15

¡Sal si puedes!

Atisbaron dentro de la gasolinera.

—No veo a nadie —declaró Pete.

—¡Socorro! ¡Auxilio! —La voz sonaba ahogada.

—¡Sale de detrás de la gasolinera! —gritó Bob.

Detrás de la estación de gasolina vieron tres coches estacionados y una camioneta. Las voces surgían de esta última.

—De la camioneta —susurró Pete.

—¡Socorro! —Volvió a pedir la voz.

—¡Es Billy! —exclamó Jupiter—. ¡Abrid la camioneta!

Las portezuelas no estaban cerradas y los muchachos lograron abrirlas con facilidad; dentro divisaron un montón de trapos como los que emplean los mecánicos para meterse debajo de los coches. El montón se volvió y tocó una pesada polea que colgaba del techo del vehículo, la cual fue a chocar contra una pared metálica.

Rápidamente, los tres muchachos apartaron el montón de trapos hasta descubrir al niño. Estaba atado de pies y manos, con un saco sobre la cabeza. Cuando le libertaron, forcejeó, pálido, pero aún retador.

—¿Qué te ha ocurrido, Billy? —quiso saber Bob.

—Me acordé de que el abuelito siempre decía que la gente tenía jetas agradables o feas, de modo que me imaginé que se trataba de una cara que se veía por un espejo —explicó Billy orgullosamente —. Entonces vi el pez espada, y comprendí que la espada era la nariz afilada, y que señalaba hacia la foto del ayuntamiento. Llamé al señor Fondillo para asegurarme. Cuando colgué, vosotros me llamasteis desde detrás de la gasolinera… bueno, alguien me dijo que era Pete. Y cuando fui hacia allí, echaron un saco sobre mi cabeza y me cogieron. No sé quién o quiénes fueron, pues al momento me metieron debajo del montón de trapos. ¡Entonces,

empecé a patalear y chillar!

—Bien hecho —alabó Pete.

—Antes vi a los Percival y a ese Skinny Norris dando vueltas por ahí —admitió Billy—. Tal vez hablé demasiado alto por teléfono y se enteraron de lo que había descubierto. Oh, volví a fallar…

Billy parecía abatido y humillado.

—Solucionaste muy bien la adivinanza —aprobó Jupiter—. Y fuiste valiente y no te asustaste. Todos cometemos equivocaciones. En el futuro tendrás que ser más cuidadoso.

—Entonces, ¿me dejéis colaborar con vosotros? —suplicó Billy —. ¿De veras? ¡Por favor! ¡Prometo tener mucho cuidado y obedeceros en todo!

—Pues… —vaciló Jupe.

—¿Por qué no? —intervino Pete—. Ese chico ha demostrado su valía… ¡y ha solucionado una pista más de prisa que nosotros! Déjale que nos ayude, Jupe.

—Por mí, estupendo —añadió Bob.

—De acuerdo —accedió al fin Jupiter—. A partir de ahora colaborarás con nosotros, Billy… si te deja tu madre.

La señora Towne sintióse sumamente aliviada cuando Jupiter le comunicó que Billy estaba a salvo, pero vaciló cuando le pidió que dejase al niño ayudarles.

—Es muy listo —agregó Jupiter—, y creo que es más peligroso yendo suelto, que con nosotros.

—Sí, tienes razón —concedió Nelly Towne—. Está bien pero no le pierdas de vista, Jupiter Jones.

Jupiter le dio la buena noticia a Billy, y todos fueron en busca de la bicicleta del pequeño, que estaba cerca de la cafetería. El terceto convertido en cuarteto, todos rodaron alegremente por entre las sosegadas calles domingueras de Rocky Beach. Había pocas personas dando vueltas en torno al ayuntamiento y los juzgados. Aunque cerrados por ser domingo, los hermosos edificios seguían abiertos a los visitantes y turistas.

El Departamento de Licencias de Casamiento era una habitación pequeña, del primer piso, en la esquina izquierda, al fondo del ayuntamiento. Los muchachos penetraron en aquella desierta estancia, y Jupiter procedió a leer la quinta adivinanza:

Donde el hombre compra la rata y la raposa,
sal si puedes de esta cosa.

Estudiaron la pequeña estancia. Las ventanillas de oficina estaban cerradas, y se hallaban a la derecha, frente a la pared trasera del ayuntamiento. A su izquierda, un alto mostrador corría a lo largo de toda la pared. Al frente había un banco de madera de alto respaldo, debajo de dos ventanales enrejados. De las paredes colgaban varios anuncios y comunicaciones oficiales, junto a retratos del gobernador y el alcalde.

—Muy bien —aprobó Pete—, aquí es donde los hombres compran una esposa… bueno, una licencia de boda. Ahora, pensemos cada uno, ¿qué rima en esta habitación con «sal si puedes»?

—Tal vez sea una rima doble o inversa —objetó Bob—. O una pista sin rima.

Jupiter reflexionó.

—Recordad que «sal si puedes», sea lo que sea, ha de conducirnos a la pista siguiente, la de la sexta y última adivinanza:

En la vieja ligera de la bordelar reina,
sé listo y natural y el premio será real.

—Algo que debe de haber en esta habitación indica una litera o una reina.

—¡Arrea! —exclamó Bob desalentado—. No veo nada que parezca una reina o una litera, ni siquiera nada listo o natural.

—No —denegó lentamente Jupiter—, no hay nada, pero «la vieja ligera de la bordelar reina», no ha de estar necesariamente aquí. En la adivinanza quinta probamos una rima doble. Tal vez ahora nos enfrentemos con una palabra que no es una rima. Por ejemplo, sal…

—¡La sal marina! —apuntó Bob.

—¡Una montaña de sal! —proclamó Billy.

—O bien uniendo las dos primeras palabras… «salsi…».

—¡Una salchicha! —exclamó Pete.

—¡O una salsa! —Se relamió Billy.

Jupiter refrenó tantas exclamaciones.

—Y si la palabra sal… fuese simplemente el verbo salir… Que podría significar escapar… huir…

—¡Tal vez una escalera de incendios! —sugirió Bob.

Pero la dependencia estaba en el primer piso. No había por allí ninguna escalera de incendios.

—No, además, esto no sería una rima —protestó Bob—, sino la misma palabra.

—¿Una ventana? —dijo Pete—. Están enrejadas, de modo que es difícil salir por ellas.

—Ventana no es ninguna rima de «sal» o «escapa» —objetó Bob.

Apartaron la vista de las ventanas, y no vieron nada en la habitación. Luego, de común acuerdo, volvieron a mirar hacia las ventanas, pero sólo distinguieron los arbustos que crecían fuera. La puerta tampoco era una pista para la litera o la reina.

—¿Y si probásemos el «puedes»? —propuso Jupiter.

—Enredes, redes, paredes, estupideces… —recitó Bob.

—¡Eh, paredes! —exclamó Billy.

Tantearon todos los muros rápidamente, pero no encontraron nada que sugiriese una litera o una reina.

—No, esto no sirve —se desanimó Jupiter—. Aquí también tenemos un hombre, mejor dicho, dos: los retratos del gobernador y el alcalde. Pero no veo cómo pueden armonizar con la pista.

—¿Y algún bando de los que hay en las paredes? —inquirió Bob.

Los muchachos se apresuraron a estudiar los diversos documentos, casi todos relacionados con los requisitos necesarios para obtener una licencia de casamiento. Había bastantes ordenanzas que prohibían muchas cosas, pero ninguna parecía relacionarse con la pista.

—No creo que «sal si puedes» sea ninguna pista —anunció Jupiter al fin.

—¡Otro truco del viejo Dingo! —se quejó Pete.

—Tal vez sea una instrucción literal para hallar el modo de salir de aquí —dijo Jupe.

—¿Cómo? —preguntó Bob—. Las ventanas tienen rejas, no hay puertas ni escaleras de incendios… y sólo hay una puerta… por donde hemos entrado.

—¡Amigos! —gritó súbitamente Jupiter, señalando el suelo cerca de la puerta—. ¡Fijaos en lo desgastadas que están todas las losas

por donde la gente entra y sale!

—¿Y qué, Jupe? —Bob se encogió de hombros—. Esto es normal.

—¡Pero fijaos en la parte de suelo donde está el banco!

Todos corrieron a mirar. ¡Había también como un paso estrecho muy desgastado en las losas de aquella parte… pero el paso terminaba en el muro!

—¡Una puerta secreta! —proclamaron Bob y Pete.

Todos empezaron a tantear y palpar aquella pared. Pero estaba totalmente lisa, sin grietas ni pegotes de yeso o cemento. Lentamente, su excitación se fue desvaneciendo.

—Un muro espeso —declaró Billy—. Nada más.

Pete contempló atentamente el paño de pared.

—Pero había una puerta aquí —insistió—. La han tapiado. Fijaos, la pintura de las losas degastadas es un poco más viva… Debieron pintarlas hace un par de meses. Naturalmente —añadió—, no es difícil salir por esa puerta antes de que la tapiaran.

—Una puerta tapiada… —musitó Jupiter. Miró a los demás y súbitamente gritó—: ¿Cuál es la calle a que da esa puerta, amigos? ¿La calle cuya puerta han tapiado?

—¿La calle?… —se extrañó Bob—. Pues… el callejón de Sal si puedes, creo. Sí, pero…

¡Jupiter corría ya hacia la puerta!

CAPÍTULO 16

Otra adivinanza solucionada

Jupiter salió corriendo por la puerta principal del ayuntamiento y dio la vuelta al edificio, con Bob, Pete y Billy pegados a sus talones. Respirando fuerte, pero con los ojos muy alerta, Jupiter se detuvo en la parte lateral del edificio, donde una arcada tapiada mostraba el sitio donde había estado la puerta que daba acceso al Departamento de Licencias Matrimoniales directamente.

—¿Qué haremos ahora, Jupe? —quiso saber Pete, jadeando con fuerza.

—Ahora esto ya no es «sal si puedes» —protestó Bob—, sino «sal si no puedes».

—Sí —asintió Jupiter—, pero Pete tiene razón en lo de la puerta tapiada recientemente. Los ladrillos de la tapia están casi nuevos. Hace unos meses habríamos podido salir por esta puerta… y estoy seguro de que la última vez que el viejo Dingo vio el ayuntamiento, esta puerta aún estaba abierta.

—Pero —vaciló Billy—, ¿cómo se relaciona esto con la pista, Jupiter? Si esa puerta estuviese aún abierta, sería muy fácil salir por ella.

—Seguro —corroboró Pete—, Bill tiene razón.

—Sí —a Jupiter le brillaban los ojos—. Pero ¿qué significa «Sal si puedes», amigos? Es el nombre de este callejón, en español; el callejón adonde daba esta puerta. De modo que una vez en el callejón de Sal si puedes tenemos que buscar «la vieja ligera de la bordelar reina» —terminó Jupiter.

La antigua salida estaba a un lado del ayuntamiento, casi a su parte trasera. Cerca del edificio crecían árboles y arbustos, y un estrecho caminito pasaba por entre los mismos, llevando al callejón de Sal si puedes. Los muchachos examinaron cuidadosamente la arcada de ladrillos en busca de la solución de la pista siguiente. Al

no encontrar nada, recorrieron el caminito hasta la calle.

Al salir el sol de la tarde, se detuvieron en seco. La oficina de la Cámara de Comercio del Puerto se alzaba directamente enfrente del callejón… y en su escaparate un enorme cartel proclamaba:

¡VISITE UN LEYENDA DEL MAR!
El transatlántico REINA DEL MAR.
Totalmente restaurado
en su gloria original…
ABIERTO AL PÚBLICO
«Souvenirs». «Refrescos». «Diversiones».
Véanlo en el PUERTO DE ROCKY BEACH.

—¡El «Reina»! —exclamó Pete—. ¡La nueva atracción turística!

—¿Estáis seguros? —inquirió Billy.

—Sí —asintió Jupiter—, ciertamente es una reina, y en un transatlántico hay literas.

—¡De modo que la siguiente pista es el «Reina»! —exclamó Pete.

—Donde buscaremos la vieja litera —añadió Bob.

—¡Casi hemos encontrado la fortuna del abuelito! —Se entusiasmó Billy.

Jupiter se limitó a sonreír y echó a andar hacia el estacionamiento, frente al ayuntamiento, donde habían dejado las bicicletas. Se detuvo en seco.

¡Alguien corría entre los arbustos! De pronto, la figura surgió junto al aparcamiento. ¡Skinny Norris!

—¡A por él! —ordenó Pete—. ¡Nos habrá oído!

—¡El muy canalla! —rugió Bob, saliendo con los otros en persecución de su rival—. ¡Nunca es capaz de solucionar algo por sí solo!



Llegaron al aparcamiento a tiempo de ver cómo el coche de Skinny arrancaba rugiendo hacia ellos. Saltaron todos para ponerse a salvo. Cuando Skinny se alejaba se asomó por la ventanilla y se echó a reír.

—¡De prisa! —urgió Jupiter—. ¡A las «bicis»!

—Pero… pero… —gimió Billy—, ¡con las «bicis» no lo atraparemos! ¡Y él hallará antes las joyas!

—Antes tendrá que encontrar la litera —le recordó Jupiter animosamente—, y la pista en la misma. ¡De prisa, amiguitos!

—¡Eh, las bicicletas han desaparecido! —anunció Pete.

Aturdidos, todos contemplaron el aparcamiento.

—Skinny debió llevárselas y esconderlas —balbució Bob.

—¡Esperad! —exclamó Jupiter—. ¡Allí están!

Las cuatro máquinas estaban metidas por entre unas matas que crecían entre el aparcamiento y un callejón. Cuando todos corrían hacia ellas, Billy tropezó con un lazo del zapato que se le había desanudado, y se agachó para anudarlo. Los investigadores habían llegado ya a sus bicicletas y le gritaron impacientes para que se apresurase.

—¡Eh, Billy! —gritó Pete—. Muévete…

Antes de que terminara la frase, dos hombres aparecieron detrás de los tres muchachos. El gigante y su compañero casi enano, con la pistola dentro de la chaqueta. Sin mediar palabra, el gigante cogió a Pete y Jupiter y el enano a Bob. Indefensos bajo aquellas zarpas de acero, los tres muchachos fueron arrastrados lejos del aparcamiento, al interior de un coche.

¡Esta vez estaban perdidos irremisiblemente!

CAPÍTULO 17

¡Atrapados!

—Sed buenos, niños, y nadie os hará daño —les amonestó el enano desde el asiento de conductor del coche.

Los tres amigos estaban apretujados en el asiento de atrás, Pete a un lado del gigante y Bob y Jupiter al otro. ¡Había tirado las cortinillas de la ventanilla posterior!

—¿Y el otro niño, señor Savo? —inquirió el gigante.

—El amo dijo sólo estos tres —replicó el enano—. Haz que estén quietos, Turco, y no pienses. ¿De acuerdo?

—Seguro, jefe —asintió el llamado Turco.

Asustados ante aquel par de individuos, los muchachos guardaron silencio. Savo conducía con cuidado, sin acelerar, y dando muchas vueltas por las calles laterales de Rocky Beach. Lentamente, los tres amigos empezaron a relajarse. No parecía que Savo y Turco quisieran hacerles daño. Jupiter fue el primero en cobrar ánimos.

—¿Por qué nos han secuestrado?

Savo rió ante el volante.

—Sólo por una temporada, amiguito.

—No, pregunto por orden de quién nos han secuestrado —aclaró Jupiter.

—Ya te he entendido —le espetó Savo—. Digamos que le estamos haciendo un favor a un amigo, ¿estamos?

—Ahora está en el buen camino —murmuró Turco.

—¡A callar! —gritó Savo.

El enano, evidentemente el jefe de la pareja, condujo en silencio durante unas cuantas manzanas más. Luego, el auto giró hacia un caminito al oeste de Rocky Beach, y frenó delante de un pabellón escondido detrás de una casa algo más grande.

—¡Afuera! —ordenó Savo.

Turco guió a los muchachos al interior del pabellón, hasta la habitación del fondo. Había tres camastros. La puerta estaba cubierta con una lámina de metal y la única ventana estaba fuertemente atrancada. Una segunda puerta daba paso a un diminuto cuarto de baño, sin ventanas.

—Bien —empezó Savo—, ahora…

—¿Para qué amigos nos han secuestrado? —le interrumpió Jupiter—. Sea quien sea, la señora Towne les pagará mucho más cuando encontremos…

—Se trata de alguien que os desea fuera de su camino por algún tiempo, ¿entendido?

—¿Por qué? —exclamó Bob—. ¡Esto es un secuestro!

—Eh —gruñó Turco—. ¿A quién llamas secuestradores?

—¡Nosotros no somos secuestradores, imbécil! —agregó el enano.

—Lo son técnicamente —insistió Jupiter.

—¡Cáscaras! —musitó Savo; luego se encogió de hombros—. Mirad, chicos, no tenemos nada contra vosotros. Sólo protegemos nuestros intereses.

—¿Qué intereses? —preguntó Pete.

—Dinero, chico, ¿qué otra cosa? Ese amigo nos debe dinero. Demasiado dinero y desde hace mucho tiempo. Y esto no nos gusta.

El gigante Turco se echó a reír, estremeciéndose como un oso gris.

—La gente que no sabe jugar a cartas no debería jugar nunca, ¿eh, jefe?

—¡Cállate, Turco!

—Ustedes… —Se atragantó Bob— son jugadores… ¿tahúres?

—Tahúres, no, chico —negó Savo—. Los que pierden son tahúres, los jugadores. Nosotros somos hombres de negocios. La gente quiere jugar, nosotros le proporcionamos un sitio y el tiempo adecuado, pero no jugamos.

—Señor Savo —le interrumpió Jupiter—, sea quien sea su amigo, sé que la señora Towne le pagará mucho más dinero si nos permiten encontrar la fortuna de su suegro. Y mi tío puede pagar…

—¡He dicho que no os hemos secuestrado, chicos! —Se enojó Savo—. Sólo es un trato entre negociantes. Necesitamos lo que nos debe ese amigo, y nada más. ¡No queremos nada vuestro! Y ahora, a

callar. Ya habéis formulado demasiadas preguntas. ¡Turco!

El gigante se dirigió a la puerta.

—A ser buenos, niños.

—Tenéis camas y un baño. Hay comida en la alacena, y jarras con agua. Como en casa. Descansad a gusto. De aquí no podéis salir.

Tras un gesto de despedida, el enano salió, seguido del gigante, cerrando la puerta. Los muchachos oyeron cómo giraba la llave en la cerradura. Luego, colocaron una barra pesada al través de al puerta. ¡Estaban presos!

Se cerró la puerta principal, pero ningún coche se puso en marcha. Y alguien estaba todavía en la habitación exterior. Oyeron cómo una silla crujía pesadamente, y por fin un suspiro profundo, como el de un oso.

—Turco se ha quedado fuera —murmuró Pete.

—Primero veremos si encontramos algún medio para salir de aquí —ordenó Jupiter en voz baja—, y luego ya nos ocuparemos de Turco.

Pete fue a la puerta de puntillas, Bob examinó quedamente las ventanas y Jupiter inspeccionó el baño. Pete fue el primero en admitir la derrota.

—La puerta está cerrada con doble vuelta, y recubierta con una lámina de metal, de modo que no podemos arrancar los paneles, y los goznes quedan por fuera —informó en un susurro—. Además, no tenemos nada que pueda cortar el metal, aunque Turco no estuviera ahí fuera.

Jupiter salió del baño.

—En una habitación totalmente sólida y ni siquiera tiene respiradero.

—Las contraventanas son muy fuertes —suspiró Bob—. Y están atrancadas por fuera, y las persianas no pueden levantarse.

—Aún queda el suelo —urgió Pete.

Lo examinaron. Tardaron muy poco.

—Toda la casa está enlosada con cemento —anunció Pete—, y no hay radiadores, ni respiraderos ni conductos, ni nada en las paredes. Será mejor tumbarse en la cama.

Y unió la acción a la palabra.

—Savo y Turco no son meros aficionados —comentó Jupiter, poniendo una cara muy larga—. Saben cómo encerrar a la gente.

—Bien —exclamó Bob, instalándose en el camastro contiguo al de Pete—, éste es el verdadero final de la caza del tesoro. La persona que les ordenó a Savo y Turco secuestrarnos ya debe estar a bordo del *Reina del Sur*.

—¿Por qué no cogeríamos hoy nuestros «*walkie-talkies*» —se lamentó Jupiter—, o nuestros direccionales?

—¿De qué iban a servirnos? —replicó Bob—. Todos estamos aquí.

—Hubiéramos podido darle un aparato a Billy —le recordó Jupe.

—¡Billy! —exclamó Pete—. ¡Tal vez vio cómo nos secuestraban y habrá avisado a la policía!

—Quizá ya nos están buscando —añadió Bob.

—No contéis con eso —rechazó Jupiter—. Billy ni siquiera nos miraba cuando nos atraparon. Y aunque nos hubiese visto, estaba demasiado lejos para ver la placa de matrícula del coche. Sólo podría manifestar que el auto es azul… ¡y en Rocky Beach hay más de mil autos azules!

Tras cuyas palabras, el corpulento primero se dejó caer pesadamente sobre un camastro.

—Tal vez Billy se halle ya en el barco, buscando la próxima pista —sugirió Bob—. Es un chico listo. Y quizás encuentre la «vieja ligera».

—¡Y quizá se encuentre en mil apuros! —observó Jupiter—. ¡Puede estar solo y en grave peligro! Allí pueden andar los Percival… que perderían toda clase de escrúpulos al llegar al fin de la cacería.

—Entonces… ¡adiós, Billy! —comentó Pete con tristeza.

Jupiter se tumbó de espaldas en el camastro, exhalando un suspiro. No podían ayudar al pobre chiquillo… salvo rezando para que no le ocurriera nada.

Habían transcurrido varias horas. Los muchachos estaban contemplando los rayos del sol a través de las persianas. En una ocasión, oyeron regresar a Savo, el cual habló un poco con Turco y volvió a marcharse. Por fin, Pete tuvo hambre y empezó a devorar la comida de la alacena. Los demás mordisquearon un poco de pan y queso para mantenerse en forma, pero sin el menor apetito.

Jupiter yacía en su camastro, pellizcándose el labio inferior y

reflexionando.

—Hay algo muy raro —murmuró al fin.

—¿Qué? —preguntó Pete.

—En primer lugar, ¿cómo nos pillaron Savo y Turco? ¿Por qué llevaban varios días espiándonos, sin intentar cogernos? Creo que en una ocasión incluso trataron de ayudarnos, cuando hicieron volcar el coche de los Percival en la carretera. Parece como si sólo esperasen que nosotros les condujésemos… o a su amigo, a las joyas. ¿Cómo supieron cuándo debían de intervenir? ¿Quién les avisó? ¿Quién desea el tesoro… y quiere quitarnos de en medio?

—No lo sé —reconoció Pete—. ¿Los Percival?

—Tal vez, pero no llevan en este país bastante tiempo para haber contraído deudas de juego.

—Probablemente se trata de algún desconocido —murmuró Bob.

—Tal vez —asintió Jupiter, y continuó pensando.

Finalmente, desaparecieron los rayos del sol. Y la luz de la habitación fue desvaneciéndose. ¡Llevaban presos toda la tarde! En la otra habitación, Turco empezó a roncar. ¡Estaban completamente derrotados! Habían solucionado las adivinanzas y otra persona concluiría la caza. ¡Alguien que les había engañado!

Empezaron a dormitar sobre los camastros, acunados por el silencio. ¿Qué otra cosa podían hacer?

Pete se incorporó.

—Eh, ¿qué es esto?

Todos escucharon. Los sonoros ronquidos de Turco hacían retemblar la casa… pero también había algo más. ¡Un tabaleo!

—¡En la ventana! —susurró Bob.

Del otro lado de la ventana surgía un leve tabaleo, y una voz débil murmuró:

—¿Amigos? ¿Jupiter? ¿Pete?

—Sí, aquí —replicó Pete, pegado a la ventana.

La ventana crujió, y todos pudieron oír la pesada respiración de alguien que forcejeaba para hacer retroceder una falleba. Por fin cedió, y se abrieron las contraventanas. Los muchachos soltaron un respingo general.

—¡Billy! —exclamaron en voz excesivamente alta.

—Chist… —les recomendó el niño sonriendo—. Ese grandullón duerme en una silla, y yo he bloqueado la puerta principal. Pero

puede despertarse en cualquier momento. ¡Vamos, de prisa!

Los sonoros ronquidos de Turco les apresuraron hacia la ventana. Todos saltaron y rápidamente dieron la vuelta a la casa hasta llegar a la calle.

—¿Cómo nos has encontrado, Billy? —quiso saber Jupiter.

—Pues… —explicó alegremente el chico al llegar a la calle—, cuando vi que os cogían, traté de llamar al señor Callow, pero no estaba en casa ni en su despacho. No quise asustar a mamita ni a vuestros padres, y ya iba a llamar al señor Jones, cuando… tuve una idea.

—¿Qué idea? —inquirieron todos.

—¡Una llamada fantasma a fantasma!

Pete se paró en seco.

—¿Hiciste una llamada fantasma a…?

—Había oído hablar de ello antes de conoceros, y sabía cómo hacerlo. Salvo que utilicé una cabina telefónica. Y finalmente, un chico vio el coche.

—¡Vaya milagro! —exclamó Pete—. Ni siquiera conocías el número de matrícula.

—¡Claro que sí! —afirmó muy orgulloso el niño—. Esos tipos estuvieron rondando tanto por mi calle que al fin entré en sospechas. Y esta mañana anoté el número en mi agenda.

¡De repente, se produjo un estruendo terrible y un violento encontronazo a sus espaldas!

—¡El gigante se ha despertado! —gritó Billy—. ¡Yo había amontonado varios cubos de basura delante de la puerta! ¡Corramos!

Echaron a correr velozmente, hasta dar la vuelta a la esquina.

—¡De prisa! —jadeó Bob—. ¡Ha cogido el coche!

—¡Oh, no temáis! —Sonrió Billy, enseñando un objeto redondo y negro—. Yo le quité el distribuidor.

Todos dejaron de correr. Bob, Pete y Jupiter se echaron a reír como locos. Se imaginaban al gigante Turco rabiando furiosamente al intentar poner en marcha el coche, sin que arrancara. Los transeúntes que pasaban les miraban asombrados, pero a los amigos no les importaba.

—Buena idea, Billy. Te felicitamos —anunció Jupiter entre risa y carcajada. Luego se calmó un poco—. ¡Bueno… ojalá no sea tarde!

Todos dejaron de reír.

—No lo sabremos hasta haber solucionado la última pista —añadió Jupiter—. Vamos, cojamos las bicicletas y corramos en busca de «la vieja ligera de la bordelar reina».

CAPÍTULO 18

Casi por los pelos

Las bicicletas estaban aún en el ayuntamiento. Los cuatro muchachos rodaron a toda velocidad hacia el puerto. En la esquina más lejana del mismo, el enorme transatlántico se balanceaba gallardamente en el muelle. Unas luces brillaban a la penumbra crepuscular. Un gran gentío iba saliendo del buque, diseminándose por el malecón.

—¡Atención a Skinny y a los Percival! —aconsejó Jupiter.

Mientras se abrían camino hacia la taquilla donde vendían los billetes de entrada, delante de la pasarela del buque, iban escrutando los rostros de la gente, pero no vieron señales del travieso enemigo ni de la pareja de ingleses. En la taquilla, un empleado les impidió el paso.

—Lo siento, ya no admitimos visitantes, muchachos.

—¡Pero tenemos que subir ahora mismo! —gritó Billy.

—No, hijito —replicó el empleado, alejándose—. Probad el próximo sábado.

Frustrados, vieron cómo el hombre se alejaba por el muelle, hasta el sitio donde un grupo de visitantes iba descendiendo por la pasarela.

—¡El próximo sábado! —repitió Bob desanimado—. ¿No hay visitas cada día?

—Probablemente, el negocio sólo es bueno los fines de semana —observó Jupiter.

—¡Mirad! —exclamó de pronto Pete—, ¡en el barco!

En una cubierta elevada, una figura extraña estaba medio oculta por las sombras. Divisaron una blanca dentadura… ¡y la distante figura se llevó una mano a la nariz, burlándose de ellos!

—¡Skinny! —gruñó Pete.

Jupiter miró furiosamente a su alrededor. Todavía estaba abierto

el portón de las mercancías, en la parte derecha del muelle. Jupiter vigiló rápidamente a los empleados del buque, que estaban acompañando fuera del buque a los últimos visitantes. Nadie se fijaba en los muchachos.

—¡De prisa, chicos! —les urgió Jupe.

Se deslizaron por aquella entrada, y corrieron hacia la pasarela. Pete, en cabeza, llegó el primero a los escalones… ¡y tropezó con un individuo alto que bajaba!

El individuo lucía uniforme de capitán de barco, y cogió a Pete cuando éste estaba a punto de caer.



—Calma, hijo —le recomendó con voz profunda—. Lo siento, pero ya no se admiten visitas.

—Lo sabemos muy bien, señor —objetó Jupiter—, pero nosotros…

—¿Lo sabéis? Entonces, os sugiero que salgáis del muelle.

A sus espaldas, algunos empleados contemplaban a los muchachos furiosamente.

—Capitán —pidió Jupiter con desesperación—, ¿podríamos hablar con usted unos instantes?

El aludido sonrió.

—En realidad, no soy capitán, sino el presentador del barco. Pero llamadme capitán, si gustáis. Además, me encanta charlar con nuestros visitantes, pero en estos momentos…

—No somos visitantes sino detectives —estalló Billy—. ¡Y estamos investigando un caso! Enséñale la carta, Jupiter.

Jupiter le entregó al capitán la tarjeta de los investigadores.

—Detectives aficionados, señor, pero trabajamos en un gran caso, y sabemos que en este barco hay algo escondido. El capitán leyó la cartulina y levantó la mirada.

—¿Algo escondido en el barco?

—¡Una fortuna en joyas, señor! —explicó Pete.

—¿Una fortuna? Hum… tal vez será mejor que hablemos un poco.

Unos empleados se acercaban con impaciencia, pero el capitán los despidió. Luego, miró intensamente a los muchachos.

—Hoy se han removido muchas literas de las cabinas —explicó —, y pensamos que se trataba de una broma. Estáis seguros de lo que decís, ¿verdad? Además, ¿no habéis sido vosotros, eh?

—No, señor —negó Jupiter—, y podemos demostrar que alguien más busca esas joyas. ¡Están escondidas en, o cerca, de una de las literas del barco!

Acto seguido pasó a relatar todo lo referente a las adivinanzas del viejo Dingo.

—Nosotros hemos solucionado todas las adivinanzas, excepto la última. Y ahora sólo hemos de encontrar la litera… si no es demasiado tarde.

—Tal vez —concedió el capitán—. Han removido muchas. Pero aunque aún no hayan encontrado las joyas, ¿cómo esperáis

descubrir la litera? ¡Tenemos quinientas!

Jupiter tragó saliva y los otros suspiraron profundamente.

—¿Qui… quinientas? —repitió Bob.

—Dos o tres en cada camarote, y en total, quinientas.

—¿No hay ninguna especial, llamada de la reina? —sugirió Pete.

—No, a bordo no hay cámara real.

—¿Y una litera de tamaño real? —apuntó Bob.

—Temo que no. Este barco se retiró del servicio antes de que se popularizasen las camas de gran tamaño.

Jupiter sacudió la cabeza.

—Tiene que existir un medio directo para encontrar la litera —masculló—. Capitán, ¿zarpó alguna vez a Australia este barco?

—Muchas veces. Hace unos años hacía regularmente la travesía Londres-Australia-Canadá. ¿Creéis que Dingo viajó en él alguna vez?

—La «vieja ligera» no es sólo una litera, sino la litera de un hombre —insistió Jupiter—. ¿No tienen ninguna lista de pasajeros antigua?

—Sí… ¡pero en Londres! Y vuestra adivinanza no puede llevaros allí.

—Con el viejo Dingo —gruñó Pete—, esto no me sorprendería nada.

—Tiene que haber una pista definida hacia la litera —insistió Jupiter—. ¡Si dispusiéramos de más tiempo! Con Skinny a bordo, no creo que hayan encontrado aún las joyas, pero el propio Skinny o alguien más puede hallarlas en cualquier momento.

—¿Skinny? —repitió el capitán—. ¿O sea que hay alguien más a bordo? ¡Ahora veremos!

El capitán, a largas zancadas, se dirigió a la pasarela, seguido de los muchachos. Jupiter se rezagó un poco, sumido en sus pensamientos. De pronto, levantó la cabeza.

—Amigos, creo que sólo hay una posible… —Abrió mucho los ojos—. ¡El bote! ¡Cuidado!

Muy arriba, uno de los botes salvavidas empezó a caer a gran velocidad, rotos los cordajes chocó contra un costado del buque y envió remos, barricas, cajones y otros objetos de su equipo en dirección al capitán y los chicos.

—¡Saltad! —gritó el capitán, empujando a Pete y asiendo a Billy.

Bob se escondió bajo la pasarela. Pete trastabilló más lejos, Jupiter estaba demasiado atrasado para que nada pudiera alcanzarle. El capitán se arrojó encima de Billy, y estuvo a punto de ser herido por un barril.

Por un momento, nadie se movió. Luego, todos a salvo, empezaron a subir por la pasarela. Los empleados corrían hacia ellos. El capitán levantó la mirada hasta el bote que se había prendido a un hierro que sobresalía de una borda y palideció.

—Asegurad rápidamente ese bote —ordenó a sus empleados. Luego, miró a los chicos—. Tened cuidado, porque no creo que esto haya sido un accidente. Las cuerdas se repasan con todo cuidado.

—¡Skinny! —rezongó Bob.

—No lo creo —opinó Jupiter—. Podía habernos matado, y Skinny no es tan malvado.

—¡Entonces, averigüemos quién ha sido! —dijo Billy intrépidamente, echando a correr.

—¡Alto! —gritó el capitán—. Lo siento, muchachos, pero ahora no puedo permitir que subáis a bordo. Sería demasiado peligroso. Creo que es asunto para la policía.

—Sí, señor —accedió rápidamente Jupiter—. Llame al jefe Reynolds, y Bob le contará lo sucedido. Pete, quédate en el muelle con Billy hasta que llegue la policía.

Pete y Bob miraron muy asombrados a su jefe.

—¿Qué vas a hacer, Jupe? —preguntó el segundo.

—Espero encontrar la vieja litera sin tener que registrar todo el barco. Dadme una hora, y si no estoy de vuelta entonces pedidle al jefe Reynolds que empiece a registrar todo el transatlántico.

Mientras los otros le contemplaban aturdidos, el orondo muchacho corrió en busca de su bicicleta y se perdió en la penumbra crepuscular.

CAPÍTULO 19

¡La risa del muerto!

Una hora más tarde, Bob, Pete y Billy se hallaban con el capitán y el jefe Reynolds bajo los faros del muelle. A su lado, el enorme buque se balanceaba en la oscuridad. El capitán consultó su reloj.

—Casi las ocho, jefe —murmuró—. Los chicos ya han tenido su hora. Creo que no debemos aguardar más. Ignoro qué puede haber pasado a bordo.

—Si Jupiter ha localizado la litera nos ahorrará mucho tiempo —decidió Reynolds—. Jupiter posee muchos recursos. Pienso concederle quince minutos más.

—¡Llegará! —exclamaron al unísono Bob y Pete.

—Estoy seguro de ello —sonrió Reynolds.

—¡Escuchen! —dijo Billy—. ¡Debe de ser él!

Se oían unos pasos apresurados en el muelle. Bob y Pete se adelantaron en busca del primer investigador. Se pararon en seco. Era Roger Callow el que pasaba rápidamente por las portaladas, yendo hacia el grupo. Pareció aliviado.

—Ah, estáis aquí… y Billy con vosotros —jadeó el abogado—. Nelly dijo que habíais ido juntos al ayuntamiento, pero al no encontraros me puse nervioso. De modo que llamé a la policía. Y allí me dijeron que el jefe Reynolds estaba aquí con vosotros.

—Estamos investigando la última pista, señor Callow —le explicó Bob, exponiendo a continuación la solución—. Pero hay alguien en el barco, que quizá tenga las joyas.

—Entonces, ¿a qué aguardamos? —Se impacientó el abogado.

—Jupiter tuvo una idea para localizar el camarote —explicó Pete—, y le estamos esperando, sólo que ya tarda.

—Si nos dividiésemos —propuso Callow—, estoy seguro de que localizaríamos…

—Para esto —gritó una voz— haría falta mucha suerte.

—¡Jupiter! —exclamó Billy.

El Primer Investigador llegó al muelle y miró al abogado.

—¿Cómo está usted aquí, señor?

—Os buscaba —masculló Callow—, pero eso no importa. ¿Has localizado el camarote, Jupiter?

El Primer Investigador asintió alegremente.

—Sólo había una manera muy sencilla de saber si Dingo había viajado en el *Reina del Sur* y en qué camarote: preguntárselo a alguien que hubiera viajado con él. Y sólo podía haber dos personas en estas condiciones: Jack Fondillo o la otra persona que firmó en el testamento: Sadie Ingle.

—¿Y hablaste con ambas? —quiso saber Bob.

—La señora Ingle viajó con él. ¡Hace treinta años, desde Australia! Creo que Dingo la propuso como testigo sólo para que nosotros la conociésemos. En fin… —Sonrió ampliamente—, obtuve la respuesta.

—Entonces, vamos a bordo —propuso el capitán.

Los guió por la pasarela hacia la cubierta principal, la A. Había pocas luces en el buque. Las escalerillas se desvanecían en la distancia, y no era posible divisar nada más allá en la cubierta A. El jefe Reynolds estacionó a sus hombres en la pasarela y otros lugares clave. Y los investigadores penetraron en el salón vasto y lujoso de primera clase. Jupiter cogió un folleto para visitantes de un montón de una mesita y estudió el plano.

—¿Cuál es el camarote, Jupiter? —preguntó el jefe de policía Reynolds.

—Aquí está: camarote 22 de la cubierta D. La señora Ingle estuvo en el camarote 21, que es el contiguo. Se echó a reír cuando le pregunté si estaba segura… Contestó que jamás se olvidaría de esos camarotes porque eran los peores del barco. Exactamente debajo de la roda del timón, añadió. Creo que Dingo tuvo la litera inferior, pero yo no creo que las joyas estén allí —se metió el folleto en el bolsillo y sacó su copia de las adivinanzas. Continuó—: La sexta y última dice:

En la vieja ligera de la bordelar reina,
sé listo y natural y el premio será real.

—Hablando de una litera, ser natural debe significar tenderse en ella, y ser listo, estoy convencido, debe de ser una doble pista, significando que hay que ser agudo y buscar algo brillante[2].

—Caramba, Jupiter, ¿cómo puede ser? —se admiró Billy.

—Creo que habrá una luz que veremos al tendernos en la litera.

—Bien, ahora lo sabremos —gruñó el capitán—. Tendremos que ir andando, pues los ascensores no funcionan.

Al echar a andar, Pete ladeó la cabeza para escuchar.

—¿Qué ha sido eso? ¡He oído un ruido!

Todos prestaron atención, pero no oyeron nada.

—Parecía un golpe en la pared —explicó Pete.

—Probablemente ha sido uno de nosotros —razonó el capitán—, sin que nos hayamos dado cuenta. La cubierta D —añadió—, es la más inferior. Hay poca luz, de modo que hay que bajar con cuidado.

Bajaron y bajaron, estrechándose más las escalerillas a cada cubierta. En la D torcieron hacia la clase turista. Al cruzar un portillo, hacia el sector de los camarotes más pequeños, todos oyeron el sonido… ¡Un rumor ahogado, gruñidor!

—¡Ahora lo oigo! —exclamó Pete.

—Ratas, supongo —asintió el jefe Reynolds—. Las hay en todos los buques.

—¡No en nuestros camarotes! —replicó el capitán con frialdad —. Además, las ratas no arman tanto jaleo.

Precavidamente, avanzaron por el pasillo. El sonido surgía de un camarote estrecho… ¡De un armario!

—Atrás, muchachos —ordenó el jefe, abriendo la puerta del armario.

—¡Skinny! —gritaron todos los muchachos.

El joven estaba atado dentro del armario como un paquete de ropa sucia, con una mordaza en la boca. Dejaba oír unos sonidos estrangulados al pretender hablar, y sus ojos giraban salvajemente. Dos policías le desataron y le ayudaron a salir de allí.

Sumisamente, el travieso muchacho se tambaleó hacia una litera.

—¡Llevo aquí horas y horas! —gimió—. Estaba registrando los camarotes cuando alguien me cogió y me golpeó en la cabeza por detrás.

—¡Mentira! —chilló Bob—. ¡Nosotros te vimos en una cubierta

hace sólo una hora!

—Debió ser alguien que se hizo pasar por mí —arguyó Skinny, temblando. Parecía débil y asustado. Estaba vencido—. Yo estaba atado y amordazado dentro de ese armario. ¡Creí que no iba a salir nunca!

—¡Esto te enseñará a no ser tan malvado! —le gritó Pete.

—¿Era una persona o dos? —quiso saber Jupiter.

—No lo sé —Skinny sacudió la cabeza—. No vi a nadie…

Se llevó una mano al bulto que tenía en la cabeza.

De pronto, en la parte delantera del buque sonó un estrépito, como de cristales rotos. El capitán se puso alerta.

—¡Creo que ha sido en el camarote 22! —dijo.

—¡Corramos! —gritó Jupiter.

Skinny no se movió.

—Yo no. Ya no me interesan las joyas.

El jefe Reynolds dejó a un policía con Skinny, y los demás corrieron por varios pasillos detrás del capitán. Al doblar la última esquina, aquél señaló con el dedo.

—¡Aquélla es la proa de la cubierta D!

—¡Mirad! —exclamó Pete.

Winifred Percival salía del camarote 22, seguida por el gordo Cecil. Ambos divisaron al grupo y corrieron como alma que lleva el diablo, hacia el extremo opuesto. Cecil llevaba una caja negra.

—¡Alto! —les gritó el jefe Reynolds—. ¡Policía!

Pero la pareja inglesa corría a toda velocidad, el gordinflón temblando como jalea, detrás de su delgada hermana. Subieron por varias escalerillas, estrechamente perseguidos, y se colaron por una puerta abierta del salón de turistas, en la cubierta B.

—La salida está a la izquierda —jadeó el capitán—. ¡A por ellos!

Él y Pete recorrieron el corredor hacia la otra puerta, en tanto los demás bloqueaban la puerta principal. Winifred vio aparecer a sus dos perseguidores en la puerta. Rápidamente cambió de dirección, yendo hacia la entrada que daba al saloncito de lectura. El gordo Cecil intentó seguirla, pero tropezó, cayó pesadamente y quedó hecho un guiñapo en el suelo. El estuche negro huyó de sus manos y golpeó contra tres mesas y la pared.

Winifred, al ver el desastre, se paró en seco. Luego miró a su caído hermano.

—¡Gordo idiota! —masculló.

Cecil estaba intentando incorporarse, cuando el capitán y el jefe Reynolds le ayudaron. Un policía había detenido a Winifred. Jupiter recogió el estuche negro.

—Debieron escuchar nuestra conversación arriba —supuso Jupiter—. Y éste fue el ruido que oyó Pete. Corrieron para adelantarnos. ¿Dónde encontraron el estuche, señorita Percival? ¿En una caja de electricidad del camarote D22?

Winifred asintió quedamente.

—En el techo, pasada la caja eléctrica.

—Abre el estuche —le urgió Bob.

Jupiter obedeció y todos contemplaron las relucientes gemas. Luego, el jefe Reynolds se inclinó hacia delante. Cogió una esmeralda y la examinó.

—¡Esto no es una joya, sino un pedazo de vidrio! —proclamó, estudiando las demás piedras—. ¡Todas son falsas!

—Hay un sobre debajo —indicó Bob.

El jefe sacó el sobre. Dentro había una nota escrita en una cartulina. La leyó en voz alta.

A todos los ávidos cazadores de fortunas: Debisteis comprender que un hombre en su sano juicio sabe gastar su dinero con prudencia… ¡y yo lo gasté! Pero me divirtió imaginar el grupo de avariciosos dando vueltas en torno al rastro de mi botín. ¡De modo que éste… es un premio para los tontos!

Dingo.

Todos estaban boquiabiertos.

—O sea… —gimió Billy—, que todo ha sido una broma.

—Yo estaba tan seguro… —tartamudeó Jupiter.

—¡Una jugarreta infame! —gritó Pete.

—¡Tiene que haber algo! —insistió el abogado—. ¡Vamos! Dando media vuelta se enfrentó con los dos ingleses. —¿Qué más hallaron en el techo?

—Nada —repuso Cecil rabioso—. Si cree que las joyas buenas aún están allí, vaya a buscarlas.

—¿Qué otra cosa podía estar escondida, señor Callow? —quiso

saber Jupiter.

—¡Tiene que haber algo! —insistió el abogado—. ¡Vamos a mirar!

Todos se dirigieron en tropel al camarote, ordenando el jefe Reynolds a sus hombres que llevasen también a los hermanos Percival. La caja de electricidad estaba abierta, dejando ver detrás un espacio negro. Pete metió la mano en el agujero, evitando cuidadosamente los cables. Palpó en torno, empezó a menear la cabeza y, de pronto, se detuvo. Luego sacó un sobre.

Roger Callow lo cogió y lo abrió.

—¡Es el verdadero testamento! ¡El que lo cede todo a Nelly y a Billy! —Se echó a reír.

—¡Pero… no es posible! —arguyó Jupiter.

—¿Por qué no? —inquirió secamente Callow.

—Bueno —explicó Jupiter—, si éste es el testamento que desapareció de su despacho, ¿por qué está aquí escondido?

—Claro está, Dingo quiso asegurarse de que nadie lo destruiría —repuso el abogado—. Sabía que los Percival intentarían apoderarse de todo…

Roger Callow miró a la derrotada pareja de ingleses.

—Pero —objetó Jupiter—, si no se encontraba nunca ese testamento, Billy también heredaba el dinero. Y no hay ningún dinero ni joyas, además, según la nota de Dingo. Entonces… ¿por qué esconder el testamento?

—Nunca se sabe lo que hará un chiflado —Roger Callow se encogió de hombros—. Al menos, este testamento les da derecho a Nelly y a Billy a reclamar la propiedad y las tierras.

—Sí —reflexionó Jupiter—. Bien, supongo que todo fue una broma.

—¡Yo no lo creo! —gritó Billy—. ¡La carta que tiene el jefe es una falsificación!

—Es posible —se animó Bob—. Tal vez…

—Jefe —indagó Pete de repente—, ¿qué cuelga de la nota?

—Un trozo de cinta —repuso Reynolds.

El jefe examinó la cinta atada al respaldo de la nota hallada debajo de las joyas falsas. Y tiró de ella lentamente.

¡Entonces, una sonora carcajada se extendió por el camarote!

—¡Es una cinta grabada! —exclamó Jupiter.

—¡Es la risa de abuelito! —recordó Billy.
La risa del muerto llenó el ámbito del camarote.

CAPÍTULO 20

Jupiter tiende una trampa

—¡Una broma y nada más! —mascculló disgustado el jefe Reynolds —. ¿Estás seguro de que es la risa de tu abuelo, Billy?

—Oh, sí —asintió el niño apenado—. ¡Debió grabar esa cinta con su propia risa!

—Y debió estar loco para gastar esa broma a los que dejaba detrás —murmuró Reynolds.

—¡Sólo una broma! —suspiró Winifred Percival—. ¡El muy granuja!

El jefe Reynolds volvióse hacia ella con severidad.

—Para usted y su hermano es más que una broma, señorita. Capitán, ¿tenían esos dos permiso para quedarse en el barco tras la hora de clausura? ¿O irrumpieron subrepticiamente a bordo?

—¡No tenían permiso! —rezongó el capitán.

—Lo cual les hace culpables de asalto y…

—¡Usted no puede acusarnos…! —barbotó Cecil.

—Para no decir nada del bote que soltaron —añadió Jupiter.

—Ésta es una acusación grave —asintió el jefe.

—¡Idiota! —increpó Winifred a su hermano—. ¡Te dije que no lo hicieses! ¡Y ahora, fíjate en qué lío nos hemos metido!

—¡Calla! —tronó el gordo—. ¡Ese chico estúpido…!

Winifred volvióse suplicante hacia el jefe de policía.

—Fue idea suya: el bote, el robo, todo… ¡Todo fue por culpa de su imbécil plan!

—Creo —sonrió Jupiter— que lo hicieron para asustarnos y ganar tiempo… aunque hasta ahora no estuve seguro. Esta mañana intentaron el mismo truco, cuando encerraron a Billy en la camioneta.

—¿Cómo? —Se sulfuró Winifred—. Nosotros no…

—¡Llévenselos! —ordenó bruscamente Reynolds.

Dos guardias se llevaron a la pareja, en tanto Cecil trataba de pegarle a su hermana, pero un guardia lo impidió.

—¡No sabían nada, idiota! —Se enfureció Cecil.

—Tenías que venir aquí, gordinflón —le increpó de nuevo su hermana.

—¡Estúpida, tú rabiabas por apoderarte de tu parte de las joyas y lucirlas en la ópera!

Los dos guardias se los llevaron casi a rastras, y a pesar de desaparecer por la portilla, sus gritos siguieron oyéndose largo rato. El jefe Reynolds sacudió la cabeza, sonriendo.

—Creo que el mejor castigo será dejarles volver juntos a Inglaterra —murmuró.

Él y el capitán salieron, seguidos por Billy y el abogado. Éste llevaba el sobre que contenía el primitivo testamento. Bob y Pete iban a salir, cuando Jupiter susurró:

—Dejad que se adelanten.

Ya en la puerta, Roger Callow miró hacia atrás inquisitivamente.

—Venimos al momento —le dijo Jupiter.

El abogado se encogió de hombros y se marchó.

Pete y Bob contemplaron a Jupiter con sorpresa.

—Pero, Jupe —arguyó el segundo—, todo ha terminado.

—Ha sido una broma pesada —añadió Pete.

Jupiter estaba estudiando de nuevo el plano de cubierta. Lanzó un gruñido de satisfacción y manifestó:

—No, no creo que todo haya sido una broma ni que todo haya terminado. ¡Creo que se trata, precisamente, del último truco del viejo Dingo!

—Pero ya no hay más adivinanzas —exclamó Pete—. Hemos solucionado la última, y hemos obtenido el precio: ¡un montón de joyas falsas!

—No —objetó Jupiter—, no creo que hayamos solucionado la última adivinanza. Estoy convencido de que existe una séptima, mucho más difícil.

Sacó la copia de las adivinanzas.

—Mirad —añadió—, después de la que parece la última, o sea la sexta adivinanza, hay otras dos frases:

¿Quién pensaría que el viejo tuviera tanto dinero?

Arroja los dados y la apuesta es tuya.

—Sólo pretendió alargar la broma, Jupe —razonó Bob—. A Dingo le gustaba burlarse de la gente.

—Sí, esto pensé yo también —concedió Jupiter—. Pero ahora… Fijaos en la primera frase: «¿Quién pensaría que el viejo tuviera tanto dinero?». Es casi una cita exacta de *Macbeth*, la tragedia de Shakespeare, que dice: «¿Quién habría pensado que el viejo tuviera tanta sangre en él?». Esto no es una coincidencia.

—Tal vez le gustase mucho *Macbeth* —sugirió Pete—. Además, ¿por qué crees que es una séptima adivinanza?

—Porque de otro modo esta frase no tiene razón alguna para figurar en el testamento —replicó Jupiter—. Y porque estoy seguro de que el viejo roñoso no se gastó todo su dinero… y porque emplea su lenguaje de juego.

—¿De juego? —repitió Bob—. ¿Qué tiene esto que ver con una nueva adivinanza, Jupe?

—Aquí dice: «Arroja los dados y la apuesta es tuya». ¿Por qué poner arrojar los dados, en vez de otras frases?

—¿Quién sabe? —gruñó Pete.

—Yo opino —continuó Jupiter—, amigos, que sé lo que la palabra «natural» significa en el juego de dados.

Bob abrió mucho los ojos.

—¡Yo también lo sé! Un «natural» es un siete o un once en la primera tirada… ¡Lo leí en un libro! ¡Un siete! ¡Dingo nos estaba diciendo que hay una séptima adivinanza!

—¡Sopla! —exclamó Pete—. Pero ¿cuál es la séptima adivinanza? ¿Una cita como la de *Macbeth*?

—Exactamente —asintió Jupiter.

De pronto calló. Escuchó un instante y continuó con tono más alto:

—Pero no sé qué significa. Admito que estoy hecho un lío. Quizá será mejor que se lo contemos a los demás y veamos si se les ocurre algo.

—¿Por qué no lo intentamos nosotros, Jupe? —inquinó Pete—. Los Percival y Skinny ya no nos molestan.

—No —gritó Jupiter—, ahora necesitamos ayuda. Vamos.

El orondo primer investigador les hizo salir del camarote hacia

la escalinata principal. Subieron al salón de primera clase y salieron a la oscura y silente cubierta del enorme buque. Jupiter se detuvo y empujó a sus compañeros hacia las sombras de un rincón.

—Aquí estamos bien, amigos —susurró.

—¿Bien? —repitió Pete—. ¿Para qué?

—¿Qué hacemos? —quiso saber Bob, extrañado.

—Hemos de aguardar unos minutos —explicó Jupiter—, y luego bajaremos al sitio donde están las joyas.

—¿Sabes dónde están? —inquirió Bob.

—¿Dónde? —añadió Pete.

Jupiter miró a su alrededor, pero no se movía nada en la oscura cubierta.

—En el plano de las cubiertas del *Reina del Sur* hay un pequeño salón llamado habitación Macbeth. ¡Están allí!

—Entonces, ¿por qué has dicho que estabas hecho un lío? —se admiró Pete.

—Pronto lo veréis —repuso Jupiter. Consultó su reloj—. Bien, bajemos. Y no hagáis ruido. Id detrás de mí y haced lo que yo haga.

El Primer investigador echó a andar tan silencioso como un gato, entrando en el salón principal y descendiendo a la cubierta B. Bob y Pete le seguían en silencio. Los condujo por los oscuros pasillos del sector B, y se detuvo a la sombra de una puerta, con un ventanillo circular en la misma.

—Es la puerta de servicio para el salón Macbeth —explicó.

—¿Qué haremos ahora? —quiso saber Pete.

—Esperad y ya veréis.

En aquel momento, un rayo de luz atravesó la estancia. Sin avanzar, la luz tanteó el salón, iluminando una serie de mesas y sillones tapizados, un bar rústico, unas paredes adornadas con cascos y escudos antiguos, y pedestales con bustos de barbudos guerreros.

La persona que empuñaba la linterna empezó a dar vueltas por el salón.

Conteniendo la respiración, los tres muchachos veían cómo la luz pasaba por entre las mesas del salón. Salvo la mano que sostenía la linterna, no veían nada de la persona… solamente una forma negra que se movía rápidamente, deteniéndose ante cada mesa, buscando bajo el bar, tanteando los cascos y los escudos que

colgaban de las paredes. De vez en cuando, la mano libre de la persona aparecía a la luz, para descolgar objetos de las paredes, sosteniéndolos muy cerca para un atento examen, tras lo cual volvía a abandonarlos.

Luego, el rayo de luz barrió el busto de los guerreros, una y otra vez, hasta posarse en uno que lucía una espesa barba y una corona real. Con un gruñido, la figura sombría movió el busto del rey y lo cogió. Se oyó una exclamación de triunfo, cuando la mano del pesquisa comprobó el peso del busto de bronce.

La mano de Jupiter presionó el hombro de Bob, haciendo casi que el muchacho gritase.

—¡Ha visto que está hueco! —susurró Jupiter—. ¡Ya lo ha encontrado!

Los tres muchachos contemplaron cómo la oscura figura dejaba la linterna sobre una mesa y elevaba su mano hacia el busto hueco. ¡Del busto surgió una bolsa de cuero! Soltando el busto de golpe, las manos abrieron la bolsa. Esta vez fue un gruñido victorioso. La sombría figura volvióse hacia la puerta principal del salón Macbeth y desapareció.

—De prisa —urgió Jupiter—, sigámosle, pero sin hacer ruido.

Atisbaron por la esquina del corredor de la cubierta B y vieron cómo la figura se alejaba bajo la penumbra. Un rápido vislumbre, y la persona desapareció por otro corredor. Los muchachos llegaron allí a tiempo de verla desaparecer dentro de un camarote. Entonces, se acercaron al mismo.

Ya en el interior, la oscura figura se atareó con un armarito. Luego, retrocedió sin la bolsa, Jupiter palmoteo a la espalda de Bob y Pete, y señaló urgentemente otro camarote del pasillo.

Silenciosamente, los muchachos penetraron en él. Apenas se habían agazapado, cuando la figura salió del primer camarote y corrió hacia el corredor principal. Pete se movió para seguirle, pero Jupiter le frenó.

—No, Pete, que se vaya. Vamos a buscar la bolsa.

Se dirigió hacia el primer camarote y abrió la puerta del armarito. Bob y Pete vieron cómo su corpulento jefe encendía su linterna para inspeccionar el armario. En la pared del mismo había una rejilla de ventilación, y detrás quedaba bien visible la bolsa. Los ojos de Jupiter brillaron… ¡pero volvió a cerrar la puerta!

—¡Necesitamos las joyas! —exclamó Pete—. ¿No las coges, Jupe? ¿Ni siquiera las miras?

—¿Ni perseguimos al ladrón? —agregó Bob—. Bueno, al que ha robado las joyas.

—De él no tengo duda —murmuró Jupiter—, y no irá muy lejos. Por nuestra parte, no debemos tocar la bolsa. ¡Es la prueba que tenemos contra el ladrón!

—Has tendido una trampa, ¿verdad? —Comprendió Bob—. Sabías que alguien robaría las joyas del salón Macbeth, ¿eh? Pero ¿cómo lo sabías, Jupe?

—¡Porque sabía que el testamento encontrado con las piedras falsas era una falsificación! Dingo no lo puso allí. Lo cual significaba que alguien ya había encontrado las joyas falsas… ¡devolviéndolas a su sitio!

—¿Devolviéndolas? —repitió sorprendido Pete.

—Para que nosotros no sospechásemos nada, y condujésemos al ladrón hasta las verdaderas joyas. Entonces comprendí que nos había hecho seguir la persona que le debía dinero a Savo y Turco, y estuve seguro de que esa persona aún nos vigilaba. Entonces, tendí la trampa.

—¿Cómo?

—Solucioné la séptima adivinanza en voz alta, y fingí estar en un lío. Sabía que el salón Macbeth estaba en el barco, y estaba también seguro de que el ladrón lo sabía, y que iría en busca de las joyas si pensaba que nosotros habíamos abandonado el buque.

—¡Cosa que hizo! —exclamó Pete.

—Sí —asintió alegremente Jupiter—. Y ahora iremos en busca del jefe Reynolds y le enseñaremos de qué modo el ladrón ha escondido de nuevo las joyas a fin de poder volver a buscarlas más adelante. La bolsa y las huellas de la rejilla del armarito serán prueba suficiente. Y de este modo…

—De este modo, al fin y al cabo, tendré que eliminaros a todos.

Los tres dieron media vuelta. Roger Callow estaba en el umbral del camarote, empuñando un revólver en la mano.

Los Tres Investigadores retrocedieron amedrentados al fondo del camarote.

CAPÍTULO 21

Pete salva el día

—Lástima —sonrió el abogado—. Pensé que podría dejaros en paz después de recuperar las joyas.

—¡Usted planeó el robo! —exclamó Bob.

Callow se acercó, con la pistola apuntando a los muchachos, y sonrió rabiosamente.

—Necesitaba el dinero, y el viejo bandido trató de impedirlo con su imbécil testamento —gruñó—. No quería que me casara con Nelly… pues adivinó que lo que quería era su maldito dinero. Pero ¡ahora todo será mío!

—Usted estaba aprovechándose de nosotros —murmuró Jupiter lentamente—. Por esto nos contrató, en lugar de acudir a una agencia formal. Pensó que a unos chiquillos los engañaría más fácilmente.

—Por lo visto me equivoqué —confesó el abogado—. Vosotros tres sois demasiado listos para vuestro propio bien.

Blandió la pistola amenazadoramente y los tres muchachos palidecieron, pero no retrocedieron más. Tampoco podían, claro.

—No comprendo por qué usted necesitaba que encontrásemos las joyas antes de que otros pudieran robarlas —manifestó Bob—. ¿Y por qué robarlas usted mismo? En parte habrían sido ya suyas, después de casarse con la señora Towne, cual era su intención.

—Usted quiso asegurarse, ¿eh? —razonó Jupiter—. Plantando una copia falsificada del primitivo testamento que instituía heredera a Nelly Towne.

—¡Eres muy listo! —gruñó Callow—. Pero necesitaba más que una parte de las joyas… y no podía contarle por qué a Nelly.

—¡Ya lo sabemos! —explotó Pete.

—¡Porque usted perdió mucho dinero jugando con Savo y Turco! —anunció Bob.

—Y Nelly habría sido muy desdichada al enterarse de sus fabulosas deudas de juego —concluyó Jupiter.

—Sí, ¿eh? Sabéis demasiado, chicos… Lo cual es una lástima para vosotros —sonrió Roger Callow malvadamente—. Aunque tenéis razón. Nelly probablemente habría roto el compromiso al saber por qué necesitaba tanto dinero. Además, ¿por qué repartir las joyas con ella y Billy cuando todas pueden ser mías? Ahora nadie sabrá ya nada, yo me casaré con Nelly y así obtendré también la casa y las tierras.

El abogado echose a reír, apuntando a los muchachos con el revólver. Jupiter estaba ya mirando hacia el umbral del camarote.

—Oh, no —replicó—. La señora Towne no se casará con usted cuando averigüe que le ha robado su fortuna.

La sonrisa de Callow era perversa.

—Pero nunca lo sabrá. Sólo vosotros tres sabéis que yo tengo las joyas, y no se lo diréis a nadie, temo.

—Tal vez no —se envalentonó Jupiter—, pero ella lo descubrirá de todos modos… ¿verdad, Billy? ¡Corre, y cuéntale al jefe lo que has oído!

Callow miró a Jupiter y se echó a reír.

—Un truco muy viejo, Jupiter. No me lo trago.

—¡De prisa, Billy! —gritó Pete.

—¡Basta ya! —Se enfurruñó Callow—. Vosotros tres no podéis conmigo, y vuestro truquito no hará que vuelva la cabeza.

—¡Corre, Billy! —gritó Jupiter, casi al borde del pánico—. ¡Corre!

Roger Callow entrecerró los ojos al escuchar la nota de pánico en la voz de Jupiter. Entonces, oyó un ruido a sus espaldas… y al final volvió la cabeza… ¡Demasiado tarde! Billy, que, efectivamente, se hallaba en el corredor mirando a sus amigos y al abogado, estaba ya corriendo.

—¡Menos mal! —suspiró Pete.

Roger Callow lanzó una maldición, viendo desaparecer al chiquillo. Luego, volvióse lentamente hacia los Tres Investigadores.

—La avaricia le ha arruinado, señor Callow —le recriminó Jupiter—. Ahora lo ha perdido todo, haga lo que haga con nosotros.

El abogado asintió.

—Sí, admito que habéis sido muy listos. Me habéis engañado

realmente, mientras hablabais de veras con Billy. Os felicito.

—Y ya no significamos ningún peligro para usted —observó Jupiter.

—No, ya no —confesó el abogado—, pero vosotros me ayudaréis. Por suerte, tenía ya otro plan para un caso semejante. Pete, ve al armario y saca la bolsa de las joyas —el abogado le apuntó firmemente con el revólver—. ¡Y no intentes ningún truco! ¡Ahora ya no me importa disparar! ¡Lo mismo me colgarían!

Pete tragó saliva y obedeció. Tras desenroscar la rejilla del respiradero, sacó la bolsa de las joyas. El abogado la cogió y suspiró.

—Puesto que el rompecabezas ha terminado —dijo—, está indicado un pequeño viaje con las piedras. Una vez me haya largado, dudo mucho de que nadie pueda identificarlas. Creo que México es muy agradable en esta época del año, especialmente para un hombre rico —blandió la pistola—. Ahora, id delante. A la izquierda de la puerta.

Los muchachos fueron avanzando por los oscuros corredores, empujados y dirigidos por el arma de Roger Callow. Todos oyeron el ruido que hacían el jefe Reynolds y sus hombres corriendo hacia el camarote que ellos acababan de dejar. Roger Callow escuchó atentamente, luego urgió a los muchachos hacia unas escalerillas y a través de un laberinto de pasillos, por las entrañas del inmenso buque. A lo lejos, se oían unos gritos apremiantes, lanzados por el jefe cuando halló el camarote vacío.

Roger Callow bajó la vista hacia un pasillo de la cubierta C. Luego, les hizo señas a Jupiter y Bob.

—¡Vosotros dos iréis por allí!

—Pero… —empezó a protestar Bob.

—Pete irá conmigo —le interrumpió Callow—. Y si queréis volver a ver a vuestro amigo con vida, seguid por ese corredor sin volver la vista atrás.

Bob y Jupiter obedecieron sin rechistar. Llegaron al extremo del corredor antes de atreverse a volver la cabeza y retroceder corriendo.

¡Pete y el abogado habían desaparecido!

Los dos chicos empezaron a gritar, a chillar, tratando de encontrar el camino hasta el lugar donde se hallaban los policías. Al

fin les oyeron, y al cabo de muchos gritos de una y otra parte, todos se reunieron en un saloncito de la cubierta B.

—¿Dónde está Callow? —preguntó Reynolds.

Bob y Jupiter le contaron rápidamente lo ocurrido.

—Callow tiene razón. Si llega a México no podremos demostrar que robó las joyas —meditó el jefe—. Pero no llegará hasta allí. Mis hombres han bloqueado la pasarela.

Jupiter frunció el ceño.

—¿Es ésta la única salida del buque, jefe? Callow tenía un plan de huida… y me parece que piensa utilizarlo ahora.

—La pasarela es el único modo de llegar al muelle, que yo sepa —afirmó el jefe.

El capitán pareció volver en sí.

—¿El muelle? —repitió—. ¿Y la portilla para las mercancías, que está situada a popa? ¿Está vigilada?

—Supongo que no, pero… ¡Claro, no sabía que estaba abierta!

—No debería estarlo, pero… —balbució el capitán.

—¡De prisa, jefe! —le apremió Jupiter.

El capitán los condujo a través del gigantesco buque hasta la zona de las mercancías. Tuvieron que forzar las puertas. Ya dentro, indicó la portilla de las mercancías.

—¡Está abierta!

Todos corrieron hacia ella. Roger Gallow se hallaba en la estrecha pasarela que bajaba hasta el muelle, muy lejos de la que utilizaban los visitantes. Sujetaba a Pete delante suyo, con el revólver apuntando a la nuca del joven, en tanto iba retrocediendo lentamente pasarela abajo.

—¡No avancen! —gritó el abogado—. ¡Quédense donde están!

—¡Callow! —gritó el jefe Reynolds—. ¡No logrará huir!

—¡Oh, sí, a menos que quieran que dispare contra el muchacho!

No pudo continuar. Distraído aquel instante por los del barco. No vio cómo Pete echaba atrás el pie. El chico le hizo la zancadilla al abogado, empujándolo hacia atrás. El granuja perdió el equilibrio y cayó de la estrecha pasarela, haciendo caer a Pete consigo. Debido a la violencia de la caída, su cuerpo pasó por encima de la barandilla de la pasarela, arrastrando al muchacho y perdiendo la pistola y la bolsa de las joyas.



Los dos cayeron al encuentro del agua… ¡A más de veinte metros más abajo!… Roger Callow, Pete, la pistola y las joyas. Con un grito rabioso, el abogado llegó al agua, con una pierna retorcida hacia atrás, se hundió y volvió a flotar escupiendo agua y gritando que tenía la pierna rota.

Pete, el atleta de los investigadores, efectuó un salto prodigioso, asió la bolsa de las joyas en el aire, y realizó una zambullida espectacular. Luego, reapareció sonriendo, y sosteniendo la bolsa en alto.

Mientras el capitán y Billy aplaudían, Pete fue nadando hacia una escalerilla del muelle. Los hombres del jefe Reynolds estaban ya pescando al abogado. Sosteniéndose la pierna, y pareciendo una rata medio ahogada, el abogado se dejó caer en tierra, entre dos policías.

—Ya no robará más —murmuró el jefe con severidad, volviéndose luego hacia Jupiter con el mismo rostro agrio—. Pero tú no debiste intentar apresarle solo, Jupiter. Debiste contarme lo que sospechabas.

—No había pruebas, señor —se disculpó el muchacho—. No había hecho más que falsificar una copia de un testamento… y no se lo podíamos probar. De no haberle atrapado de esta manera, se habría casado con la señora Towne, logrando una fortuna.

—Sí, miradas las cosas así… —concedió el jefe.

—Además —prosiguió Jupiter—, yo estaba seguro de que su avaricia le perdería, si le ofrecíamos la ocasión de robar las joyas.

—¡Las joyas! —gritó Billy.

Todos se volvieron a mirar a Pete. El segundo investigador había ya abierto la bolsa, vertiendo su contenido en cubierta. Un montón de piedras rojas, amarillas, azules y verdes relució a la escasa luz del buque gigante.

¡Todos sonrieron ante aquel despliegue luminoso!

CAPÍTULO 22

¡Jupiter confiesa su error!

Varios días más tarde, los Tres Investigadores estaban sentados en el despacho de Alfred Hitchcock, con el fin de informarle respecto al final del caso de las adivinanzas del muerto. El famoso director cinematográfico se balanceaba en su silla giratoria, en tanto escuchaba a los muchachos.

—¡Infame! —barbotó al fin con una voz que hizo temblar el enorme globo sostenido por un pedestal de madera—. Entonces, ese canalla de Callow sólo iba tras el dinero del viejo Dingo…

—Exactamente, señor —afirmó Jupiter.

—¡El muy ladrón!

—El viejo Dingo ya sospechaba que era sólo un cazador de dotes —añadió Pete—, pero la señora Towne no quiso hacerle caso.

—En los asuntos del corazón, la gente es ciega —sentenció prudentemente el famoso cineasta—. Y ahora Dingo compuso el testamento loco para engañar a Callow, ¿eh?

—En parte, sí —asintió Jupiter—. Pensó que la caza del tesoro enojaría a Callow, y tal vez le obligaría a exponer el verdadero motivo que tenía para cortejar a Nelly. Le dijo a Jack Fondillo que le enseñaría al abogado a atrapar de veras una fortuna… Pero Dingo estaba también muy enfadado con su nuera, la señora Towne, por haberse enamorado de Callow o al menos eso asegura el viejo Fondillo. Dingo deseaba que algún otro encontrase el tesoro y se lo quedase… ¡porque, según decía, sus parientes no se lo merecían!

—¡Oh, ese Callow se dejó engañar por completo! —añadió Pete —. Primero, echó a faltar el testamento primitivo de su despacho, y luego se encontró con que habían presentado otro testamento, el de las adivinanzas.

—¿Quieres decir que Callow no fue quien destruyó el primer testamento? —se interesó Hitchcock.

—No, fue Dingo… Él lo robó del despacho del abogado —respondió Jupiter.

—¡Pero el señor Callow habría destruido el segundo al momento! — explicó Bob—. Y por esto el viejo Dingo se lo dejó a Jack Fondillo.

—Callow —continuó Jupiter—, tuvo que actuar de prisa cuando fue presentado el segundo testamento. Necesitaba desesperadamente dinero para pagar sus deudas de juego, y temía que alguien encontrase las joyas y se las apropiase. Además, al principio no comprendió ninguna adivinanza. Por esto nos contrató.

—¡Como a unos tontos! —Sonrió Bob—. Para indicarle el camino hasta las joyas. Estaba seguro de que lograría deshacerse fácilmente de nosotros, una vez resueltas las adivinanzas.

—Lo cual fue, para él, una decisión desdichada —sonrió el cineasta.

—En realidad, él mismo se arruinó —dijo Jupiter—. Cuando le condujimos hasta las joyas, su incontenible avaricia le perdió.

—¿Cómo llegaste a sospechar de los motivos del abogado? —inquirió Alfred Hitchcock.

Jupiter respiró profundamente. Siempre le satisfacía la oportunidad de demostrar su capacidad de razonamiento.

—Sospeché por primera vez cuando Savo y Turco dejaron escapar el motivo de encerrarnos, o sea que un jugador necesitaba apoderarse de las joyas. Turco y Savo habían vigilado incesantemente la casa de los Towne, casi tanto como a nosotros. Lo cual tornaba muy probable que el jugador estuviera en dicha casa. ¿Y quiénes vivían en ella? Sólo la señora Towne y Roger Callow.

El director de cine asintió.

—Luego, ¿por qué no cogieron también a Billy? Porque el jugador ignoraba que Billy colaboraba con nosotros. La señora Towne sí lo sabía porque yo se lo había pedido por teléfono. Pero probablemente Roger Callow aún lo ignoraba. Ni tampoco lo sabían los Percival, o quien fuese el que encerró a Billy en la camioneta.

Nuevo asentimiento de Hitchcock.

—De modo que cuando fuimos al barco, yo sabía que el abogado era el posible jugador… aunque sólo se trataba de una posibilidad. Y entonces ocurrió algo que me hizo ver claramente que él era el culpable. Encontramos el testamento falso detrás de la caja eléctrica

del techo del camarote.

—¿Cómo sabías que era falso… y que Roger era el culpable? —se admiró el famoso director.

—¡Porque Sadie Ingle me dijo que Dingo había destruido el primer testamento! —anunció triunfalmente Jupiter—. Cuando ella y Jack Fondillo firmaron como testigos para el testamento de las adivinanzas, Dingo les explicó que había robado y quemado el anterior. Necesitaba quien lo supiera por si acaso volvía a salir el anterior, en cuyo caso ellos sabrían que era una falsificación. ¡Siempre sospechó del abogado! Y una vez apareció el testamento falso en el camarote, me imaginé sencillamente quién lo había colocado junto con las joyas falsas… y por qué.

—Sigue —le animó el gran Hitchcock.

—Sí, cuéntalo todo —pidió Pete—, pues no estoy seguro de haberlo comprendido.

—Bien —asintió Jupiter—. Era cuestión de saber a quién beneficiaba el testamento falso. Antes de aparecer éste, Billy era el único beneficiario por ser descendiente directo. Nadie podía tocar el dinero… ni siquiera su madre.

—Ya —murmuró Bob.

—Entonces, sale a la luz el testamento falso, nombrando herederos a Nelly y a Billy. Éste vuelve a beneficiarse, pero sólo de la mitad. La señora Towne es ahora otra beneficiaría… ya que obtiene la mitad de la fortuna. Y si Roger Callow se casaba con ella, también se beneficiaría… porque en este Estado de California un marido obtiene automáticamente la mitad de los bienes de la esposa.

—Sí —asintió el célebre director—, a causa de la ley de bienes comunes.

—Bien, yo no creía que la señora Towne le robara nada a su hijo. Por tanto, sólo quedaba Roger Callow como presunto culpable. Supuse que había estado registrando el buque toda la tarde, después de meter a Billy en la camioneta y ordenar a Savo y Turco que nos encerrasen. Encontró las joyas falsas, pero no logró adivinar dónde estaban las auténticas… ya que, lo mismo que yo, tampoco creyó que el viejo Dingo se hubiera gastado todo el dinero. Por consiguiente, como no logró encontrar el tesoro, plantó el testamento falso para poder lograr dinero gracias a Nelly. Y sin

duda les ordenó a Savo y Turco que nos soltasen, para que les ayudásemos a encontrar «otra vez» las joyas falsas con el testamento. Naturalmente, nosotros ya habíamos huido.

—Gracias a Billy —intercaló Pete.

—Tan pronto como llegué a esta conclusión, decidí tender una trampa y descubrir si Callow era realmente el ladrón. Me quedé en el camarote, esperando que escuchase… cosa que hizo. Yo solucioné la séptima adivinanza en voz alta, y Callow corrió directamente al salón Macbeth… ¡hacia mi trampa!

—Una trampa que estuvo a punto de cazaros a vosotros —le recordó el señor Hitchcock—. Pero bien está lo que termina bien.

—Sí, señor —sonrió Jupiter.

—Has demostrado que piensas con rapidez, chico, pero también hiciste varias suposiciones afortunadas —dijo severamente el director de cine—. Confiesa que acusar a los Percival de haber soltado el bote salvavidas, fue un tiro al azar.

—No —negó Jupiter solemnemente—, la persona que arrojó el bote quería que huyésemos del barco, lo que significaba que ignoraba que las joyas escondidas en el camarote 22 eran falsas. El señor Callow ya lo sabía. Skinny estaba amordazado y atado. Por tanto, sólo quedaban los Percival.

—¡Diantre, me confundes! —concedió el cineasta—. Bien, ¿qué ha sido de los culpables? Roger Callow estará ya en la cárcel para purgar sus delitos. Pero ¿y los demás?

—Savo y Turco han desaparecido —explicó Bob—. La policía los busca. Los Percival han sido acusados de intento de lesiones solamente. Quizá los multen o vayan a la cárcel, aunque es más seguro que los echen del país. Como dijo el jefe Reynolds, lo peor para ellos sería obligarles a viajar juntos.

—¡Buen castigo! —rió Hitchcock—. ¿Y Skinny?

—¡Jura que su encierro en el armario le ha reformado!

—Un milagro que no creo se realice. De modo que otra vez —concluyó el director Alfred Hitchcock— ha triunfado la labor detectivesca y metódica. Lo habéis hecho muy bien. Os felicito.

—Gracias —murmuró Jupiter.

De repente, Bob y Pete estallaron en ruidosas carcajadas. El director de cine les miró asombrado. Jupiter se puso muy colorado.

—No comprendo… —balbució Hitchcock.

—Se trata de mí, señor —explicó Jupiter—. Por lo visto, nos hubiésemos podido ahorrar cinco adivinanzas, estudiándolas un poco más.

—¿Yendo directamente a la sexta? Diantre, chico, ¿cómo es eso?

—Dingo empleó la palabra «bordelar» delante de «reina». Bien, esa palabra la pasé por alto, pensando que era simplemente un truco de Dingo. Pero el capitán del barco nos lo contó después. «Bordelar» es una combinación de letras inventada por los ingleses que iban y volvían de la India. Debido al viento y al sol, los mejores camarotes de los barcos estaban al norte, a la izquierda, o sea a babor, yendo hacia la India, y a estribor a la vuelta. De modo que si uno quería efectuar ambas travesías con más comodidad a la ida y a la vuelta, tenían que ir en un camarote del lado norte tanto a la ida como a la vuelta. Y a este lado los antiguos marineros le llamaban el «bordelar», que viene de borde o lado de la Estrella Polar.

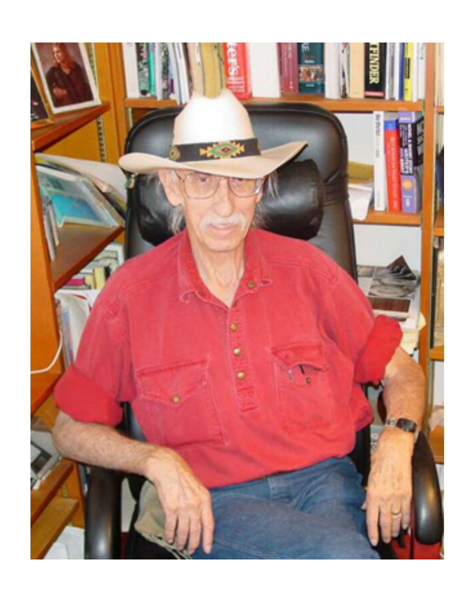
—Y como el *Reina del Sur* se detenía en la India, en su singladura de Londres a Australia —añadió Bob—, Dingo nos dio la mejor pista al calificar al *Reina del Sur* como «bordelar».

—Era la única reina posible con el calificativo de «bordelar» de esta región… y no supimos verlo.

—Ni vosotros ni nadie, por lo visto —sonrió el director cinematográfico—. Y, naturalmente, con las seis adivinanzas por delante, os tropezasteis con grandes dificultades y la posibilidad de una derrota sonada. ¡Lo habéis hecho muy bien, muchachos!

Cuando los Tres investigadores salían de su despacho, Alfred Hitchcock sonrió para sí. Lo sentía mucho por el próximo delincuente que cometiera el error de subestimar las dotes investigadoras de Jupiter Jones y sus compañeros.

FIN



WILLIAM ARDEN, es uno de los seudónimos de Dennis Lynds (St. Louis, 1924 - San Francisco, 2005), escritor estadounidense. Creció en Nueva York, donde estudió en el Instituto de Brooklyn. Más tarde estudió Química en Hempstead y se licenció en Periodismo en la Universidad de Siracusa. Recibió varias condecoraciones por su papel durante la Segunda Guerra Mundial. Con la salud del creador de la serie, Robert Arthur, en declive, Dennis Lynds fue el primero de varios autores contratados para escribir para la serie de *Los Tres Investigadores*. Usando el seudónimo de William Arden, escribió trece de los títulos originales. Lynds también escribió bajo los seudónimos Nick Carter, Michael Collins, John Crowe, Carl Dekker, Maxwell Grant y Mark Sadler.

Notas

[1] *Cockney* es la jerga que se habla en los barrios bajos de Londres, especialmente en el East End, y por extensión se designa también con ese nombre a quienes viven en dichos barrios. (N. del T.) < <

[2] Efectivamente, en inglés *listo* y *brillante* son la misma palabra: *bright*. (N. del T.) < <